

A woman in a red dress and black hat is walking on a beach. She is wearing a black hat, a red dress, and a black belt. She is also wearing a black watch on her left wrist. The background is a bright, sunny beach with a blue sky and white clouds. The overall mood is bright and cheerful.

VERGARA
p. 100

Carolina Lozano
**MEMORIAS
SALVAJES**

«Mucho más que una novela apasionante,
una escuela sobre las decisiones más difíciles de la vida».
FRANCESC MIRALLES

Título original: *Memorias salvajes*

© 2018 Carolina Lozano

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.^a edición: febrero 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Para todos los que han formado parte de mi pasado, y los que formarán mi futuro.

Para los que estarán ahí siempre: mi familia, mi marido y mis amigos.

Y para ti, lector, porque tú y yo también estamos conectados y eso me parece mágico.

Prólogo

Cuando la joven entró en la habitación del hospital, se dio cuenta de que algo había pasado.

Hacía unas horas que habían desconectado los aparatos, así que ningún pitido alarmante se elevaba desde el cabecero de la cama. Pero aun así, la chica sabía que algo fallaba. Notaba que algo le faltaba, que su corazón estaba un poco más roto.

Se acercó a la cama y apoyó las manos en las barandillas de metal blanco, observando a la figura postrada sobre las sábanas. Esta vez no parecía dormir, sino estar sumida en aquel descanso mucho más definitivo y del que no podría traerla de vuelta.

—¿Violet? —preguntó con voz temblorosa, aun sabiendo que no habría respuesta.

La paciente no habló. No lo haría nunca más, al menos hasta que se encontrasen en aquel otro mundo en el que quizás había empezado a creer, con la esperanza loca de que aquella muerte no las separara para siempre. Porque, aunque había sido una despedida anunciada y prescrita, dolía profundamente.

Se preguntó por qué no se habrían dado cuenta ya las enfermeras. Al mirar a su alrededor, vio que había pasado junto a una carpeta tirada en el suelo, junto a la puerta. Así que sí debían de haberla descubierto. Seguramente había sido Tonny, a quien debía de haberle afectado bastante encontrar el cuerpo; en aquellos días el enfermero le había cogido mucho cariño a Violet. Habría ido a dar el aviso, así que la chica apenas tendría tiempo para despedirse.

Con una serenidad que la sorprendió incluso a sí misma, se inclinó un poco sobre la cama. Apartó los ondulados cabellos caoba del hermoso rostro, y acarició aquella tez en la que ya no había ninguna arruga de dolor, crispación o miedo. Le quitó los auriculares de los oídos, y miró el reproductor. Aún sonaba una canción en bucle. La joven sonrió; era *Blazing fire*.

Se fijó entonces en que, entre las sábanas, se encontraba el diario que Violet había empezado a escribir unos días antes. Unas memorias llenas de misterios que tanto le gustaría resolver, y que quizás explicaran qué había sucedido en realidad aquella noche temible. Lo que les había llevado a aquel largo, arduo y triste final.

Pero al inclinarse para mirar más de cerca el diario, soltó una carcajada temblorosa. «Memorias salvajes», había grabado Violet en la cubierta de piel. Salvajes como ella, sin duda.

Con mucho cuidado, la chica cogió el diario y lo observó. Lo abrió por la primera página, y no pudo evitar sonreír aún más, aunque los ojos se le estuvieran empañando con unas lágrimas que amenazaban con iniciar un llanto inacabable.

Quieta ahí, princesita.

Recuerda tu promesa, y cumple tu parte del trato. Y si te portas bien, al final, te haré un regalo.

Sé fuerte para lo que está por venir.

La chica cerró el diario y se rio; Violet había sabido que intentaría leerlo. Había sabido que necesitaría que le recordaran que debía cumplir con su parte del trato. Y que necesitaba que le hablara al menos una última vez, aunque fuera solamente desde la primera página de aquellas memorias que no eran para ella, y que quizás no serían para nadie.

Con aquella última certeza, la joven cayó de rodillas y dejó escapar el gemido que había estado reteniendo desde que había entrado en la habitación del hospital con un mal presentimiento.

Con el ruido de los correteos de los médicos acercándose por el pasillo, que pronto las sacarían a las dos de allí separándolas para siempre, se aferró con fuerza a aquella pequeña libreta. Y lloró. Lloró con desesperación y miedo, como no lo había hecho nunca hasta aquel momento.

Porque a partir de aquel día, 22 de febrero de 2022, el mundo ya no sería igual. No sin Violet, la llama que la había alumbrado cuando más negrura había a su alrededor...

1. ¿Y para qué?

Cuando los nudillos de mi madre resonaron suavemente en la puerta cerrada de mi habitación, ya hacía rato que tenía los ojos abiertos,

—¿Estás despierta? —me preguntó desde el pasillo.

—Sí —contesté contra el nudo en mi garganta.

Estaba muy, muy despierta.

—Ha fallado el sistema despertador de la casa —expliqué, aparentando normalidad.

—¿Otra vez?

—Sí —murmuré—. Pero ya me levanto.

Vi que el pomo empezaba a moverse y apreté los dientes. Con fuerza.

—¡Que ahora salgo, mamá!

El tirador volvió a su posición original, y oí que los pasos de mi madre se alejaban por el pasillo, hacia la escalera que la devolvería a la planta baja. En la cocina, con la luz entrando a raudales por las ventanas, la CocinoYo ya estaría haciendo el desayuno para los tres.

Sí, yo estaba muy despierta. Y era muy consciente de todo lo que me rodeaba. Todo era tan familiar... el escritorio con la pantalla grande, el teclado y varias libretas, mis pósteres con las letras de las canciones de Sin O'Brien en la pared derecha, junto al armario; la ropa tirada sin miramientos sobre mi silla ergonómica. Todo era familiar y acogedor, pero de repente me sentía como una extraña entre aquellas cosas. No podía moverme, porque me subyugaba la pena.

Es curiosa la forma en la que puede parecer que el mundo se acaba, cuando apenas unas horas antes todo parecía ir bien. La vida es casi perfecta, y de pronto se te viene encima con todo su peso y su crudeza. Eso es lo que puede hacer el amor, o el desamor en este caso: tirarte al pozo más hondo y oscuro que puedas imaginarte para que trates de escapar de él. Y yo era incapaz de encontrar la salida.

Pero no podía quedarme allí para lamerme las heridas eternamente. Tenía que reaccionar y hacer algo. Tenía que hacerme la fuerte, salir de la cama, simular que todo iba bien, y buscar la forma de arreglarlo. Porque era imposible que todo se hubiese acabado así, de repente, y no iba a aceptarlo.

—Venga, no llores más —me dije para animarme—. No llores otra vez.

Abrí los ojos cuando de nuevo resonaron unos pasos en el pasillo. Y apreté los puños con rabia e impotencia, y bastante desesperación. ¿Cómo iba a simular que todo iba bien, si no me daban tiempo para reunir la entereza y la dignidad que me quedaban?

—Cariño, ¿estás bien? Mamá me ha dicho que ha vuelto a estropearse la casa.

—Que sí, papá, que ya bajo... —insistí aún más enfadada con mi madre, por haber enviado esta vez a mi padre a buscarme.

—Vale, hija.

Suspiré y me destapé del todo.

Salir de la cama me costó mucho. Como si Connor me hubiese arrebatado la fuerza física además de mis sueños e ilusiones. Me sentía sin energías para mover las piernas y me pregunté si estaba cayendo ya en una depresión, de esas que papá intentaba prevenir en su trabajo.

Mientras ponía los pies en el suelo, intenté comprender. Rememoré su rostro pálido y angustiado, su mirada gris huidiza, su aparente vergüenza ante lo que salía de sus labios. Esos mismos labios que unas horas antes me besaban con la pasión y la confianza de siempre. Reviví mi insistencia para que cambiara de opinión, para que me diera una buena razón para acabar con un maravilloso año de amor y más de un decenio de amistad íntima. Y reviví su petición de que no nos llamáramos durante un tiempo. Para poder superarlo y volver a ser amigos después, dijo. Sin mirarme todavía, como si tuviera miedo de hacerlo.

Así que intenté olvidar que, al final, había abierto la puerta del coche. Que me había dicho que me cuidara mientras yo salía, por fin, temblando como un junco en una ventisca.

Con las lágrimas amenazando con asaltar mi rostro de nuevo, le di un toque a la pequeña pantalla táctil de mi mesita de noche. Por suerte se encendió, así que el problema de la casa estaba solo en el sistema despertador o en la conexión con las persianas.

—Luces. Armario. Ducha —ordené.

Mientras cerraba los ojos frente a la repentina luz de los focos del techo, oí que se abría el armario y que se activaba la ducha en el cuarto de baño. Me levanté, en parte sorprendida de que mis piernas fuesen capaces de sostener mi peso. De que pudiera dar un paso, y luego otro, hacia el escritorio que estaba dos metros más allá.

Miré la pantalla del sistema móvil, pero cuando reconoció mi rostro y se iluminó, no había ningún mensaje nuevo de Connor. Solo algunos del grupo de las chicas, y del club de espeleología. Me obligué a no escribirle. Otra vez. Pero aun así cogí el sistema móvil para releer los mensajes que habíamos intercambiado de madrugada. Por si se me había escapado algo que me permitiese entender por qué se había acabado mi mundo en un santiamén.

16/04/2060. 3:00AM

¿Seguro que no podemos arreglarlo, Connor?

¿No puedo hacerte cambiar de opinión?

16/04/2060. 3:04AM

No. Lo siento pero se ha acabado. Y será mejor que no volvamos a hablar durante un tiempo. Por favor.

Me obligué a dejar el aparato y a alejarme hacia el baño. Me miré en el espejo y vi que mis ojos castaños aparecían apagados e hinchados por las lágrimas y el insomnio. Mi piel pálida estaba cadavérica, sin brillo, e incluso mi pelo castaño mostraba unas

ondas cansadas y tristes. O al menos eso me parecía a mí: que empezaba a parecer tan muerta por fuera como me sentía por dentro.

Ahora recuerdo que me pasé los dedos por el flequillo, intentando tapan la tristeza de mis ojos. Y que me sentí hundida, perdida e incapaz de enfrentarme al mundo. No entendía que una relación de un año pudiese terminar de forma tan drástica. Era incapaz de creer que Connor me hubiese hecho algo así sin un porqué. Antes de ser novios, habíamos sido amigos desde pequeños. Y ahora no quería que habláramos por un tiempo. Quizás nunca más.

Mientras me quitaba la camiseta ancha y los *shorts* grises para meterme en la ducha, por mi mente pasaron miles de los momentos que había compartido con él: risas, abrazos, besos, gemidos... un sinfín de cosas buenas que habíamos vivido juntos. Me pregunté si ya no importaban en absoluto, si no significaban nada para él.

Aunque la ducha me sentó bien, no fue suficiente para recuperar las fuerzas que parecía haber perdido. Estaba confundida, porque nunca me había sentido así. Inspiré hondo, y me preparé mentalmente para salir de mi habitación como si no hubiese pasado nada. Como si mi vida no se hubiese desmoronado sin que yo pudiera entender por qué.

Me dije que todo iría bien. Connor y yo apenas nos peleábamos y, aunque él era tres años mayor, yo siempre había sido una chica madura y la diferencia no se notaba. Tenía que haber pasado algo, algo que seguro que tendría solución. Y todo esto se reduciría a un episodio sin importancia que no valdría la pena ni mencionar.

La idea de decirles a mis padres que lo mío con Connor se había terminado me aterraba y hacía que me mareara un poco. Ya eran muy pesados de por sí, y no me apetecía nada que se centraran aún más en mí. Pero, por suerte, era segundo viernes de mes. Si conseguía aguantar hasta el atardecer sin que saltasen sus alarmas, se irían hasta el domingo por la noche a la clínica de las afueras, y yo tendría al menos dos días para tratar de arreglar aquello.

Cuando llegué a la cocina mi padre ya se había ido a trabajar. Hacía sol fuera y todo brillaba, desde la gran nevera de acero hasta las encimeras de pino barnizado. Mamá me miraba desde la barra del desayuno, escrutándome con sus ojos color avellana, como si fuese capaz de leer mis parámetros como hacían los escáneres de la policía o sus máquinas médicas.

Odiaba que hiciera aquello. Y aún lo odiaba más cuando realmente intentaba ocultarle algo, y ella desnudaba mi alma con la mirada.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó al final, porque obviamente no tenía escáneres en las retinas, y las gafas que los tenían volvían a estar prohibidas en el ámbito doméstico. Por suerte.

—Que sí, mamá. Cuando no esté bien te lo diré, ¿vale?

Mientras yo le pedía a la casa que activara la CocinoYo para calentarme el desayuno, mamá volvió a mirar hacia su plato, donde aún quedaba media tostada francesa. Toqueteó el vaso de zumo de lima, intentando parecer despreocupada. Sentí una cierta pena, así que me acerqué y me senté en el taburete más cercano al suyo.

—Estoy bien —insistí con más suavidad—. Creo que me sentó mal algo de lo que cené anoche.

Mamá volvió a mirarme enseguida, considerando abierta la veda de las preguntas.

—Quizás es un virus estomacal. ¿Solo te ha sentado mal a ti? ¿Connor se encuentra bien?

Apreté los labios, forzando un sollozo hacia el fondo de mi garganta.

—No lo sé, aún no hemos hablado. Solo me encuentro un poco mal. Déjalo ya, ¿vale?

Mamá me miró, pero no dijo nada más. Yo sabía que intuía que sucedía algo más. Y ella sabía que me estaba presionando demasiado, y por eso lo dejó pasar. Las últimas semanas habíamos tenido bastantes peleas. Como todas las adolescentes con sus madres, dicen. Pero, a la mayoría, sus madres no las tuvieron ya relativamente mayores con ayuda de una probeta. Eso hacía que mamá fuera sobreprotectora hasta la exasperación. Y era médica, por añadidura.

El sonido de la CocinoYo, indicando que mi desayuno ya estaba caliente, me dio una excusa para levantarme. Y mostrarme decidida y enérgica como solía ser yo siempre, cuando en la vida todo era felicidad y me apetecía salir al mundo por las mañanas. Pero al volver al taburete y mirar la tostada francesa y la quinoa con tomates que la acompañaban, mi estómago se retorció amenazando con expulsarlo todo si me obligaba a comer.

—¿Por qué no te quedas hoy en casa?

Miré a mamá, que me había estado observando todo el rato de forma poco disimulada.

—Llamaré a la academia y les diré que hoy no te encuentras bien —se ofreció.

—Eso estaría bien —dije agradecida.

Mamá sonrió y me dio un beso en la mejilla, anunciando que se iba a trabajar. Y que la llamara para cualquier cosa que necesitara. La observé en silencio mientras se ponía los zapatos junto a la puerta trasera, a unos metros de la cocina, y le pedía a la casa que le fuera abriendo la puerta del garaje.

A sus cincuenta y ocho, mamá seguía aparentando diez años menos. Era como una dama tranquila y serena, divertida cuando quería, que podía mantener a todo el mundo en calma cuando las cosas a su alrededor se desquiciaban. Yo estaba orgullosa de ella, la verdad sea dicha, pero me sentí frustrada cuando me echó una última mirada especulativa desde la puerta.

De momento estaba salvada del mundo, pero de mi madre no podría salvarme mucho tiempo más. Sabía que la estaba engañando. Aunque me hubiera tenido con ayuda de una probeta, me conocía mejor incluso de lo que yo me conocía a mí misma. Me había parido, al fin y al cabo, y me había criado durante los diecisiete años de mi vida.

Pensar que pronto tendría que confesarle que Connor ya no me quería a su lado, hizo que me sintiera incapaz de hacer nada excepto volver arriba y arrastrarme dentro de la cama. Cómo iba a explicarles a mis padres que me había sumido en la desesperación y el desconsuelo. Que, tal como pensaba en aquel momento, ya no me

quedaba nada sin Connor. Porque de veras que lo pensaba.

Me desperté a media tarde, cuando la casa decidió por sí misma abrir las persianas de mi habitación. Definitivamente habría que llamar de nuevo al técnico, porque el sistema estaba empezando a desarrollar una demencia errática que se me antojaba casi cómica. Pensé en aquellas películas antiguas en las que la tecnología se volvía psicopática y atacaba a los humanos. Mi padre me explicó que, según casi todas las películas de su juventud y la de los abuelos, por esta época tendríamos coches voladores o viviríamos en pequeños reductos humanos llenos de guerras, anarquistas y oligarquías. O en la luna, incluso.

Casi me dieron ganas de reír. Entonces mi mente me traicionó y me animó a comentárselo a Connor luego. Pero enseguida me di cuenta de que no habría ningún luego con Connor, y aquella certeza me derrumbó de nuevo.

Al cabo de un rato salí de la cama, sin ganas. Miré mi sistema móvil y, cuando se encendió, el corazón me dio un vuelco; había un mensaje de voz desde un número desconocido.

—Audio. Escuchar mensaje de voz —le pedí a la casa.

«Cariño, espero que te encuentres mejor. Ya que estás en casa, creo que es un buen momento para darte algo que te ayude a pasar el rato. Si vas a mi habitación, y miras en el último cajón de mi cómoda, verás una caja oscura. Dentro hay un diario que me gustaría que leyeras. Si te parece bien, claro. Te envío un beso. Nos vemos luego. Te quiero».

Cuando los altavoces de mi habitación se quedaron en silencio, parpadeé perpleja. Me dolía que la voz no fuera la de Connor, pero el mensaje de mi madre, que debía de haber llamado desde algún despacho del hospital, me había despertado cierta curiosidad. Y recelo.

Fui al dormitorio de mis padres y abrí la cómoda de mi madre. Rebusqué entre su ropa de invierno hasta que encontré la caja y saqué un librito.

Lo miré extrañada. Parecía bastante antiguo, y hecho de celulosa de árbol de verdad. Así que tenía que ser al menos de la época de la juventud de mis padres, de antes de que se prohibiera la deforestación intensiva y se sustituyera el papel de celulosa por un derivado plástico degradable. Cuando miré el lomo y pasé los dedos por las letras talladas en la tapa de lo que parecía cuero animal de verdad, sacudí la cabeza aliviada.

«Memorias Salvajes», leí. Y si eran salvajes, no podían ser de mi madre.

Me senté en la amplia cama que estaba detrás de mí, y abrí el diario con un suspiro, que me salió entrecortado porque el dolor que sentía en el pecho me cansaba y me ahogaba.

Vi que estaba escrito a mano. En las últimas páginas la letra se hacía más irregular, más desordenada. Como cansada. Como si hubiese podido escribirlo yo en aquel momento en que me sentía tan agotada.

Cuando fui a la primera página, vi que estaba igual de emborronada, o incluso más que las del final.

Quieta ahí, princesita.

Recuerda tu promesa, y cumple tu parte del trato. Y si te portas bien, al final, te haré un regalo.

Sé fuerte para lo que está por venir.

Recuerdo que arrugué el entrecejo. Pasé a la página siguiente, que también estaba escrita con la misma caligrafía caótica que se me antojaba angustiada.

Hola, futuro lector:

O lectora, más bien. Tiene gracia. De hecho, si eres la persona que creo, te llamaré simplemente A. Es posible que te sientas identificada. ¿Verdad? No te preocupes, lo entenderás pronto.

Si estás leyendo esto es porque ha llegado el momento apropiado. Sin duda ahora mismo tienes un secreto, algo que estás ocultando... Yo también tuve secretos. Y tu madre. Y tu padre. Todos tenemos secretos en algún momento de nuestra vida, pero algunos es mejor desvelarlos. Hacerlo en el momento apropiado puede salvarte el alma, o incluso la vida. Créeme.

Antes de que pases página, te voy a pedir tres cosas. La primera de ellas es que le pidas a tu madre mi reproductor de música, que sin duda guarda en algún sitio. La segunda, que no hables con nadie del contenido de este diario hasta que lo termines. Y, la tercera, que si crees que puedes correr peligro, quemes este diario cuando lo hayas leído por completo.

Promételo, A. ¿Prometido? Bien. Entonces puedes seguir adelante. Bienvenida a mis memorias salvajes, y a la historia de cómo terminó mi vida y, quizás, de cómo empezó la tuya.

Sentí que se me aceleraba el corazón mientras pasaba a la página siguiente y encontraba una escritura mucho más regular. Empecé a leer sin perder tiempo, fijándome en la fecha. 13 de febrero de 2022, treinta y ocho años atrás. Algo me decía, mientras me ponía un poco más cómoda, que estaba a punto de entrar en un mundo que me había estado vedado hasta entonces...

13 de febrero de 2022, 13h. Pista 1: And for what?

Me llamo Violet. Y si eres quien creo, entonces soy tu tía. Y, como supongo que ya sabrás, estoy muerta.

Sí, así de duras son las cosas. Cuando mi vida tenía que empezar de verdad, está acabando. Punto y adiós. Las películas nos hacen creer que hay algo lírico en el hecho de esperar la muerte, pero yo solo siento pena y miedo. Y escozor en los ojos cada vez que intento controlar las ganas de llorar..

Un enfermero llamado Tonny me ha dado este diario. Es un cuarentón canoso con la vitalidad de un chico de veinte, que me ha dicho que, si tanto me preocupa no dejar nada en este mundo cuando me haya ido, al menos puedo dejar mi huella. Puede que inspire a alguien y aprenda de la locura que me ha llevado a mí

hasta aquí, dando cuenta de mis últimas decisiones. Me ha parecido una buena idea. Porque he cometido muchos errores, y he ocultado cosas que siento la necesidad de exorcizar ahora.

No sé si hay vida más allá de la muerte. O si habrá un último juicio, y si realmente nos acogerán en un cielo hecho a nuestra medida con una benevolencia y un perdón infinitos. Pero ahora mismo, cuando sé que se acerca mi fin, siento la necesidad de limpiar mis pecados. O de sacarlos a la luz, al menos, y dejar que algunos hechos puedan ser desenmascarados. Esos secretos que evitaron una tumba demasiado temprana, pero construyeron otras dos, entre ellas la que seguramente alguien está preparando ya para mí.

Lo cierto es que nunca sabes lo que te deparará la vida hasta que te encuentras en cada curva, y puedes ver un atisbo del camino que sigues. La existencia se compone de eso, de breves tramos que parecen seguros entre grandes momentos de vacilación e inseguridad. Seguro que ahora mismo te preguntas si eso cambiará cuando madures, cuando crezcas y seas responsable de todos tus actos. Y esa es una respuesta que yo te puedo dar: La incertidumbre nunca desaparece.

La vida, tal como dicen a menudo, es una loca montaña rusa. Desde el principio hasta el final.

Las cosas no son fáciles para ti, probablemente una adolescente. Estás en un punto clave de tu existencia. Te piden que puedas con todo, y que elijas bien entre decenas de opciones en muchos aspectos de la vida, porque todo afectará a tu futuro. Te exigen que actúes con madurez, pero que, a la vez, experimentes y aproveches la juventud mientras puedas. Que aprendas a querer, pero que te des cuenta de que tus relaciones de ahora no serán duraderas. Que encajes en la sociedad, pero que destagues para superar a la competencia. Que actúes con autonomía, pero que acates todas las normas y órdenes que te imponen los mayores.

Es muy duro, lo sé. Que sí, que lo sé porque yo también he pasado por eso. Todos lo hemos hecho. Solo que, a medida que crecen, a los adultos se les olvida que han sido jóvenes. Y para ellos solo eres un adolescente que lo quiere todo sin saber nada de la vida...

Y seguro que ahora te preguntas por qué te estaré explicando todo esto.

Pues porque me parece importante, y porque todos necesitamos decir lo que pensamos en algún momento de nuestra vida. Yo nunca llegaré a ser una adulta sensata. Nunca tendré hijos por los que preocuparme, ni la experiencia de una existencia larga. Pero sé de lo que hablo, porque hasta que llegué al hospital exprimí cada minuto de mi existencia, quizás con demasiado ímpetu. Así que ahora voy a compartir esas vivencias, y esos secretos que guardábamos celosamente, y que nos han llevado a todos a donde estamos ahora. A mí, al hospital. Y a la tumba cuando tú leas esto, claro. Pero, como te he dicho, así son las cosas.

14h:

He hecho una pausa para escuchar una canción de los Noisy Minds que, ahora mismo, podría ser la banda sonora de esta vida que se me acaba. Mi hermana me ha traído el viejo iPod, muy maja ella. Está un poco desfasado, pero ha servido para recuperar la banda sonora de mi vida, la discografía de los Noisy Minds, que se convirtió en un tesoro para mí. Y que, sorprendentemente, me ayudó a reencontrarme con mi hermana.

Pero vamos a la canción de la que te hablaba, And for what? Siempre me había gustado y me había puesto los pelos de punta. Siempre la había cantado a pleno pulmón. Ahora no tengo fuerzas para gritar con el cantante, y solo puedo murmurar la letra que, de repente, se hace tan real, tan verdadera...

I gave my love,
(Di mi amor,)
I gave my pride,
(dí mi orgullo,)
I gave myself to you,
(me di a ti.)
And for what?
(¿Y para qué?)
And for what?
(¿Y para qué?)
To see you say goodbye.
(Para verte decir adiós.)
If you knew it wasn't forever,
(Si sabías que no era para siempre,)
then why let me try so hard?
(¿por qué me dejaste intentarlo con tanto esfuerzo?)
And for what?
(¿Y para qué?)
I was only wasting my life.
(Solo estaba malgastando mi vida.)

Porque sí, ese es uno de los misterios de la vida. Que al final de todo, cuando ves que tu película se va a terminar, te das cuenta de que la mayoría de las cosas que te parecían supertrascendentales son tan estúpidas que te preguntas por qué te preocupaste tanto. Y que hay situaciones que podrías haber dejado pasar sin dar tanto de ti y sin sufrir, porque, en definitiva, no iban a cambiar nada.

Te lo digo yo, que estoy viendo pasar mi vida por delante de mis ojos, aunque haya sido corta: al final, cuando todo va a perderse, hay muy pocas cosas que realmente importen.

Me quedé mirando aquellas memorias que no sabía siquiera que habían existido, de una persona que tan solo había sido una sombra del pasado. La tía Violet, que había

tenido una vida intensa y había muerto joven. Y cuyo recuerdo afectaba tanto a mamá que nos impedía mencionarla.

Volví a arrodillarme en el suelo de parqué frente al último cajón de la cómoda, y rebusqué entre la ropa. Y allí, en un rincón, encontré el aparato blanco que era el antecesor dinosaurio de nuestros sistemas de música. Traté de encenderlo, pero obviamente ya no funcionaba. Y ni siquiera sabía cómo recargar la batería.

Me quedé sentada en el suelo, observando el diario y el iPod que había dejado en mi regazo. Y recuerdo que me hubiese gustado hablarle a Connor de todo aquello.

Pero, al pensar de nuevo en Violet, un escalofrío me recorrió entera. ¿Cómo debía de sentirse al saber que moría? ¿Cómo afrontó que su vida terminaba? Y aún más importante, ¿de qué secretos hablaba? ¿Qué tumba había impedido y cuál se había abierto, además de la suya? Y lo más crucial: me preguntaba por qué mamá me había ocultado todo aquello, y por qué lo sacaba a relucir ahora.

Me levanté y fui a mi habitación.

—Pantalla. Red. Buscador —le dije a la casa, y cuando estuvo lista, me senté y añadí —: Canción *And for what?*, de Noisy Minds.

El corazón se me aceleró de nuevo cuando la red encontró un audio en el catálogo de éxitos antiguos de una radio de música alternativa.

Y la escuché. Recuerdo que la escuché entera, y que en parte pude sentir aquello de lo que hablaba Violet. Porque yo también me sentía así: que no importaba cuánto te hubieras esforzado, y cuánto hubieras dado de ti al mundo o a una persona. Cuánto hubieras sufrido por ser aceptado.

Pensé en todas las veces que había hecho cosas por Connor: animarle cuando estaba triste, cuidarle cuando estaba enfermo, entretener a sus padres mientras él se duchaba después de un ensayo, escucharle hablar de aquellos sueños que hasta el día anterior me incluían a mí también...

¿Y para qué?, me pregunté deteniendo aquel hilo de pensamientos. Al final, como decían Violet y su canción, el resultado era el mismo.

2. Peor es el cielo

13 de febrero de 2022, 18h. Pista 2: Your light.

Vale, creo que voy a volver a empezar ahora. Ya estoy más animada. No es fácil cuando eres consciente de que tu vida es una cuenta atrás, ¿sabes? Pero no quiero convertir esto en un drama. Se supone que de aquí tiene que salir algo positivo, algo de lo que pueda estar orgullosa al morir. Así que voy a intentar hacerlo mejor, aunque sea lo único que me salga bien en la vida.

Voy a tomarme unos minutos para explicarte qué hago aquí exactamente, en esta cama de un hospital muy pijo que desde luego no fue el primero al que me llevaron después del incidente. De las causas de ese incidente hablaré más adelante, cuando puedas comprenderlas bien, así que tendrás que esperar un poco.

Verás qué peliculón. Me desperté hace tres días de un coma profundo, en el que parece que he estado sumida durante más de tres años. De todo eso no recuerdo nada, claro. Solo luces, caras, y una oscuridad densa, fría y bastante temible. Y después caras nuevas, una habitación muy blanca, y enseguida mi familia, aunque estaba bastante cambiada.

Tres años pueden parecer poco, pero son una eternidad si te los has perdido por completo. De repente tienes casi veinticuatro años, cuando en tus últimos recuerdos apenas tenías veinte, y tus padres parecen mucho más mayores debido a todo lo que les ha pasado. El cabello de papá sigue oscuro aunque más ralo, y aunque el de mamá sigue espeso, su melena casi rojiza está teñida de blanco. Se supone que con la edad las barrigas se hacen más orondas, pero ambos están bastante delgados. Y tu hermana... Tu hermana ya no es una princesita de casi diecisiete, sino una reina que, a esos mismos veinte, parece mucho más madura de lo que tú nunca llegaste a ser.

Te voy a ahorrar todo el melodrama de cuando abrí los ojos y sucedió EL REENCUENTRO, con los muchos abrazos y los muchos lloros, y las muchas explicaciones y todo lo demás. Te lo resumiré de forma fácil: mis padres estaban asustados y temerosos, mi hermana estaba fascinada y esperanzada de una forma que me resultaba un tanto incómoda, y los médicos y enfermeras estaban muy atareados y concentrados a mi alrededor, parando a veces para sonreír y asentir emocionados y darnos ánimos a todos.

De todo esto, en lo que más me fijé fue en la reacción de mi hermana. Porque de un tiempo a esta parte —pero hace tres años, ya ves— se había convertido en un libro abierto. Tanto como antes parecía estar escrita en sánscrito para mí. Y entendí enseguida que algo no estaba bien del todo. Poco me importó que los médicos anunciaran que, de momento, todo iba perfectamente, y que mamá y

papá lloraran con emoción cogiéndose las manos el uno al otro. No, yo solo me fijaba en la esperanza asustada de los ojos pardos de mi hermana, y en lo que podía significar su reacción. Llámame paranoica, pero es que ya había aprendido a leerla muy bien, en sánscrito o no.

—¿Sabes por qué estás aquí? —me preguntó un doctor, ocupando mi campo visual.

Intenté hablar, pero de mi garganta —que apenas había usado en todo aquel tiempo— tan solo salió un gruñido ronco. Así que una enfermera me puso delante su portapapeles enseguida, con una hoja en blanco encima de lo que parecían mis análisis y revisiones, y me dio su bolígrafo.

Mientras todos me miraban, pensé en qué era lo que debía escribir. Me sorprendieron tanto mi capacidad de coger el bolígrafo, como la lentitud y la dificultad con la que se movían mis músculos. Más tarde me explicaron que me habían trasladado del hospital de urgencias a aquella clínica magnífica en la que yo había estado haciendo recuperación, aun sin saberlo, con máquinas y un equipo de fisioterapeutas que mantenían en forma mis músculos mientras yo dormía. Total, para lo que va a servir..

El caso es que, después de pensar un poco, supe muy bien lo que tenía que escribir.

«Accidente».

Hice una pausa, y luego añadí:

«Con Diego».

Diego había sido el novio de mi hermana, y me llevaba a casa en coche cuando se produjo el incidente. El médico asintió, mientras mamá se secaba la cara de lágrimas.

—¿Sabes cómo sucedió? —añadió el doctor.

Negué con la cabeza. El hombre asintió, papá anunció que informaría a la policía de que no recordaba nada, y yo volví a mirar a mi hermana, que no dejaba de observarme con una fijeza analítica que me sorprendió, porque eso sí era bastante nuevo en ella. Estaba claro que yo también era ahora un libro abierto, y que ya no estaba escrita en jeroglíficos para ella, porque su expresión sombría revelaba que intuía la mentira.

Mis padres se pusieron a hablar con el médico, que les estaba diciendo que pronto sabrían más, pero que ahora tenían que dejarme descansar para no forzar los procesos. Todo esto lo decía mientras los dirigía hacia la puerta.

Volví a alzar rápidamente el bolígrafo y todas las miradas recayeron en mí.

«¿Diego?».

—No sobrevivió —dijo mi madre poniéndome la mano en el hombro, mientras papá le ponía un brazo alrededor a mi hermana para consolarla, porque no sabía que no hacía ninguna falta.

Asentí con expresión neutra.

El médico insistió en que no tenía que excitarme mucho por ahora, y yo seguí manteniendo la cara de póquer. Mientras papá se la llevaba, mi hermana miró

hacia atrás. Alzaba las cejas bajo el cabello castaño claro, y la miré con un suspiro que ella respondió con una sonrisa.

No fue hasta que se hubieron ido todos que me permití sonreír brevemente yo también. Con un escalofrío, pero también con mucha satisfacción y alivio. Porque el asunto estaba ya...

Oí que la casa abría la puerta principal y sentí que se me aceleraba el corazón. Me había olvidado de todo por un rato, pero que mi madre o mi padre estuvieran de vuelta me recordó con crudeza por qué sentía aquel dolor hueco donde debía haber estado mi corazón: de repente no tenía a nadie a quien amar y que me amara. Pero no podía permitir que lo descubrieran. Todavía no, al menos hasta que lo arreglara. O hasta que pudiera enfrentarme a la situación y aceptarla.

Respiré hondo, me levanté de mi cama y me acerqué al escritorio. Miré mi sistema móvil, pero no había ningún mensaje de Connor. Solo de las chicas y algunos compañeros, preguntándome si estaba bien. Decidí que ya les respondería, no estaba de humor.

Me acerqué al espejo y me arreglé un poco el pelo. Me preguntaba si mis padres verían la angustia en mi rostro, porque a mí me parecía muy obvia. Aun así no podía seguir escondida en mi cuarto, así que salí y bajé al salón.

Mi padre estaba en el comedor, dejando su maletín encima de la amplia mesa ovalada de pino mientras se desabrochaba los botones superiores de la camisa. Me sonrió cuando me vio aparecer por la esquina, todo buen humor y con unos hoyuelos que yo no había heredado.

—¿Estás mejor, cariño?

—Sí, mucho mejor —le aseguré.

Papá me sonrió. Me pasó una mano por la barbilla, sin darse cuenta de nada, o al menos eso me pareció.

—Me alegro. ¿Prefieres que nos quedemos igualmente?

—No, no. Idos —le pedí intentando que no sonara demasiado a súplica.

—Vale, vale. No te preocupes, que tendrás la casa para ti.

Me guiñó un ojo. Apreté los labios, contenta de que papá se estuviera dando la vuelta para irse arriba, a preparar la pequeña maleta que mamá y él se llevaban cuando iban a la clínica de las afueras.

Así eran ellos. Dos fines de semana al mes, se iban con unos cuantos compañeros a una clínica gratuita que habían montado, donde ofrecían sus servicios a aquellos que no tenían tanta suerte como nosotros. Ayudaban a la gente. Se preocupaban por todos, y por mí por la que más.

De nuevo el nudo de mi garganta se hizo tan grande que apenas podía carraspear. Cómo iba a contarle a mi padre que Connor ya no iba a pasar por aquí tan a menudo, quizás nunca más...

La puerta de la entrada se abrió de nuevo y entró mamá. Antes de que pudiera verme, subí corriendo para coger el diario y volví a bajar. La encontré en la cocina, junto al banco de la mesita de desayuno donde dejaba sus cosas. Cuando me oyó, se

giró, y noté cierta incertidumbre en su expresión.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Alcé los hombros, porque no me sentía capaz de más. Y entonces levanté la mano del diario para que lo viera, y se acentuó su inseguridad. Vi que las manos le temblaban un poco mientras dejaba la tarjeta del coche sobre la mesa.

—Es de tu hermana Violet —dije más que pregunté.

Mamá asintió, agarrando su bolso para tener las manos ocupadas. Entonces pasaron unos instantes en los que ninguna de las dos dijo nada.

—Qué... —consiguió decir mamá, pero se detuvo.

—Pone que no te explique nada hasta que lo acabe —hice una pausa y añadí—. ¿Va dirigido a mí?

Mamá sonrió.

—A mi hija, si algún día tenía una, y cuando sintiera que me escondía algo importante. —Hizo otra pausa, con aprensión manifiesta—. Eres la primera persona del mundo que lee esas líneas.

La miré más fijamente. Jamás me había hablado de su hermana, salvo lo justo para que supiera que había existido y que había muerto, y ahora me daba un diario de dicha hermana y cuyo contenido ella desconocía. Mamá me estaba dejando asombrada.

La voz de papá resonó desde el piso superior, pidiéndole a mi madre que se apresurara si no querían encontrar mucha caravana. Entonces mamá reaccionó. Aspirando con fuerza para armarse de valor, se acercó a mí de camino al pasillo.

—¿Estás segura de que no prefieres que nos quedemos?

—No, claro que no. Estoy bien —mentí de forma descarada.

Mamá asintió y me acarició el pelo. Luego se fue escaleras arriba, algo que sin duda le estaba costando mucho. Porque dejarme a solas con el diario de su extraña hermana, que podía desvelarme un pasado del que ella nunca me había hablado, era algo que escapaba de su control. Y a mamá le gustaba demasiado tener las cosas controladas.

Creo que fui contando los minutos mientras mamá y papá acababan de preparar sus cosas para irse. Me dediqué a preparar una bandeja de comida para estar entretenida mientras tanto, y para que no pensarán que no iba a cenar.

Saqué uno de los preparados de pescado y verduras, y lo dejé junto a la CocinoYo. La miré. El aparato, alargado y de aluminio, era una versión moderna de los robots de cocina que inventaron en la época de mamá. Aún me pregunto si Violet había llegado a usar alguno, si se imaginaría que ahora serían capaces de hacer menús enteros, y que los supermercados venderían bandejas ya preparadas con alimentos frescos y ecológicos que solo había que meter en la CocinoYo y esperar. Cuántas cosas se había perdido. Ahora hubiese tenido sesenta y un años, y un tercio de vida por vivir.

—¿Cenas sola?

Me giré a mirar a papá, que sonreía sin darse cuenta del puñal que me estaba clavando; me quedé sin palabras, sin saber qué contestar.

—¿No viene Connor a cenar contigo hoy? —insistió.

—Quedaremos después de cenar —mentí.

—Ah, muy bien —dijo, y siguió su camino hacia el garaje para meter las cosas en el coche.

Me mordí el labio. Estaba sola en la cocina. Tan sola como estaría todo el fin de semana, ya que Connor no me acompañaría. Siempre había estado aquí cuando ellos se iban.

Por fin se alejaron, con mamá dedicándome una última mirada que me recordó mucho a las que Violet describía en su diario. Entonces me apoyé en la puerta cerrada y me dejé caer hasta el suelo, porque finalmente mis piernas habían cedido bajo el peso de mi angustia. Me quedé allí unos minutos, escuchando el silencio que había en casa.

Me levanté, y me acerqué a la pantalla de la cocina para conectar con mi sistema móvil, que estaba en la habitación. No había ningún mensaje de Connor. Pero las chicas habían escrito de nuevo porque iban a salir.

—Contactos. Grupo Chicas. Escribir mensaje —le ordené a la casa—. Hola chicas, estoy bien. Solo me sentó algo mal anoche. Nos vemos el lunes, ¡pasadlo bien! Besos. Fin.

Suspiré, esperando a que se enviara, y luego volví a mirar la pantalla.

—Contactos. Anna. Iniciar mensaje de voz. Anna, Connor y yo estamos pasando un mal momento. Me ha dicho que quiere que lo dejemos. Yo... Ahora no puedo hablar de ello. Ya te llamaré, ¿vale? Un beso. Fin.

Esperé a que se enviara ese mensaje también, y después me senté en un taburete mientras esperaba a que estuviera lista una cena que no me iba a comer.

—Contactos. Connor. Iniciar mensaje de... Cancelar.

Me pasé las manos por la cara, contenta al menos de no tener que reprimir las lágrimas. Subí a mi habitación, mientras el sensor hacía que se apagaran todas las luces detrás de mí.

Pensé en poner música para neutralizar aquel silencio tan ominoso. La mayoría de las canciones de Sin O'Brien me harían sentir arropada en aquellos momentos, porque hablaban de temas profundos como la soledad y el dolor del alma. Me senté en la cama, con la vista puesta en el diario de las memorias de Violet. Me llamaba, y me despertaba una curiosidad que me hacía sentir algo culpable. Porque casi me hacía olvidar mi dolor por la pérdida de Connor, y me preguntaba si es que sería mi culpa, porque le quería poco.

Pensé en el grupo del que había hablado Violet, los Noisy Minds, y en cómo decía que su música era la banda sonora de su vida.

—Música. Lista lenta de Sin O'Brien —le pedí a la casa.

Mientras la música empezaba a sonar, cogí el diario y fui hasta donde lo había dejado al llegar papá. Entonces me sorprendí de haberlo olvidado: Violet estaba hablando del accidente, *incidente* lo llamaba ella, con el novio de mamá, y... ¿de lo bien que se había sentido al conocer la noticia de su muerte? Crucé las piernas y empecé a leer, arropada por una soledad amarga y la suave voz del cantante con el que a veces soñaba.

...No fue hasta que se hubieron ido todos que me permití sonreír yo también. Con un escalofrío, pero también con mucha satisfacción y alivio. Porque el asunto estaba ya zanjado y podía relajarme.

El problema era que no esperaba que lo de descansar en paz fuera tan literal.

La mañana de hace dos días, el siguiente a mi resurgimiento del coma, los médicos me hicieron varias pruebas y papá y mamá vinieron a visitarme. Me advirtieron que restringirían mucho mis visitas y me escudarían por completo del mundo exterior, porque el psiquiatra consideraba que tenía que exponerme poco a poco a la actualidad después de tres años en blanco. No lo dijo con esas palabras, claro. Pero me dijeron que todo iba bien, que pronto saldría de la cama. Y sonreí contenta porque les creí. Quería creerles de verdad, aunque algo me inquietara.

Dejé de sonreír sinceramente ayer, cuando me quedé a solas con mi hermana por primera vez. En su rostro había temor, pero ya no estaba aquella fuerte esperanza del primer día.

—¿Qué pasa, princesita? —le pregunté.

Apretó los labios, a medio camino entre la sonrisa y el temblor.

—Hacía mucho que no oía eso —murmuró.

—¿El qué?

—Princesita.

Lo entendí, porque yo era la única que la llamaba así. Al principio, cuando éramos pequeñas, lo hacía para chincharla. Éramos tan diferentes... siempre lo fuimos, y supongo que todavía lo somos. Pero poco antes del incidente nos encontramos de forma distinta. Nos conocimos de verdad, creo, y aunque seguí llamándola princesita, ella sabía que detrás de aquella palabra ahora había un respeto enorme.

Yo no tenía sensación del paso del tiempo, pero hacía tres años que ella no escuchaba aquel apodo. Tres largos años en los que yo me lo había perdido todo, y ella había pensado y temido y sufrido. Y vivido.

—¿Qué pasa? —repetí, y añadí—: ¿Me explicas un secreto?

Sonrió de nuevo, esta vez más abiertamente. Porque explicarnos secretos nos había salvado la vida a ambas.

Pero luego me miró fijamente, y yo volví a sorprenderme de lo diferente que estaba. Era el mismo pelo castaño, pero ahora estaba recogido en una trenza que caía sobre su hombro y no le tapaba la cara. Eran los mismos ojos de aquel color avellana que compartíamos, pero ya no parpadeaban con sorpresa, sino que observaban el mundo con una templanza infinita. Era el mismo cuerpo esbelto, pero con los hombros menos hundidos. Tenía el mismo aire regio de siempre, pero una actitud mucho menos perdida. Estaba más mayor, en definitiva. Y la madurez le había sentado bien. Mucho mejor que a mí, seguro.

—Un secreto —murmuró asintiendo—. Los médicos...

Hizo una pausa para inspirar profundamente.

—Los médicos no saben si te pondrás bien —dijo en voz muy baja.

Me quedé mirándola, creo que sin comprender. Sin conseguirlo al principio, y

porque no quería después. No podía ser. Pero me cogió la mano, y temblaba, y eso hizo que empezara a creerme lo que me estaba diciendo. Mi hermana, a diferencia de mí, nunca fue de gastar bromas pesadas. Nunca fue de provocar incertidumbre para divertirse. No como yo.

—Tus riñones se estropearon en el accidente —me explicó con la profesionalidad de la estudiante de Medicina que me habían dicho que era ahora—. Te trasplantaron uno, pero había posibilidades de que no lo aceptaras bien cuando salieras del coma.

Empezó a llorar en silencio, con aquella gracia delicada que yo no había heredado de la abuela, y sonrió con pena.

—Mamá y papá no quieren que lo sepas porque aún puede ser que no lo rechaces —susurró—. Y si no... prefieren que no lo sepas. Que te vayas sin sufrir, sin saber que te mueres.

Parpadeé y me humedecí los labios. Lo recuerdo bien. Uno de esos gestos que uno hace por hacer, mientras piensa. O mientras no piensa, que es lo que me sucedía a mí en aquel momento.

Pero entonces miré a mi hermana y vi que intentaba hacerse la fuerte. Una vez más demostraba que era más madura que yo. Siempre lo había sido, pero ahora era incluso peor. Yo tenía casi veinticuatro años, pero me había convertido en la Bella Durmiente justo empezada la veintena. Ella tenía ahora esos veinte años, un drama increíble que sobrellevar, y aun así parecía mi hermana mayor.

Aquello me devolvió a la tierra. No estaba dispuesta a permitir que tuviera que ser la responsable otra vez. Ya habíamos pasado esa fase, y me había prometido que jamás se repetiría. Yo era la mayor, y yo cuidaba de ella. Eso era lo que me había llevado hasta allí, y ya que iba a ser el motivo de mi más que probable muerte, iba a cumplir mi papel hasta que se bajara el telón.

—Está bien —dije con esfuerzo—. En realidad, creo que ya he llegado hasta el final que me tocaba. Lo raro es que no se haya producido antes, ¿verdad?

Sonreí, pero mi hermana no lo hizo.

—No te preocupes, princesita. Quizás es mejor así. No sé qué haría ahora, tan fuera de lugar. Han pasado tres años... y antes ya lo había dejado todo atrás.

Se inclinó hacia mí, abrazándome por debajo de los brazos y apoyando la cara en mi pecho. Por sus movimientos convulsos supe que lloraba, y yo me aguanté las ganas de sollozar también. Le acaricié el pelo castaño y liso, tan diferente de la melena caoba y ondulada que yo había heredado del abuelo y de mamá.

—No pasa nada —le repetí.

Cuando al fin fue capaz de recuperar la entereza, se irguió y me miró mientras se limpiaba las lágrimas. Entonces me humedecí los labios otra vez y carraspeé, porque aún me costaba hablar mucho rato.

—Al menos así he podido despedirme —le aseguré—. Todo está bien, ¿ves? No te preocupes.

—No hables así —me dijo—. Aún no sabemos qué va a pasar.

Pero me daba cuenta de que la cosa no pintaba bien. Ahora que podía encajar

las piezas, entendí por qué los médicos eran extremadamente amables mientras hablaban conmigo y se ponían muy serios cuando creían que ya no podía verles.

Acaricié el brazo de mi hermana. Esperaba que todo aquel tiempo que habían pasado sin mí les hubiera ayudado a sobrellevarlo. Pero eso me llevó a preguntarme, de nuevo, por qué tanto tiempo en coma. ¿Por qué no dejarme morir antes, si ese iba a ser mi final?

—¿Por qué me han despertado ahora? —le pregunté—. ¿Por qué no antes?

La vi estirarse un mechón del pelo que se le había escapado de la trenza, un gesto muy habitual en ella cuando la presionaban. Me miró con un atisbo de desafío en los ojos.

—No estábamos preparados para dejarte marchar.

—Hay algo detrás de todo eso, princesita —dije impacientándome—. Algo que me estás ocultando.

—Tú también tienes un secreto y no me lo estás contando.

Touché, pensé. Aunque no iba a dejarlo así.

—¿Por qué habéis esperado hasta ahora para despertarme y ver si sobrevivía?

Se sentó a mi lado y me cogió la mano. En su mirada aparecieron de nuevo un miedo y una inseguridad conmovedores, algo que no veía desde hacía tiempo. Desde antes de que me convirtiera en la Bella Durmiente.

—¿Y a cambio me explicarás qué pasó de verdad en el accidente?

—Cuando esté preparada te contaré lo que pueda —respondí vagamente—. Aún tengo que aclarar mis recuerdos.

Supongo que me creyó, porque al final dijo:

—Está bien, voy a explicártelo. Y espero que no te enfades.

Sí, me lo explicó. Y lo siento... pero no. No voy a contártelo ahora. Sí, sé que quieres saberlo. Te lo diré más adelante.

Pero ahora entiendo por qué le daba miedo revelarme aquel secreto. De haber tenido más fuerzas, creo que la habría estrangulado por pensarlo siquiera.

Ya, ya sé que te sientes ultrajada. Que piensas que tendría que estar explicándote qué me ha dicho, porque te mueres de ganas de saberlo. Pero como aquí la moribunda soy yo, tengo derecho a hacer las cosas como me dé la gana. Y yo decido en qué orden expongo mis memorias. Puedes insultarme tanto como quieras, que es lo bueno de estar muerta: ¡No voy a escucharlo!

Pero por estúpido y sorprendente que fuera su motivo, era importante para ella. Así que le prometí que iba a pensármelo. Solo pensármelo, la verdad, porque me provoca escalofríos.

En fin. Como te he dicho antes, eso fue ayer. Los médicos siguen entrando y saliendo. También mamá y papá, y su cariño me resulta extraño. Mis locuras de juventud nos mantuvieron distanciados durante mucho tiempo, como ya te explicaré también.

Pero me doy cuenta de que, incluso entonces, les quería. Que quizás ahora hasta podríamos hablar de ello. Y eso también me hace darme cuenta de que no me quiero morir, y la posibilidad de que eso ocurra me ha hecho encogerme esta

noche y llorar estrepitosamente. De ahí que el enfermero, Tonny, me encontrara con la cara hinchada y enrojecida esta mañana, y me diera este diario para que escribiera. Asegura que es muy terapéutico y que me puede ayudar a mejorar.

Así que, ya ves, me he prometido que escribiría estas memorias por si me muero. Y que, sino, las destruiría, porque contienen muchos secretos. Imagínate. En este momento tenemos secretos mi hermana y yo, y mamá y papá, y también los médicos. Además de aquellos secretos que nos persiguen desde el pasado, y que te harán comprender hasta dónde hemos llegado.

O hasta dónde habéis llegado vosotros, porque yo me he quedado atrás si estás leyendo este diario...

Pensar que lo estás leyendo, que yo ya no estoy, me hace recordar aquella canción que el cantante de los Noisy Minds le había dedicado a su hermano, y que siempre había hecho llorar a mi hermana a moco tendido:

How will I live without you by my side.

(Cómo viviré sin ti a mi lado)

How will I fight the darkness

(Cómo me enfrentaré a la oscuridad)

if I don't have your light.

(Si no tengo tu luz.)

You were so important, you were so vital.

(Eras tan importante, eras tan vital.)

I'm scared I'll become a shadow

(Temo convertirme en una sombra)

now that you won't light my dawns.

(ahora que no iluminarás mis auroras.)

Nunca pensé que algún día mi hermana la sentiría suya de verdad. Me pregunto si pensará en mí cuando la escuche. O si ya no querrá escucharla nunca más. Y si yo estaré en el cielo esperándola, si lo merezco, o si no hay nada más allá. Lo cierto es que el cielo me aterrera.

Pero lo llevo bien, de verdad.

De nuevo me quedé mirando el resto de la hoja en blanco. Le pedí a la casa que me buscara aquella canción también, *Your light*, y la escuché una vez, y luego otra más. Y otra más, hasta que me encogí sobre la cama sintiéndome rota.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas una tras otra, pero esta vez no eran por Connor, ni por mí. Eran por Violet, que se expresaba de una forma tan parecida a la mía que me hacía imaginar todo lo que explicaba de forma vívida. Y por aquel pobre cantante de los Noisy Minds, y por su hermano, y por la muerte en general. Y en parte también por mi madre. Me costaba imaginarla de joven, y me pregunté si habría vuelto a escuchar aquella canción tan dulce y tan triste que significó tanto para ambas.

Una parte de mí, sin embargo, se sintió un poco mejor. Porque, en aquel momento,

me pareció obvio que había cosas mucho peores que perder un amor. Sin duda era mucho peor la muerte. Para el que se va, que lo pierde todo, y para el que queda atrás sin la persona a la que ama, y que ya no volverá.

Me vino a la mente el pensamiento de que en realidad lo peor que puede pasarnos es el cielo, que no me extrañaba que a Violet la aterrara. Y que es mejor retrasarlo todo lo posible incluso cuando nos toca sufrir aquí, en la tierra de los vivos.

3. Al crecer también caemos

Aunque en aquel momento todo lo que rodeaba a Violet era una confusión de sucesos, historias explicadas a medias y misterios no revelados, lo cierto es que se había convertido en una especie de salvavidas para mí. Tener sus memorias entre manos me protegía de comportarme como una tonta sin orgullo y llamar a Connor de nuevo. El diario me anclaba a la dignidad y a la aceptación, al menos por el momento.

Eran las once de la noche y, después de dejar el diario y probar de nuevo con la cena, había estado hablando con Anna. Me había llamado, y yo lo había cogido más por respeto que por ganas, aunque luego lo había agradecido. Después de dos horas de conversación, habíamos llegado a la conclusión de que Connor sí me quería. Que algo tenía que haber pasado, y que seguramente podríamos arreglarlo. Porque la esperanza es así, y nuestra necesidad de agarrarnos a lo que se va nos hace creer cualquier fantasía.

Entre las dos habíamos decidido que debía ser paciente. Tenía que darle tiempo, dejar que me echara de menos, y conseguir que fuera él quien volviera a mí. Pero no era fácil, sobre todo teniendo tanto tiempo para pensar.

Estar sola en casa un viernes por la noche era extraño. Normalmente ya estaría en el sofá con Connor, viendo alguna película mientras nuestras manos buscaban el cuerpo del otro, o estaría de fiesta con mis amigas si habíamos decidido ir cada uno por nuestro lado antes de reunirnos de madrugada. Alguna vez me había quedado sola en casa, pero siempre había sido una decisión mía, cuando necesitaba algo de descanso de la vida social.

Aquella soledad impuesta me asustaba y me mantenía insomne en el sofá, con la pantalla del salón puesta en el canal Hogar y Naturaleza, donde daban un programa en el que construían casas en los árboles con madera reciclada. Así me sentía más acompañada. Estaba intentando racionarme las memorias de Violet, porque si no, se me acabarían antes que el fin de semana, e intuía que iba a necesitarlas en los próximos días.

Porque algo me decía que Connor no iba a llamarme, que no iba a volver. Que si había tomado aquella resolución era porque estaba decidido, aunque yo no entendiera por qué.

Me pregunté qué estaría haciendo él en aquellos momentos. Si habría salido, si estaría tocando las cuerdas de su guitarra en el garaje de sus padres, o encerrado a oscuras en su habitación pensando en mí, añorándome pero sintiéndose demasiado orgulloso para reconocerlo.

Cuando los dedos me hormiguearon con las ganas de ir a buscar el sistema móvil y escribirle, puesto que lo había desconectado del sistema de la casa para evitar la tentación, bajé el brazo y tanteé el suelo hasta que encontré el diario.

Lo alcé a la altura de mis ojos, y busqué la página en la que me había quedado mientras me tapaba con la mantita. No hacía frío, pero notaba que me faltaba el calor. Yo intuía que lo que anhelaba era el calor de otro cuerpo, y que la manta era un triste sustitutivo, pero aun así la subí hasta mi barbilla antes de seguir con la lectura de los recuerdos de tía Violet.

14 de febrero de 2022, 15h. Pista 3: The hardest drug.

Esta mañana ha sido... diferente. Mamá ha venido y ha estado un rato largo aquí conmigo. ¡Y hemos hablado mucho! Sobre todo de lo que me he perdido de la familia durante este tiempo, pero también un poco sobre el pasado, de cuando era niña. La parte de mi adolescencia la hemos dejado de lado, claro.

Cuando se ha ido, y antes de empezar a escribir, me he reído un rato escuchando una canción de los Noisy bastante cañera. Hace años la convertí en una de mis preferidas, porque habla un poco de la locura a la que nos lleva el amor, especialmente cuando somos jóvenes y, ya de base, bastante alocados.

Life was so easy, when I was a child.

(La vida era tan fácil, cuando era un niño)

Girls were only those things in pink and white.

(Las chicas solo eran aquellas cosas de rosa y blanco.)

Then they tempted me, and I fell to their feet.

(Pero luego me tentaron, y caí a sus pies.)

Cause love is the hardest drug,

(Porque el amor es la droga más dura,)

the only one that makes me cry.

(la única que me hace llorar)

¿Sabes de lo que te hablo? Seguro que sí. Porque llega un momento en la vida, como dice la canción, en el que todos nos enamoramos. Y a veces, cuando lo hacemos, digamos que nos enganchamos a ese desenfreno.

Yo siempre fui una chica bastante impulsiva, decidida a sacar todo el jugo que pudiera absorber de la vida. No era mala persona, no. Solo es que me gustaba disfrutar del aquí y del ahora, y no siempre pensaba en los efectos secundarios. Como los restos de una batalla en la que la vencedora siempre era yo.

¿Quieres un ejemplo? Pues una vez rompí el corazón de una chica quitándole a su novio, solo para salir escaldada yo también. Luego te lo explicaré, no te preocupes. Pero antes te pondré en antecedentes, porque esto de saber que vas a morir te permite ver las cosas mucho más claras.

Cuando tenía catorce años ya me gustaba mucho estar con mis amigos. Salía a todas horas y, si podía, incluso hacía campana y me iba con los demás a fumar —y sí, a beber— al rincón que hubiésemos convertido en nuestro refugio secreto del momento. Supongo que actuar así nos hacía sentir mayores y dueños de nuestras vidas. Así éramos.

Dos años más tarde estábamos de vuelta de todo, y los que actuaban según las normas nos daban pena. No importaba que ellos no tuvieran los dramas amorosos por los que pasábamos nosotros a veces, los malestares y las verdaderas torturas físicas que venían con las resacas o la hierba. Tampoco que no tuvieran nuestra dependencia de la reputación en las redes sociales, o incluso que no disfrutasen de las ocasionales peleas con otros grupos, los castigos y los enfrentamientos con los padres. De hecho, nos parecía que quienes no vivían nada de eso eran unos blandos que no sabían qué era de verdad la vida.

Una de aquellas personas vírgenes en lo que a experimentar la existencia se trataba, era mi hermana. Vale que por aquel entonces yo tenía dieciséis largos y ella trece, pero ya era una chica retraída, muy recatada y muy estudiosa, que iba a convertirse en una aburrída de manual. Nos llevábamos razonablemente bien porque cada una iba a lo suyo y nuestra relación era casi nula. De hermanas obligadas a convivir, ya está. Porque éramos de mundos opuestos. Cuando quería hablar de algo o bromear, o pasar una tarde entre chicas, llamaba a mis amigas. Y supongo que ella también, si es que las tenía.

El problema, como te podrás imaginar, es que sus supuestas virtudes —es decir, no provocarles taquicardias a nuestros padres— hacían destacar aún más mis supuestos fallos —ser una preocupación para nuestros padres—, así que yo era la hija que debía aprender de la mocosa de su hermana. Yo opinaba que era ella la que tendría que aprender de mí, y disfrutar un poco de la vida, pero aquel tema hizo que nuestra relación se tiñera de un cierto resentimiento por mi parte, porque me hartaba de que me compararan con ella. Todo lo hacía bien, y yo me ganaba las miradas desaprobadoras y las duras palabras de papá y mamá, e incluso de los abuelos. Eso hizo que me fuera distanciando más y más de todos ellos, y que me acercara más y más a mi grupo de amigos y mis redes. Ellos se convirtieron en el centro de mi vida, claro. Ni la familia ni los estudios ni nada tenía más importancia que la órbita social que me rodeaba, y el pequeño ecosistema en el que me movía como pez en el agua.

Mirando atrás ahora, hago las paces conmigo misma. Uno hace sus elecciones pensando en cada momento que son las mejores. Y, cuando no sabemos qué es lo que nos impulsa a actuar de una forma determinada, nos lanzamos sin poder evitarlo. Vale, a veces sí que hacía cosas sabiendo que eran una mala idea, lo reconozco. Sin duda yo era una chica rebelde. Pero incluso ahora, cuando lo veo desde lejos, no puedo evitar seguir culpando, en parte, a mis mayores. O a la sociedad, más bien. Porque cuando llegó mi hermana, a mí me pusieron la etiqueta de «mayor» y listos. Da igual que tengas diez o cien años: como eres la mayor tienes que ser buena y ayudar a cuidar de tu hermana, aunque solo tengas tres años más. Y como a casi todos, supongo, los que me rodeaban me quitaron parte de mi infancia y así reaccioné yo.

Me querían, eso lo veo claro ahora. Pero me demostraban su amor intentando cazarme y retenerme, cuando lo que yo necesitaba era apoyo y comprensión. Que siguieran ahí preparados, tiritando en mano y una sonrisa de ánimo, aunque ahora en

vez de lastimarme las rodillas con los patines, me cayera por otras cosas: porque bebiese un poco, porque tuviera peleas con amigos y amigas o porque tuviera que repetir curso... Porque al final, como dice la canción, hay cosas que pueden hacernos llorar aun siendo adultos. Especialmente el amor. Y es entonces cuando necesitamos que alguien esté ahí, dispuesto a recogernos y a ayudarnos. Que nos diga que todo irá bien, aunque la hayamos fastidiado. Que nos diga «te quiero» en vez de «¿lo ves?» o «ya me lo esperaba» o «te lo has buscado».

Pero como te digo, ahora lo veo más claro. En los anuncios, en la televisión, en las películas... siempre se hacía el comentario de que los padres tienen que aprovechar el tiempo que pasan con sus hijos, porque luego estos se hacen mayores y ya es demasiado tarde. Lo que no suelen decirnos a los jóvenes es que tenemos que aprovechar el tiempo en el que nuestros mayores se preocupan tanto por nosotros, aunque a veces nos parezcan pesados, porque luego llegará un día en el que nos considerarán adultos, y no estarán ahí tan a menudo para ayudarnos a levantarnos. Yo renuncié a ese derecho a la protección demasiado pronto, porque empujé lejos a mis padres.

El caso es que no sabía nada de eso por aquel entonces, claro, y cuanto más me presionaban ellos, más me alejaba yo y me centraba en mi pequeño mundo de grandes amigos, enemigos y dramas épicos. Aún no habíamos cumplido dieciocho cuando Bárbara tuvo que acudir a una clínica, porque aquellas noches locas con Jimmy dieron sus frutos. Recuerdo muy bien que Barbie ni siquiera se planteó tener el bebé. Que Jimmy sí se planteó ser responsable. Él adujo que él también tenía derecho a decidir; Barbie, que su cuerpo era solo suyo, y que sería una locura que marcaría el resto de sus vidas. Al final, Barbie fue a la clínica sin avisarle. Jimmy respiró aliviado, porque era lo que esperaban de él. Pero nunca podré olvidar que hizo que volvieran a llamarle Jaime y, en cuanto pudo, se fue a una universidad muy lejos, y apenas le volvimos a ver.

Me pregunto qué será de ellos ahora. Antes del accidente solo me quedaba Margo, y en parte porque se compadeció de mí. Yo me había cargado mi mundo. Y sí, gran parte de todo aquello fue por un chico. No, no el novio de mi hermana, para nada. El primero que tuve yo, y que me hizo perder bastante el equilibrio. Porque ya sabes, cuando somos jóvenes suelen decirnos que nuestros amores no durarán, que son caprichos de juventud y que ya aprenderemos lo que es querer y todo eso. Pero eso no cambia nada, porque te lanzas igual.

Muchas veces, quienes dicen eso olvidan que los primeros amores son los que más nos marcan, y los que más afectarán a nuestro carácter. Porque lo vivimos todo con intensidad y no sabemos, porque no lo hemos experimentado, que ese amor nos hará caer y llorar. Mucho más que todos los columpios y bicicletas y juegos infantiles juntos.

Sonreí con incomodidad, porque lo que explicaba Violet me resultaba muy ajeno. Como si viniésemos de planetas distintos. Después de una clase de Humanidad en la que debatimos sobre sexualidad, mamá me explicó que, en su época, el sexo

adolescente aún era un tema muy incómodo. Que, aunque ya se iba aceptando a regañadientes que los jóvenes exploraban sus impulsos, no se hablaba de ello abiertamente. Con las consecuencias que eso traía, como lo que explicaba Violet sobre Barbie y Jimmy. O Bárbara y Jaime.

Es increíble lo mucho que pueden cambiar las cosas en poco más de un cuarto de siglo, aunque papá dice que eso también lo decían ellos. Y que sus padres y sus abuelos opinaban igual. Si algo he aprendido de Historia Social en la academia, es que es verdad que la revolución tecnológica hizo mucho, pero que desde siempre ha sido la revolución en la política lo que ha catapultado los cambios más drásticos en la sociedad. Y el cambio social que se inició en la época de mamá, con una diversificación del voto y una inclinación dicotómica hacia derechas extremas e izquierdas mucho más liberales en los distintos países, provocó una marea que nos ha llevado a la situación que tenemos ahora de «liberalismo rígido», como la llama papá.

Sea como sea, el sexo ya no es un tema tabú, aunque a los padres más conservadores aún les escame. Papá y mamá nunca han tenido problemas en ese sentido, y jamás han prohibido que Connor viniera cuando ellos no estaban. Pero eso se debe, en gran parte, a que saben que seremos responsables. Nos educan para ser sensatos y pensar. En esta época, los anticonceptivos son gratuitos hasta que termina la universidad. Y no usarlos nos parece tan estúpido como conducir sin el cinturón puesto. Aún me cuesta creer que en los tiempos de mamá y papá todo fuera tan distinto. Como lo del tabaco, que ahora está prohibidísimo.

Papá suele decir que su trabajo es relativamente fácil ahora, que se lo planteaba muy diferente cuando empezó a estudiar su carrera de Orientación Personal y Mediación Social, lo que antes se llamaba Psicología. Dice que, en su época, la vida académica era una verdadera jungla. Que era normal que los chavales desarrollaran personalidades y conductas difíciles e incluso destructivas, porque estaban sometidos a una presión social insostenible. Tenían que ser guapos, divertidos, estar a la última, saber de todo, y estar en la palestra en un mundo que se centraba en la red y la reputación virtual. Siempre dice que, aunque ahora las cosas tampoco son perfectas, ni mucho menos, tengo suerte de no haber tenido mi edad en sus tiempos.

Todo eso me pasaba por la mente aquella madrugada mientras intentaba no pensar en Connor. Entendía lo que decía Violet sobre caerse y llorar, porque así me sentía yo ahora. Derrotada y dolida. Y de repente me di cuenta de que es verdad, que al crecer también nos caemos aunque sea por causas distintas. Pero al menos yo sabía que mamá y papá me apoyarían. Y, aunque a menudo perdía totalmente la paciencia con mamá, e incluso con papá, tenía la suerte de que aún estaban dispuestos, si les dejaba, a curarme las heridas.

Mirando el viejo diario de tía Violet empecé a dudar. Hay quien opina, como decía la vecina de la casa de enfrente, que a los jóvenes de ahora nos falta un poco de temeridad. Luego la detuvieron por ser una presunta sociópata, pero quizás tenía razón y nos falta carácter y experiencia. Quizás por eso siempre hay alguien que desaparece hacia el centro de la ciudad o el extrarradio, o que consigue una botella de algo prohibido, o que hace saltar la alarma antihumos en los lavabos de la academia.

Mientras subía a mi habitación para acostarme, pensé que quizás esa gente, como decía Violet, es la que sabe vivir de verdad. Pero tengo que reconocer que me dan miedo esas ideas. Me decía que era la pena lo que me hacía pensar de aquella manera. Violet, al fin y al cabo, había vivido mucho pero hacía demasiado que estaba muerta. Y la vecina había sido detenida por ser un peligro público. Así que no estaba segura de la conclusión a la que debía llegar. Hacerse mayor, pensé, era duro de verdad.

4. Cualquier llama puede quemarnos

Me desperté con el sonido de una comunicación reverberando en los altavoces de mi habitación. Levanté un poco la cabeza, y comprobé en el reloj que era realmente tarde, las once de la mañana. El sistema despertador seguía atascado, porque no se habían levantado las persianas. Y me dolía todo el cuerpo; seguía agotada.

Mientras me incorporaba me preocupé un poco, porque aquello podía ser una señal de que me estaba deprimiendo de verdad. No tener hambre, no querer salir de la cama y no tener fuerzas para ello eran síntomas habituales en las personas a las que papá dedicaba la mayor parte de su atención profesional.

Miré la pantalla del escritorio y vi que era mamá la que llamaba. Suspiré, porque no me apetecía hablar con ella, pero no contestar sería peor. De hecho, me alegré de haber reconectado mi sistema personal a la casa antes de meterme en la cama; sino no me habría enterado y se habría puesto histérica.

—Audio. Responder —le dije en voz alta a la casa, estúpidamente enfadada con ella a causa de las malditas persianas.

—Hola, cariño —dijo mamá—. ¿Estás bien? Has tardado mucho en contestar.

—Es que vengo corriendo desde la ducha —le dije mientras me levantaba. Y me di cuenta de que me había metido en la cama con la camiseta y el pantalón de chándal de estar por casa.

Mamá hizo una pausa y me quedé paralizada. Cualquier otro día Connor hubiese conectado el audio por mí si yo estaba en la ducha; su voz estaba registrada en la casa. Así que acababa de darle a entender a mamá que él no estaba, y se había dado cuenta. Odié la situación, y odié la perspicacia de mamá. Esa que parecía mostrar ya en la época de tía Violet.

—¿Seguro que no quieres que volvamos? —se ofreció al fin.

—Que no, mamá, que ya no soy una cría. ¿Cómo va por allí? —dije para evitar que siguiera hablando de aquel tema para el que yo aún no estaba preparada.

—Como siempre, bastante trabajo. Pero bien —me aseguró.

—Me alegro... Oye, te dejo, ¿vale? Es que voy a salir.

—Vale, cariño —aceptó tras otra pausa—. Pero llámanos cuando quieras.

—Que sí. Hasta luego.

Colgué manualmente. Me mordí el labio, sintiéndome culpable de nuevo. Mamá y papá eran personas buenas, todo el mundo lo sabía. Estaban muy concienciados y ayudaban mucho a los demás. Eso hacía que, cuando perdía la paciencia con ellos, me sintiera mezquina. Y tenía que recordarme lo que me decía el consejero de la academia: que es normal tener más roces con las personas con las que convives. Y que discutir de vez en cuando con alguien no significa que le quieras menos, solo que es imposible estar siempre de acuerdo.

Aun así seguí sintiéndome culpable, porque recordé todos mis pensamientos de la noche anterior. Que cuando ya no tienes a tus padres a tu lado les echas de menos, sobre todo en momentos de bajón. Y entonces, mientras me pasaba las manos por la cara, recordé algo más que en su momento había apartado de mi mente. Mamá me había dicho que tenía que darme el diario cuando intuyera que yo le estaba ocultando algo importante. Por tanto, sabía que tenía un secreto, uno que me hacía sufrir. Y aun así me había dado espacio.

Con las manos todavía masajeándome las mejillas, decidí tragarme mi orgullo por una vez.

—Contactos. Mamá. Escribir mensaje: Gracias por preocuparte, mamá. Te quiero. Fin.

Luego miré la pantalla del sistema móvil. Vi que Anna me proponía salir con Emma y Sara un rato por la noche, pero no había nada de Connor. Tragué saliva porque estaba cansada de llorar, y le pedí a la casa que silenciara mi sistema de audio durante cuatro horas más. No quería seguir a la expectativa. No quería estar pendiente de una fantasía que no iba a hacerse realidad.

Me obligué a bajar a la cocina y a beber agua para hidratarme, y trocéé un poco de fruta porque era lo único que me sentía capaz de tragar. Luego cogí el bol, el vaso y el diario de Violet, y fui al salón. Le pedí a la casa que pusiera el mismo canal de Hogar y Naturaleza, y me senté en el sofá recogiendo las piernas bajo la mantita. Abrí la vieja libreta, y empecé a leer con avidez.

15 de febrero de 2022, 9h. Pista 4: At least tonight

Hoy me siento bastante bien. Mamá y papá trabajan, y mi hermana está de prácticas en la universidad, así que no les ha quedado más remedio que seguir girando con el mundo ahí fuera. Ya les he dicho mil veces que no hace falta que vengan cada día, y parece que me han hecho caso por fin. Entre tú y yo, no tenerles encima todo el rato es un respiro. Y tengo que pensar en la petición de mi hermana, aunque aún no me veo capaz.

Pero bueno, hoy me siento bien, créeme. Tengo bastante energía, y me han dejado levantarme para ir al lavabo y hasta me he duchado. No te puedes imaginar lo bien que te puede hacer sentir algo tan simple como no depender de que alguien te limpie el culo. Ya lo sé, suena muy feo. Pero es que es verdad. No sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos, dicen. Y eso sirve hasta para la capacidad de asearse uno mismo. Así que poder recuperar mi dignidad me hace sentir en la cima del mundo, ya ves qué tontería. Y eso me ha recordado otros momentos de euforia, y me ha dado un poco de yuyu.

Porque la euforia descontrolada es un peligro. Eso es algo que descubrí dolorosamente cuando creí que era invencible, y puedo adelantarte el resultado: dos corazones rotos, y uno que se merecía estar hecho pedazos latiendo alegremente sin una sola fisura.

Volvamos al pasado para que lo entiendas. Yo ya tenía los dieciocho y seguía en

el instituto porque Margo y yo habíamos repetido un curso, cuando me convertí en la diosa de mi antiguo grupo. Algunos habían conseguido entrar en la universidad, pero aun así muchos querían ser como yo, y todos querían estar conmigo. Era la más divertida, la más loca, y la más desinhibida. Los hechizaba a todos, y a todas. Era un pájaro de fuego capaz de prenderlo todo en llamas, y yo sola podía iluminar una discoteca mientras bailaba. Pero era un pájaro libre, como sabían todos los que pasaban por mis brazos. Era algo que se disfrutaba, y se disfrutaba mucho, pero que no se poseía ni se enjaulaba. Yo me daba solo a quien quería, unos pocos afortunados. Los demás solo soñaban conmigo.

Hasta que llegó el día en que me encapriché de Hugo. Era un chico muy guapo, de pelo rubio, tez morena y ojos carbónicos, que tenía un gran cuerpo de nadador y una sonrisa traviesa y prometedora pegada casi siempre al rostro. El único fallo que tenía Hugo era su novia, Clara, una chica mona pero bastante insulsa que, en mi opinión, no le pegaba en absoluto. Mi interés por él aumentó un día en que le pillé mirándome en la discoteca. Yo también me quedé mirándole, dándole a entender que me había dado cuenta. Luego se fue con su novia, pero yo me dije que, si me lo proponía, seguro que también podía conseguirle. Y me obcequé con ello.

Durante tres fines de semana el intercambio de miradas fue como fuegos artificiales. Yo bailaba con mis amigas y con mis amigos; le daba a entender sin palabras que era una fiera salvaje y libre, que no quería cadenas como las que él tenía. Él me miraba cada vez más y, el siguiente fin de semana, vino solo con sus amigos. Después de que Margo me empujara un poquito —sin necesidad—, me acerqué a él.

—¿Bailas? —le pregunté.

Le vi dudar. Casi leí en su cara cómo pensaba en su novia, en sus obligaciones y en el qué dirán. Pero también vi cómo su mirada recorría mi cuerpo y aquel brillo en los ojos que decía que quería vivir, y que quería disfrutar.

—Bailar no está mal —respondió al fin.

Y vaya si bailamos. Varias canciones, mientras nos terminábamos nuestros gintonics, y no dejamos de bailar en ningún momento. Yo me sentía una diosa de la seducción, te lo juro, porque veía la lujuria en su mirada y la forma en que sus manos temblaban con ganas de tocarme de verdad.

Nos emborrachamos bastante. Recuerdo perfectamente la canción que sonaba cuando su mano derecha llegó hasta mi nuca y la izquierda se posó en mi cadera, mientras nos movíamos muy juntos al son de la música. Era, cómo no, uno de los temas más movidos de los Noisy que, por entonces, ya se habían puesto bastante de moda en los locales roqueros que visitábamos. Y lo recuerdo tan bien como si fuese ahora, porque en aquel momento la canción hablaba el lenguaje de nuestras almas.

Let's forget the world outside,
(Olvidemos el mundo exterior,)

at least tonight.

(al menos esta noche.)

Let's live as if there's no tomorrow,

(Vivamos como si no hubiera un mañana,)

at least tonight.

(al menos esta noche.)

Let's conquer the dancefloor,

(Conquistemos la pista de baile,)

at least tonight.

(al menos esta noche.)

Recuerdo también que el primer beso lo sentí más en mi cabeza que en mi cuerpo. Era mi triunfo, mi victoria. Había conquistado al chico prohibido, y no había nada que pudiera resistírseme. Yo era como un tornado, el mundo estaba a mis pies. El destino de las personas descansaba en mi puño.

—Volemos —me susurró.

Nos fuimos a la parte de atrás del local, donde las parejas iban a darse el lote porque había bastantes recovecos oscuros. Recuerdo que pensábamos que era una suerte, porque nos daba intimidad, pero ahora me pregunto si los dueños no lo habrían hecho así a propósito, para asegurarse la asistencia de la gente que iba allí a ligar.

El caso es que nos enrollamos a base de bien. Probablemente estuvimos allí una hora, hasta que Margo vino a decirme que, o lo dejaba ya, o me buscaba otro transporte. Entonces aparté a Hugo.

—A mí no se me echa el lazo —le advertí—. Pero si te apetece, el viernes que viene volveré a venir. Y... no tiene por qué enterarse nadie.

El viernes siguiente no vino, y odié un poco más a su novia. Pero cuando le vi aparecer de nuevo la semana siguiente... sentí un escalofrío en mi cuerpo, que le reclamaba a gritos, y también en mi mente. Sí, tengo que reconocer que lo pensé: pobrecita Clara, su novia. Pero ni me daba pena ni sentí vergüenza alguna. La mejor se llevaba el premio, y el premio había mentido a su novia y estaba aquí un viernes por la noche. Por mí. Por la diosa que estaba subiendo tan alto que, te lo aseguro, la caída iba a doler mucho.

Porque a todos nos gustan las llamas, y nos gusta sentirnos ardientes y acalorados. Pero muy a menudo nos olvidamos de que las llamas queman, y que la más mínima chispa puede prenderlo y destruirlo todo.

Parpadeé varias veces con asombro al finalizar aquella entrada del diario. Vaya con la tía Violet, me dije. Pues sí que era un poco salvaje, y un poco arpía también, me pareció. Me recordaba un poco a Mónica, una compañera de clase pelirroja y guapa que también tenía veneno en la lengua y en la mente. Recuerdo que se me quitaron un poco las ganas de seguir leyendo. De repente ya no me sentía tan identificada con Violet, porque yo nunca haría algo así. O eso esperaba, al menos. Pensé en la pobre Clara, la

novia de Hugo. Y en por qué a veces a las chicas nos gusta hacernos sufrir.

Me quedé un rato mirando la pantalla grande, que ocupaba parte de la pared sobre la chimenea. Estaban poniendo un programa en el que explicaban cómo aprovechar muebles viejos para hacer todo tipo de accesorios para el jardín, con mucho encanto e ingenio. Me daba cuenta de que, en otra situación, hubiese cogido ideas. Pero en aquel momento no me sentía con ánimos para construir.

Me levanté del sofá cuando ya no pude resistir más las ganas de ir al baño, y me sentí un poco mareada. Al entrar en el pasillo me miré en el espejo de pared, y me vi algo pálida. Tendría que obligarme a comer, o papá y mamá se darían cuenta de que pasaba algo que me afectaba mucho. Y entonces todo sería peor.

Así que del baño me fui a la cocina, y saqué una bandeja de coliflor con bechamel. Lo puse en la CocinoYo, y cuando estuvo listo me obligué a dar buena cuenta de ello. En realidad, olía fantásticamente, y mi estómago lo agradeció.

Pero después de comer ya no aguanté más, y fui hasta el piso de arriba para mirar la pantalla del sistema móvil. Nada de Connor, pero mamá había respondido. Leí el mensaje en la pantalla, sin pedirle a la casa que me lo narrara por el altavoz.

17/4/2060. 11:54AM

Siempre, cariño. Siempre estaremos aquí para ti, pase lo que pase.

Lo pensé unos segundos y después escribí:

17/4/2060. 13:46PM

Mamá, ¿la tía Violet era mala persona?

Vi que lo había leído al momento y esperé sentada en la cama, pensando mientras tanto si sería capaz de cenar después, ya que había conseguido comer.

17/4/2060. 13:49PM

No, cariño. Era impulsiva y alocada pero era buena persona.

Te aseguro que sea lo que sea, al final se arrepintió.

Y enmendó lo que pudo.

No te ofusques con eso, porque todos cometemos locuras.

Así que sal y diviértete.

Que es sábado y eres joven.

El mensaje de mamá me despertó una sonrisa. No me la imaginaba cometiendo locuras en absoluto, ni yendo de fiesta como Violet o incluso como hacemos... hacíamos Connor y yo.

Pero quizás sí que me iría bien salir, así que respondí a mamá asegurándole que lo haría. Y contesté a las chicas, para vernos a las diez. Por un momento me sentí tentada de decirles que nos encontraríamos en The Purge, donde solía ir con Connor, pero sabía que no era buena idea. Así que les pedí que nos viésemos en la puerta de Hills & Valleys, que nos encantaba. Casi todo lo que ponían eran canciones de Sin O'Brien y otros grupos de *melodic metal* y *shiny gothic*, y si Connor quería evitarme sabía que no debía aparecer por allí.

Un trozo de chocolate negro y un batido a media tarde hicieron milagros. Así que, para cuando las chicas me respondieron contentas porque me animaba a salir, me sentía casi alegre.

Me picaba la curiosidad, así que mientras escogía lo que iba a ponerme le pedí a la casa que buscara en la red la canción de la que hablaba Violet, *At least tonight*. Me quedé parada mientras la escuchaba. Era una canción fuerte, tenía carácter, animaba a dejarse llevar y era sensual, igual que la voz del cantante. Me empezaba a encantar, porque los Noisy Minds se parecían a Sin O'Brien. No me extrañaba que aquel Hugo y la tía se liaran con esa canción. Casi podía imaginarlos, aunque fuera incapaz de ponerles cara.

Puse la misma canción en la ducha, y la intercalé con otras de la lista animada de Sin O'Brien mientras me vestía, me peinaba y me ponía crema hidratante. Quería estar espectacular, quería sentirme un poco como Violet. Una diosa. Alguien por quien cualquiera se derretiría. Pero hice una mueca mientras lo hacía. Mamá me explicaba a menudo que, cuando ellas eran jóvenes, se maquillaban llenando sus caras de correctores y de químicos para parecer más guapas. Solo hay que ver las fotos de las modelos de hace unas décadas para darse cuenta del extremo al que llegaban. Qué horror, incluso se inyectaban cosas en la cara para parecer más jóvenes.

La verdad es que me alegro de que todo eso quedara atrás, igual que mamá dice que se alegra de que en su época los chicos dejaran de llevar los pantalones por debajo del culo y las chicas, tacones. Qué horrible debía de ser aquello de tener que estar todo el día intentando esconder las imperfecciones. Papá dice que cuando prohibieron el retoque fotográfico en la publicidad y la delgadez extrema en el mundo de la moda, casi todas las mujeres y muchísimos hombres vieron la luz al final del túnel. Se dieron cuenta de que todos, sin excepción, eran humanos. Así que nadie era perfecto y, poco a poco, dejaron de intentar parecerlo.

Aun así, me esmeré con la crema tonificadora y el aceite natural hidratante. Quería brillar. Quería que los chicos me miraran, e incluso quién sabía, quizás algo más. Y que Connor se enterara, y se diera cuenta de que había cometido un error dejándome marchar.

Me aseguré de que la última canción que escuchaba antes de salir fuera *At least tonight*, para tener el ánimo apropiado. Y funcionó porque, horas después, Anna, Sara, Emma y yo estábamos eufóricas en el club, y los chicos nos miraban.

Solo que uno lo hacía con una intensidad que me llamó la atención. Un chico guapo, alto, vestido de negro, algo mayor que nosotras, con el pelo de un castaño que parecía ceniza y unos ojos también grisáceos. Era Connor. Tenía fuego en la mirada, un fuego con el que me traspasaba como si no hubiese nada más a mi alrededor.

Tuve la certeza de que iba a quemarme, pero me dio igual. Por mi mente pasaba la canción de tía Violet:

Let's forgive all the wounds inflicted,
(Olvidemos las heridas infligidas,)
at least tonight.

(al menos esta noche.)
Let's love each other with passion,
(Amémonos con pasión,)
at least tonight.
(al menos esta noche.)
Say it with me one more time:
(Di conmigo una vez más:)
at least tonight.
(al menos esta noche.)

5. No lo fuerces tanto

—Neni, no lo entiendo —me dijo Anna mientras bailábamos, actuando como si no nos hubiésemos dado cuenta de que Connor estaba ahí—. Se te está comiendo con los ojos.

Así que no me lo estaba imaginando, recuerdo que pensé. Sentí orgullo, alegría, y un poco de esperanza. Porque, a juzgar por su manera de mirarme, estaba claro que Connor seguía queriéndome.

Después de desperdigarse por unos instantes, Sara y Emma se reunieron con nosotras entre las luces y sombras de la pista de baile en la que nos movíamos lentamente.

—Ha venido con sus amigos de la universidad —nos confirmó Sara. Se apartó el flequillo carbónico de los ojos y empezó a contonear su cuerpo de preciosa piel negra con la música evocadora y oscura que estaba sonando.

—Le he preguntado a Ben, y no se esperaban lo vuestro —añadió Emma. Sacudiendo su cabeza rizada, cosa que le encantaba, hizo una pausa y musitó—: Dice que ellos tampoco entienden qué ha pasado.

Me mordí el labio mientras Anna me ponía una mano en el brazo. Emma echó un vistazo hacia atrás. Luego volvió a mirarme.

—Está torturado —anunció.

—Dale una oportunidad —me animó Sara—. Sal fuera a tomar el aire.

Miré a Anna, que alzó los hombros y me sonrió. Entendí lo que quería decirme: si te sigue, bien; y sino, tocaría olvidarle para siempre.

Así que, armándome de seguridad en mí misma, que aquella noche parecía que me sobraba, me abaniqué con la mano y señalé hacia la puerta trasera del local. Ellas asintieron. Anna señaló mi camiseta de tirantes y hacia el guardarropa, donde había dejado mi chaqueta, pero yo negué con la cabeza y volví a abanicarme. Y siguieron bailando mientras yo me alejaba, convencida de que Connor vendría detrás de mí.

Salí y me apoyé en la pequeña baranda del jardín. Antes, la gente salía a intoxicarse los pulmones a sitios como aquel; ahora solo salíamos a tomar el aire, a cuchichear o a darnos el lote, como había dicho tía Violet.

La puerta se abrió al cabo de un minuto, y Connor apareció tras ella. Me miró con gesto atribulado mientras yo me erguía para mirarle.

—Pensaba que no querías que habláramos —le desafié, aunque le sonreía de aquella forma que sabía que le volvía loco.

—No esperaba verte. Pero si te veo, no puedo evitarlo —dijo acercándose y apoyándose a mi lado.

Me ladeé para poder seguir mirándole.

—Si no querías verme no deberías haber venido aquí —dije, aunque los dos lo sabíamos—. ¿O pensabas que me iba a quedar en casa llorando?

Me traspasó con sus ojos de mercurio, desviando su mirada hacia mis labios.

—A lo mejor es que me tienes embrujado —susurró, y no entendí la intensidad que había en sus palabras.

Pero no quería que el momento se estropeará, así que me estremecí un poco y me cogí los antebrazos destacando así mi pecho. Miré hacia otro lado.

—No tendrías que haber salido en tirantes —me advirtió.

Se quitó la fina chaqueta de falso cuero que llevaba y, sujetándola con una mano, me rodeó el torso con el otro brazo para ponérmela por encima. Aquel gesto le acercó mucho a mi, y nuestras respiraciones se encontraron. Mientras mi corazón se aceleraba, pude ver que sus ojos recorrían mi cara, mi cuello y mi escote. Se apartó un poco y le puse una mano en el pecho. Entonces agarró las solapas de su chaqueta y las utilizó para atraerme hacia sí y poner sus labios sobre los míos.

Aún siento escalofríos cuando recuerdo cómo nos besamos en aquel momento, con una necesidad y una fuerza que me quitó el aliento. Connor me aprisionó entre la baranda y él, y sus manos bajaron hasta mis caderas. Yo le rodeé el cuello con los brazos. Él sentía tanto anhelo como yo, estaba claro.

Cuando se apartó para respirar, vi la duda en su rostro. Pero me cogió de la mano y me llevó al interior del local, hacia los reservados de la parte trasera. Escogimos uno con las cortinas abiertas, y las cerramos detrás de nosotros. Entonces Connor me llevó hasta el sofá, y se arrodilló a mi lado para besarme.

Pero eso no era suficiente, no a aquellas alturas. Se sentó en el sofá y me puso a horcajadas sobre él. Mis manos buscaron el botón de su pantalón, y las suyas levantaron mi falda. E hicimos lo que tantas veces habíamos hecho ya en reservados como aquel, incapaces de refrenar el deseo. Aunque aquella vez era distinta, porque me parecía que éramos casi como desconocidos.

Al terminar, nos recompusimos la ropa y el pelo y nos quedamos sentados, pegados uno al otro, para recuperar el resuello. Me sentía casi cómoda, apoyada como siempre en el hueco de su brazo, y le pregunté si quería venir a dormir a casa. Su mano dejó de acariciarme el pelo. Su respiración se detuvo unos instantes, antes de reiniciarse turbulenta.

—No es buena idea —dijo—. Esto no ha sido buena idea. No debemos volver a vernos hasta que superemos nuestra adicción al otro.

Si tengo que ser sincera, lo que pasó después es una nebulosa de la que apenas recuerdo los detalles. Papá dice que nuestro cerebro hace eso a menudo, que bloquea los momentos más duros para que podamos sobrellevarlos y seguir adelante. Porque sino, no sobreviviríamos a tantos sufrimientos.

Pero sé que discutimos. Nos acusamos mutuamente. Grité, y a él se le humedecieron los ojos. Eso me dio pie a insistir más, porque estaba claro que aún me quería y me necesitaba, y yo no entendía nada. Pero Connor insistió también en que quizás en el futuro podríamos ser amigos de nuevo, que ahora mismo teníamos que dejar de vernos de verdad. Seguir con nuestras vidas, y ver qué pasaba más adelante con nuestra amistad.

Al final ganó él. Y me quedé sentada en el sofá del reservado con muchas dudas y

sin ninguna respuesta, sin poder dejar de llorar.

Al cabo de un rato apareció Anna. Estuve segura de que Connor le había dicho que viniera a buscarme, porque ella también estaba confundida. Hablamos mucho, pero sin llegar a ninguna conclusión. Le insultamos, eso seguro. Nos preguntamos si lo había hecho para hacerme daño, aunque yo tenía la sensación de que a él le había hecho tanto daño como a mí. Y Connor nunca había sido mala persona. Nunca, de verdad. Eso tengo que reconocerlo.

Al cabo de una hora, cuando se acabaron las palabras, pedimos un taxi.

—¿Quieres que me quede contigo? —me propuso Anna mientras avisaba a Sara y a Emma de que no íbamos a volver.

—No, estoy bien —le dije, aunque mis ojos seguían empañados.

Si no quería estar con mis padres en aquellos momentos, mucho menos con Anna, que me conocía tan bien.

—Vale —claudicó.

Le prometí llamarla por la mañana. Y olvidarme de él. Lo primero estaba casi segura de poder hacerlo. Lo segundo iba a costar mucho más.

Cuando entré en casa, donde solo me esperaba una soledad deseosa de lanzar sus tentáculos sobre mí, seguía preguntándome por qué.

Así que me fui a mi habitación, me quité la falda y la camiseta, y me metí en la cama. Consciente de que no iba a poder dormirme, cogí el diario de tía Violet y me puse a leer. Había dicho que también había sufrido por un chico, y en aquel momento quería verla caer.

15 de febrero de 2022, 13h. Pista 5: Just make-up.

Ahora, en la cama de nuevo tras otra sesión de pruebas, siestas y la visita de un psicólogo, que por lo que me ha dicho pronto tendrá que llamarse a sí mismo Consejero personal, sigo dándole vueltas a aquel episodio amoroso que me pareció tan bien al principio, y que después iba a sentarme tan mal.

Hugo y yo seguimos viéndonos los viernes durante tres meses más o menos, y cada vez que acudía a mí me sentía poderosa y extremadamente deseable. Mis amigos se reían, impresionados con mi poder de atracción, y todos guardaban el secreto de mis encuentros con Hugo porque les daba morbo. Sus amigos, que le servían de tapadera, también callaban. Y mientras tanto, la novia, Clara, no se enteraba de nada. Reconozco que eso también me hacía sonreír. Pobrecilla, pensaba a menudo. Qué tonta, decíamos. Imaginarla en casa o viendo películas con sus amigas mientras yo hacía mío a su novio aumentaba la emoción de aquellos encuentros. Ya ves lo estúpida que era.

Al final, como te podrás imaginar, el asunto salió a la luz. No tengo claro si fue Hugo quien la dejó a ella, o si fue al revés, porque existían ambas versiones y era algo de lo que no hablamos abiertamente. Pero lo dejaron de forma bastante sonada y el rumor corrió como la espuma.

Lo que sí sé es que de alguna forma mis padres también se enteraron, y me echaron un sermón que acabó conmigo dando un portazo en mi habitación, sintiéndome incomprendida. Como tantas otras veces. Pero no pasaba nada, porque luego se lo explicaría a Margo y a las demás, que me darían la razón y repetirían que los padres eran un agobio. Y que suerte que nos teníamos las unas a las otras. Así lo arreglábamos todo.

Creo que lo que más me molestó en aquel momento, y que quizás fue la chispa que inició todo lo demás, fue que mi hermana se inmiscuyera en el asunto. El mismo día del sermón, mientras cenábamos las dos solas porque mamá y papá se habían ido al teatro, me miró con aquella petulancia que no creo que supiera que tenía.

—Sabías que tenía novia, ¿no? —me dijo—. Clara lo está pasando fatal.

—¿Y qué quieres que haga yo? —le contesté hincando el diente a mi trozo de pizza de bacon y atún—. Ha sido él quien ha decidido que me prefiere a mí. Yo no tengo la culpa.

Mi hermana siguió mirándome. Yo hice lo mismo y solté una carcajada.

—Qué remilgada eres, princesita —le espeté—. A ver si dejas de juzgar a los demás por todo y vives un poco tu vida de una vez. Que ya tienes edad, joder.

Me di cuenta de que aquello se le había clavado como una espina. A su edad los chicos ya tenían que empezar a interesarle incluso a ella, y dudaba mucho que atrajera a alguno.

—Solo espero que no te devuelvan las que tú haces a los demás, porque entonces vas a sufrir, Violet —declaró.

—Te encantaría, así sentirías que eres mejor que yo —murmuré.

Se levantó muy digna de la mesa, metió su plato en el lavavajillas y salió de la cocina. Pero seguí sin darme por aludida. Y seguí sin sentirme mal por lo que hacía.

Hugo y yo seguimos viéndonos los viernes, y era divertido. Nos entregábamos el uno al otro con pasión, pero sin obligaciones. Recuerdo que una vez me crucé por la calle con Clara, su antigua novia, y que pasé por su lado simulando no verla, pero sonriendo con la barbilla en alto. Recuerdo perfectamente que me miró, triste pero impasible. Yo la tachaba de ñoña, pero creo que ella ya sabía mucho más de la vida que yo. Creo que me miró con compasión.

Quizás Clara intuía lo que iba a pasar. Quizás era lo que le había pasado a ella. Porque mi relación con Hugo tuvo su momento de clímax, y luego fue a peor. Yo quería que nos viéramos más, y él quería seguir igual. Yo me preocupaba por lo que pasaría cuando empezáramos la universidad, y él consideraba que sería fantástico para experimentar cosas nuevas. Yo quería estrechar nuestros lazos, y él decía que si había dejado a su novia era para librarse de ellos. Y que no tenía pensado cambiar.

Empecé a tener celos de las chicas con las que tonteaba en la discoteca. También a preguntarme qué hacía los sábados cuando no nos veíamos, y si quedaba con alguna otra. Ahora, desde la distancia, veo que me obsesioné. Que

trataba de pasar con él el máximo tiempo posible. No porque me apeteciera, sino por temor a lo que pudiera pasar si yo no estaba. Sabiendo lo que le había hecho a Clara e intuía que podía hacerme lo mismo a mí. Mis amigas me decían que debía dejarlo, que le echara genio y se lo dejara todo bien claro. Y yo empecé a apartarlas de mi lado. Pero tenían razón, por supuesto. Porque ninguna relación así vale la pena, aunque a menudo te das cuenta demasiado tarde.

Recuerdo la última discusión que tuve con Hugo, un viernes por la noche en que me enfurruñé porque le hacía ojitos a una morena muy maquillada.

—Estoy harta de tus tonteos —le dije delante de sus amigos, que se escabulleron rápidamente.

—Y yo estoy cansado de tus pataletas —me respondió mirándome sin sonrisa alguna—. Que te quede claro, Violet: si hubiera querido seguir en una relación seria, me hubiese quedado con Clara. Si quisiese una relación seria, probablemente la buscaría para intentar recuperarla.

—¿Y qué más tengo que hacer? —le pregunté al borde de las lágrimas—. Me esfuerzo un montón por ti, para nada.

—Quizás ese es el problema. Esto ya no es divertido. Y estoy harto.

Con eso se alejó, pero estaba demasiado sorprendida e indignada para seguirle. Esa fue la última vez que...

23h:

Mamá vino a verme al mediodía, y estuvimos hablando mucho de nuevo. Pero ya no quería seguir dejando aquella etapa de lado, y le recordé lo de Hugo. Me miró con una sonrisa amable, comprensiva, creo que porque se ha dado cuenta de que ahora lo veo todo con ojos nuevos.

—Qué burra fui, ¿verdad, mamá?

—Todos cometemos locuras por amor, cielo. Sobre todo con nuestro primer gran amor. No es raro que dejemos nuestra dignidad de lado. A casi todos nos ha pasado.

—Pero aquello solo tenía que ser una diversión.

Mamá chasqueó la lengua, como si supiese mucho del tema.

—Cuando pasas mucho tiempo con alguien, te acabas enganchando. La primera novia de tu padre le dejó porque la agobiaba. Era el tercer novio que tenía y le cansaban sus nervios de primerizo, imagínate. Y lo tuyo con Hugo duró meses, cielo.

—No sé, supongo que tienes razón. En el fondo me lo merecía, por lo que le hice pasar a Clara. Fue una buena bofetada del destino. ¿Sabes que Hugo se lio con la morena a la que le hizo ojitos aquella misma noche en que dejamos de vernos? Aunque me parece que ella también salió escaldada poco después. Me pregunto qué habrá sido de Hugo. Ojalá alguien le haya roto ya el corazón a él.

Mamá sonrió.

—Cuando salgas de aquí podrás investigarlo —aseguró.

Pero le temblaba un poco la voz.

—Seguro —le dije cogiéndole la mano y obligándome a sonreír.

Mamá hizo una pausa, mirando cómo se llevaban la bandeja de la comida.

—Fue por aquel entonces cuando tu hermana empezó su relación con Diego, ¿te acuerdas? De repente le dio por salir y no estar tanto en casa con sus amigas, y le conoció.

—Sí, me acuerdo.

—Diego nunca te gustó —dijo mamá riéndose, y luego hizo una pausa para susurrar—: Tu hermana tiene novio otra vez, aunque le da un poco de apuro decírtelo. Creo que le da cosa presentártelo, por si eres igual de simpática con él como lo fuiste con Diego. ¿Por qué te caía tan mal, cielo?

—No lo sé, a lo mejor tenía envidia. Ya sabes cómo era yo por aquel entonces —murmuré con la mente a mil.

—Aún me cuesta creer que, con lo mal que te caía, dejaras que te llevara a casa aquella noche. Si no te hubiese recogido...

Mamá guardó silencio, pero era obvio lo que pensaba: que quizás ambos viviríamos. Pero es mejor así, de verdad, aunque ella no pueda entenderlo. Así que sonreí con expresión impasible, algo que ya se me da muy bien.

—No me acuerdo de nada de aquello, mamá.

Me dio una palmada en el brazo y se levantó.

—Mejor. Y ya verás como tu hermana acabará presentándote a su nuevo chico. Aunque no digas nada, porque el psiquiatra opina que es un tema que tenemos que introducir poco a poco —sonrió—. Y tú y tu hermana seguiréis llevándoos genial cuando salgáis.

—Claro que sí mamá, seguro. Y te quiero.

—Yo también, cielo. Todos te queremos mucho. Te hemos querido y te queremos siempre, eso no lo dudes jamás.

Me abrazó con fuerza. Y me sentí un poco mejor al poder devolverle un poco del cariño que le arrebaté durante tanto tiempo, por mi orgullo y mi incapacidad de comprender que los padres no lo saben todo, y que también se equivocan.

Ahora, sola de nuevo en la noche, me concentro en sentir mi cuerpo. En intentar detectar si algo no va bien, y si me estoy muriendo. Pero no siento nada especial, solo mi miedo.

Debo confesarte que cuando Hugo me dejó lo pase fatal. Me sentí abandonada y dolida, porque ya no era una diosa; era el hazmerreír de los que antes me habían idolatrado. Estaba sola, y los que no me compadecían, me miraban con censura. Cuántos debían de considerar que me merecía aquello, que estaba probando mi propia medicina.

Y así era.

Aquella misma noche, cuando Hugo me dejó colgada en el bar sin saber si volvería a verle, tuve una breve revelación: me había esforzado demasiado, me había dicho él, y seguramente tenía razón. Porque por complacerle y retenerle, me había descuidado yo. Al llegar a casa me encerré en mi habitación y, mientras me

desmaquillaba, me puse una canción de los Noisy Minds.

Me pongo la canción en el iPod ahora, y sigo estremeciéndome con el mismo fragmento que siempre me emocionó:

Is there a beautiful soul inside,
(Hay un espíritu bello dentro,)
or are you just make-up?
(¿o eres solo maquillaje?)
Are you hiding your true self,
(Escondes tu verdadero ser,)
or are you just make-up?
(¿o eres solo maquillaje?)
If you are as wonderful
(Si eres tan maravillosa)
as I know you are,
(como sé que eres,)
why do you keep making up?
(¿por qué sigues aparentando?)

Aquello me ayudó un poco, pero aun así mi interior era un tumulto de emociones. Entre otras cosas odié un poco más a mi hermana, porque se había cumplido su presagio y encima ahora era ella la que tenía novio. Lo que yo había hecho se había vuelto contra mí, y casi la culpaba por habérmelo advertido. Y, sin darme cuenta, la llevé a una situación que era aún peor.

La desesperación es muy mala, te lo digo yo. Porque nos empuja a hacer cosas feas. Y muchas veces nos hace querer que los demás, sobre todo aquellos a los que envidias, se sientan peor de lo que nos sentimos nosotros.

Dejé el diario a mi lado, en la cama, y me masajeeé la cara tensa e hinchada por el berrinche de aquella noche. Le pedí a la casa que buscara la canción, mientras pensaba en qué sería lo que le había hecho Violet a mamá. Supuse que nada con mala intención, pero parecía grave. Me pregunté qué pasaría con aquel Diego, y qué tendría que ver con todo. Porque parecía que Violet se alegraba del accidente, del *incidente*, como lo llamaba ella.

Cuando al final sonó el tema del que hablaba mi tía, sentí una puñalada en el corazón. Hablaba sobre quererse a una misma, y no darle importancia a lo que pensarán los demás. Sobre priorizarse.

Mientras lo escuchaba y pensaba en las palabras de Violet, recordé que Connor también me había dicho a mí que no insistiera. Como Hugo a Violet.

—Contactos. Connor —le ordené a la casa.

Hice una pausa armándome de valor y añadí:

—Borrar todos los mensajes del contacto. Borrar archivos compartidos del contacto.

Borrar contacto.

Era una solución a medias, porque me sabía su número de memoria, pero daba

igual. Lo que importaba era el paso, la decisión. Y la mía, que esperaba poder mantener, era no llorarle más. Era ser más fuerte, y quererme más a mí.

6. Tu corazón no es el único

A la mañana siguiente me desperté llorando. Supongo que era mucho pedir, lo de superarlo todo tan rápido. Especialmente después de nuestro encuentro, que me había recordado lo bien que estaba en sus brazos.

Al conectar la pantalla, vi que tenía mensajes de ánimo de las chicas, e incluso de alguno de los amigos de Connor. Supuse que él tampoco se había ido muy feliz a casa. Pero eso me confundió más. Si aún me quería, ¿por qué me había dejado? Me preguntaba si algún día lo descubriría.

Devolví la llamada a Anna, que había intentado contactar conmigo hacía ya una hora. No me extrañaba, porque volvían a ser casi las once de la mañana.

—Audio. Anna.

Me aparté el pelo de la cara, echándome el albornoz sobre los hombros; como según la casa aún no era de día, no había subido la temperatura.

—¿Cómo estás, neni? —reverberó enseguida su voz contra las paredes de mi habitación—. ¿Aún seguías en la cama?

—Sí, el sistema despertador se ha estropeado. Otra vez.

—Qué asco. En mi casa el otro día se estropeó el sensor de humo, y nos lo puso todo perdido en la planta de arriba. La aseguradora tuvo que cambiarnos todos los colchones y otomanas.

Me reí sin poder evitarlo. Ya me lo había explicado, pero no por ello era menos ridículo.

—Me alegro de oírte reír —me aseguró mi amiga—. ¿Cómo estás?

Alcé los hombros, aunque no pudiera verme.

—No lo sé. No tan mal como esperaba, creo.

—Mejor. No se lo merece. Qué imbécil.

Hizo una pausa y añadió:

—Es que no entiendo nada, neni. Te lo juro.

—Ya lo sé, yo tampoco. Pero no pienso irle detrás. Si no quiere que estemos juntos, ya me ha quedado claro.

—Bien dicho —me animó Anna—. ¿Se lo contarás ya a tus padres?

Era domingo, y papá y mamá volverían por la noche. No era algo que pudiese ocultarles mucho tiempo más, sobre todo porque mi madre y la de Connor eran amigas desde la infancia, y tarde o temprano hablarían de ello. Sería mejor que se enteraran por mí.

—Sí, tendré que decírselo.

—Ya verás como todo irá bien —me aseguró Anna, y agradecí la dulzura en su voz—. ¿Recuerdas cuando lo dejé con Mark? Creía que se acababa el mundo.

Era cierto. Su disgusto fue espectacular, y se pasó sin salir de casa una semana. Pero

es cierto que ya estaba bien, aunque añorara estar con alguien.

—¿Sabes qué me decía mi madre para animarme? —siguió Anna.

Estaba segura de que ya lo sabía porque ya me lo habría dicho, pero igualmente le pregunté.

—Que volvería a encontrar el amor, segurísimo. Que, aunque fuera a los cuarenta años, volvería a encontrarlo.

Se me escapó otra carcajada. Era cierto, ya no me acordaba de aquello. Anna había puesto el grito en el cielo y ahora la entendía.

—Sí, yo también espero no tener que esperar tanto —reconocí.

Pasamos unos segundos en silencio, seguramente ambas pensábamos en lo que nos depararía el futuro. Qué situaciones, qué personas, qué estados de ánimo. Si habría felicidad allí.

—Bueno, te dejo que voy a desayunar algo —le dije.

—Eso, come. Y anímate, ¿vale?

—Vale. Nos vemos mañana en clase. Te quiero.

—Y yo a ti, neni.

Anna desconectó la llamada y yo le pedí a la casa que me pusiera la lista animada de Sinan O'Brien. Me dio un vuelco el estómago recordando la noche anterior, pero me negaba a que los recuerdos de Connor me robaran a Sin. Bajé a la cocina, donde cogí una manzana y un batido de cacao del refrigerador. Me fui al sofá con las memorias de tía Violet, empezando a entender por qué eran salvajes. Pero volvía a quererla, y me daba pena. Pobre intensa, alocada Violet.

Al empezar a leer, no tardé en darme cuenta de que su humor se parecía al mío aquel día. Aunque nos separaran aquellos treinta y ocho años en los que habían pasado tantas cosas extrañas.

16 de febrero de 2022, 07h. Pista 6: It is fading.

Me siento cansada. Me ha costado mucho dormir esta noche. Me pregunto si es porque han pasado muchas cosas en los últimos días, o si mi cuerpo empieza a resentirse porque mi riñón impuesto está fallando. A lo mejor se ha iniciado ya mi camino hacia el fin, y voy a sentir y sufrir cada paso hacia la muerte.

Tengo miedo, pero no tanto como esperaba. Supongo que es el hecho de estar en el hospital. Como estos días he conseguido que Tonny me paseara un poco en la silla de ruedas, he visto muchas cosas. Muchos dramas. Este es un hospital para privilegiados especializado en cuidados intensivos, pero eso no quita que la gente se muera igual. Y por ricas que sean estas personas, el dinero no lo compra todo. Desde luego no compra la vida, ni evita el dolor de las pérdidas. Creo que esta noche ha muerto la señora que estaba dos habitaciones a la izquierda. Era muy mayor, pero su familia la quería. Y les he oído llorar. Mucho.

No puedo evitar preguntarme quién me llorará a mí. Al menos sé que mis padres y mi hermana lo harán, pese a todo lo que sucedió y lo que les hice soportar. Porque pasaron muchas cosas más, como verás.

Lo de Hugo me hizo pasarlo muy mal, ya lo reconocí ayer. Incluso cuando era una niña, mamá solía decir que yo era como una olla a presión de emociones. Y en aquella ocasión, exploté. Por suerte habían acabado las clases del que por fin era mi último año en el instituto. Gracias a las continuas presiones de mamá y papá, había conseguido obtener suficiente nota para ir a la universidad, así que al menos tenía un verano libre y merecido por delante. Para regodearme en mi sufrimiento, claro está.

Creo que el drama no era tanto por la pérdida de Hugo, sino por lo que significaba que me hubiese dejado. Había perdido el control, me habían humillado, y eso no lo soportaba. Así que me pasé los dos primeros días encerrada en mi habitación, sin que mamá y papá consiguieran hacerme salir de ninguna forma. No le cogía el teléfono a nadie, aunque eran ya pocos los que me llamaban. Solo Margo, y Tricia, que nunca había sido una gran amiga pero debía de sentirse generosa ahora que yo había caído en el barro.

Al tercer día salí, y tuve una discusión con mamá, porque quería que visitara a un psicólogo. Le aseguré que no tenía ninguna necesidad de loqueros, que aquello no era nada, y usé mi orgullo para esconder toda la pena, y la vergüenza, y el miedo. Pero tenía un humor de perros. Mi hermana tuvo el buen tino de mantenerse apartada de mí tanto como pudo, pero aun así me ponía frenética que de repente fuera ella la que tuviese planes para salir por la noche con su Diego. Aunque a veces pareciera agobiada, no le di vueltas a su extraño estado de ánimo. Como siempre, yo estaba centrada en mí.

Aquel sábado acepté la invitación de Tricia y Margo para salir a tomar algo con sus respectivos y lo que quedaba de la pandilla. Me arreglé como antes y me maquillé para parecer la chica de diecinueve años que era por fuera, y no la vieja amargada que me sentía por dentro. Me mostré simpática y divertida, e intenté bromear con todo el mundo. Pero Margo no me quitó el ojo de encima durante toda la noche, y Tricia se aferró como una lapa a su novio. Por si acaso.

Y el fin de semana siguiente no me llamaron. Yo me consideré una víctima de mi belleza y de la envidia ajena, y las taché de mi agenda. Sí, como puedes imaginarte, ahora me río bastante de mí misma.

Pero aquella no fue mi única salida de tono. Otro gran error fue no medir las palabras que le solté a mi hermana una noche de aquellas en las que me sentía rabiosa y necesitaba descargar mi ira contra alguien. Y ella solía ser la que estaba más cerca. Ya se sabe que la confianza da asco.

Estaba lavándome los dientes en nuestro baño compartido cuando se abrió la puerta que daba a su habitación.

—¿No sabes llamar? —le pregunté sacándome el cepillo de la boca.

—Perdona —me dijo con un retintín poco habitual en ella.

A través del espejo, vi que fruncía el ceño debajo de su flequillo algo despeinado.

—No hace falta que seas tan borde con todo el mundo, ¿sabes? —me soltó—. Los demás también pueden tener problemas.

La ignoré mientras terminaba de lavarme los dientes. Me enjuagué la boca con calma y me giré. Me acerqué y la miré desde arriba. Le sacaba apenas cinco dedos, pero eso ya me permitía sentirme superior.

—Tú no sabes lo que son los problemas —le aseguré—. He oído por ahí que tu novio, el tal Diego, está un poco cansado de lo frígida que eres. ¿Es que no pensaste que se iba a notar que es dos años mayor que tú? O te sueltas un poco de una vez, princesita, o a lo mejor se te escapa también.

Todo era mentira, pero mi hermana salió y se fue abajo sin decir palabra. Poco después subió mi madre y tuvimos bronca de nuevo. Ahora que lo pienso, es probable que mi hermana no se chivara y no hiciera nada más que sentirse herida, porque mi madre no sabía lo que había pasado exactamente. Solo que tenía que echarme la bulla.

Me sentí ultrajada e incomprendida, porque nadie era capaz de entender mi punto de vista. Nadie era capaz de darse cuenta de que, por muy terca que fuera, con diecinueve años ya había aprendido algunas lecciones muy duras e intentaba gestionarlas como podía.

Pero como por aquel entonces yo era todavía una maestra del drama, y me sentía agobiada por estar tanto tiempo en casa con mis padres y mi hermana, decidí dejarlo todo atrás para vivir una aventura épica que me pusiera de nuevo en los titulares de mi pequeño mundo.

La mañana siguiente me levanté pronto, preparé una maleta con algo de ropa, cogí el dinero que tenía ahorrado y preparé una nota que dejé en la cocina. Después salí de casa cerrando la puerta con cuidado, dispuesta a vivir mi vida.

Ahora mismo, en la cama del hospital, no puedo evitar reírme de mi propio comportamiento. Aunque también me siento un poco mortificada por haber hecho sufrir tanto a mis padres, la verdad. Recuerdo que la nota decía algo así como: «Necesito un cambio de aires, así que antes de la uni me voy a tomar un año sabático para trabajar. Ya contactaré con vosotros».

Aquella temporada fue a la vez terrible y mágica. Te lo explicaré luego, porque ahora me siento demasiado cansada para seguir escribiendo. Además, no creo que Tonny tarde en venir, y supongo que hoy también vendrá mi hermana un rato.

Mi hermana, pobre. Que lo peor que me hizo fue tener las cosas más claras que yo.

Antes de cerrar esta entrada, me gustaría compartir contigo la canción que estoy escuchando ahora. Se llama *It is fading*, y es una de las más emotivas de los Noisy. No es excesivamente triste, ni excesivamente lenta. Creo que ahí está la clave, que trata la tristeza desde un punto de vista muy natural. Porque, en el fondo, es tan cotidiana que todos nos enfrentamos a ella.

Habla sobre lo que es quedarse solo, y entender que no somos los únicos que estamos pasando por ese drama. Si alguna vez te duele el corazón, A, recuerda que ni de lejos el tuyo es el único que se ha resquebrajado.

Si yo hubiera sabido entonces todo esto, si hubiera aceptado que sufrir a veces también forma parte de la vida, y que nos pasa a todos, me habría ahorrado

muchos malos ratos. A mí y a otros. Pero más vale tarde que nunca, dicen. Ahora lo sé, e intento arreglarlo.

It was so obvious, you and I.
(Era tan obvio, tú y yo.)
It never occurred to me, I could be just one.
(Nunca se me ocurrió, que podría ser solo uno.)
And then it all faded,
(Entonces todo se desvaneció,)
and I'm trying to understand.
(y trato de entender.)
Because we were forever,
(Porque éramos para siempre,)
and now we are apart.
(y ahora ya no estamos juntos.)
But hey, don't worry,
(Pero, eh, no te preocupes,)
I'll be all right.
(Estaré bien.)

Sentí un escalofrío. Era como si Violet supiera perfectamente cómo me iba a sentir. El fragmento de la canción representaba tan bien mis sentimientos que parecía que mi extraña tía me estuviera observando para dedicármelo en aquel mismo momento, cuando tan mal me sentía. Además, su forma de expresarse me recordaba tanto a la mía... Lloré un poco más, pero eso me trajo alivio, como si las lágrimas me desintoxicaran por dentro. Papá dice que él, a sus pacientes, les recomienda llorar. Tanto como necesiten. Porque hay que tocar el suelo con los pies para luego poder impulsarse y volar. Ahora entiendo a lo que se refiere.

Me pasé el resto del día ordenando mi cuarto, dedicando tiempo al cuidado de mi cuerpo con una tabla de ejercicio suave de mi programa de entrenamiento, y haciéndome a la idea de que cuando volvieran mamá y papá tendría que decirles lo de Connor. Me puse un pantalón de chándal limpio y una sudadera de color malva sobre la camiseta de algodón. Me masajeeé la cara con mi crema de flor de naranja, me recogí el pelo en una coleta y me arreglé el flequillo. Sí, les tenía mucha confianza a mis padres, pero una doctora y un consejero personal, pueden llegar a ser muy pesados. Y no quería que me viesen desesperada, porque acabaría cerrándome en mí misma como Violet si me presionaban demasiado. Me reí pensando en ella, porque debía de haber sido una mujer flamígera. Me hubiese gustado conocerla, y me daba pena. Estaba claro que al final había ardido.

Para cuando mamá y papá llegaron, yo estaba sentada en la barra de la cocina. Era el sitio donde hablábamos de las cosas de forma casual, y enseguida entendieron que había algo que quería decirles. Tuvieron el buen tino de explicarme por encima cómo

había ido el fin de semana, mientras dejaban las bolsas sobre el banquito de la entrada de atrás y se quitaban las deportivas. Debo decir que éramos ordenados, pero solo lo justo. Mamá decía siempre que una casa no es para decorar, sino para vivir. Para hacerla nuestra y sentirnos cómodos.

Se me hacía difícil encajar la figura de mi madre con la hermana que describía Violet, pero había algunas cosas que sí, que estaban ahí. Como su templanza. Casi lloré de agradecimiento cuando comentaron que querían picar un poco de fruta y tener una excusa para sentarse conmigo. Pensé que quizás no era tan malo tener unos padres que trataban con pacientes todo el día.

—Tengo que decirles una cosa —les anuncié intentando controlar mi voz.

Me miraron expectantes, aunque con dulzura, mientras picoteaban de un cuenco de uvas.

—Connor y yo lo hemos dejado —anuncié. Luego hice una pausa y añadí—: Connor lo ha dejado.

Papá me puso una mano en el brazo.

—Ya lo sabíamos, cariño —reveló mamá—. Me lo dijo Ángela el viernes al mediodía.

Gruñí. Claro, podía haberlo esperado. Seguro que la madre de Connor estaba preocupada por mí.

—¿Y cómo estás? —me preguntó papá, gracias al cielo sin montar un drama.

—Lo superaré.

—Estoy seguro —me dijo—. A todos nos han roto el corazón alguna vez. A mí dos veces, para que veas. Y aunque parezca imposible, todos lo hemos superado.

—El secreto está en no recrearse en el drama —declaró mamá.

—Como hacía tía Violet —murmuré sin darme cuenta.

Me miraron fijamente, y sonreí a modo de disculpa. Supuse que papá sabía de todo aquello. Y supuse que sabía también que no debía hablar de ello para cumplir la última voluntad de la tía, porque se limitó a levantarse y besarme la cabeza antes de salir de la cocina para darse una ducha rápida.

Mamá, en cambio, siguió mirándome, aunque parecía tener los ojos puestos muy lejos, en otro tiempo y en otra persona. Vi cariño en su mirada. Y pena, y rabia, y duda. Estaba claro que aquel diario aún tenía mucho que explicarme. Cosas que quizás ni siquiera mamá sabía. Me salió un suspiro entrecortado.

Entonces mamá se dio cuenta de que se había ido y regresó a la tierra.

—Todo irá bien, ya verás —me aseguró apartándome el flequillo de los ojos—. ¿Sabes qué me dijo tu padre una vez, cuando nos conocimos? Que en realidad no echas de menos a la persona con la que estabas, sino que echas de menos los besos y los abrazos, y las confidencias. Y la sensación de sentirte seguro. Y todo eso, cariño, te aseguro que lo tendrás de nuevo. Más tarde o más temprano, volverán a rodearte unos buenos brazos. Te lo prometo.

—Pero yo no quiero otros brazos, quiero los suyos —dije sin poder retener las lágrimas—. Ya sé que no te lo crees, pero él es el amor de mi vida.

—Claro que te creo, cariño. Connor es el amor de tu vida, ahora. Y yo el de tu padre, y tu padre el mío, pero no hemos sido los únicos el uno para el otro.

—Pero ¿cómo voy a estar con alguien pensando que no es con quien estaré en el futuro? —murmuré.

—Es que sí tienes que pensarlo —me aseguró mamá sonriendo—. Tienes que vivir cada relación como si fuese única y eterna. Lo importante es querer a esa persona en ese momento, y hacerlo de verdad. Y el futuro ya dirá. Ahora quieres a Connor, y es justo. Pero te darás cuenta de que él no es para ti, o que, lamentablemente, tú no eres para él. Cuando lo hagas pondrás tu contador del amor a cero, para quien pueda llegar. Y lo amarás tantísimo o más. Ya lo verás.

Asentí con la cabeza, restregándome los ojos, pensando que esperaba que fuera más temprano que tarde. Que no fuera a los cuarenta, como decía la madre de Anna.

Le di las gracias por escucharme y me levanté para irme a dormir. Pero antes de dejar que me fuera, mamá me estrechó la mano.

—Sobre todo, cariño, no vivas esperando esos abrazos. El amor no lo es todo.

—No, supongo que no lo es todo —respondí.

Dejé que me diera un beso y subí las escaleras. Había sido más fácil de lo que esperaba, aunque fuera porque mis padres ya estaban sobre aviso y preparados.

Me fui a mi habitación y le pedí a la casa que me pusiera la canción de *It is fading* de nuevo. Ahora me sentía extrañamente serena, aunque sabía que asistir a clase al día siguiente sería duro. Porque Connor no estaría en mi rutina diaria, y tendría que pensar qué haría ahora que no iba a quedar con él al salir de clase.

La canción me hizo sonreír, porque al protagonista le preocupaban las mismas cosas. Decidí concentrarme en una estrofa de la canción que, aunque triste, como decía tía Violet, era extrañamente positiva:

But the world goes on spinning.
(Pero el mundo sigue girando.)
And all is fading slowly.
(Todo se desvanece poco a poco.)
the bad moments, as well as the good ones.
(Los malos momentos, así como los buenos.)
I couldn't believe it was true,
(No podía creer que fuera verdad,)
but I feel better now.
(pero ahora me siento mejor.)
The longing and the pain are fading,
(El anhelo y el dolor se desvanecen,)
and you'll be soon just a scar.
(y pronto solo serás una cicatriz.)

Mal de muchos, consuelo de tontos, decía siempre la abuela. Pero es cierto. Entender que no eres el único que sufre o ha sufrido ayuda mucho.

7. Incluso la llama más fuerte se extingue

—¡Ya me levanto! —dije adormilada.

—Cielos —oí la voz de mi padre al otro lado de la puerta—. Llamaré hoy mismo a la aseguradora.

Sonreí mientras activaba las persianas manualmente, para que entrara la luz del amanecer. Y me quedé sentada en la cama, esperando a que mis piernas se llenasen de energía y mi pecho dejara de doler.

Me sentía muy despierta otra vez, pero de una forma distinta a la de los días anteriores. Porque después de abrir los ojos a las cinco no había podido volver a dormirme y había tenido varias revelaciones.

Por un lado, papá y mamá me habían dejado sola sabiendo que lo estaba pasando fatal, y confiando en que no les mentía cuando les dije que podían irse tranquilos. Pese al esfuerzo que, como padres, eso les había supuesto. Me habían dejado el espacio que les pedía, y se habían apartado para que llevara mi proceso de duelo como mejor me pareciera. En aquel momento casi lloré de gratitud porque me habían tratado como a una verdadera adulta.

Tanto la situación que estaba viviendo como las memorias de tía Violet me estaban descubriendo un mundo nuevo. De repente estaba viendo otra faceta de mis padres y de su pasado, que me estaba permitiendo conocerlos mucho mejor.

Recordé entonces que, en una clase de Comprensión Humana, el profesor nos hizo una exposición sobre las relaciones familiares. Nos habló de esa etapa en la que todo niño descubre que los adultos no son perfectos. Que también tienen sus fallos y que no lo saben todo, y que no importa cuántos años tengamos, que hay cosas que nunca comprenderemos y que siempre nos llevarán a equivocarnos.

La verdad es que yo aún tenía que ver a mamá o a papá cometer un error, pero me estaba dando cuenta de que ellos también podían sentir inseguridad y miedo. Solo tenía que recordar la cara de alivio que habían puesto cuando habían llegado la noche anterior. Quizás los pobres se habían pasado todo el fin de semana temiendo que dejarme sola hubiese sido una idea nefasta.

Así que cuando bajé a desayunar, les di un beso a cada uno en la mejilla. El día iba a ser duro, pero me sentía un poquito mejor y en parte era gracias a ellos. Se lo debía.

Pero por la tarde, acabadas las clases, la ansiedad volvió con fuerza. Anna me propuso ir a tomar algo a la cafetería que había en los terrenos de la academia, pero me sentía demasiado desorientada para sustituir tan rápido mis antiguas rutinas. Así que hicimos un trato: yo podía irme a casa a sentirme desgraciada aquel día, incluso también el siguiente, pero el miércoles pasaríamos una tarde de chicas. Me pareció un buen arreglo.

Cuando llegué a casa y me encontré sola, me permití entristecerme de nuevo y subí directamente a mi habitación para retomar las memorias de Violet.

Me preguntaba qué tenía que haberle pasado por la cabeza para huir así de casa. Y tengo que reconocer que una parte de mí tenía miedo. No podía evitar preguntarme si yo también haría aquello. No lo de escaparme, sino tomar muy malas decisiones que me llevaran a otros desastres encadenados. Me pregunté si en el fondo todos éramos pasto del destino, y ya habíamos tomado un camino que, sin saberlo, iba a llevarnos a la felicidad o al sufrimiento.

Sin querer darle más vueltas a aquellas ideas tan sombrías, abrí el diario, preguntándome dónde habría acabado tía Violet aquel lejano verano.

16 de febrero de 2022, 22h. Pista 7: Time will pass.

Siento que se me acaba el tiempo. Esta tarde me he despertado a las ocho, sin darme cuenta de que había cerrado los ojos a las tres. Me he echado una siesta de cinco horas, y eso es demasiado. Sé que los médicos están preocupados.

Y cuando hace un rato papá ha venido a verme, ha tenido un comportamiento bipolar que me ha puesto histérica por dentro. Estaba muy callado y serio y de repente, cuando se daba cuenta, se volvía exageradamente alegre y cariñoso. Y luego vuelta a empezar. Eso me ha hecho darme cuenta de que las cosas no van bien, aunque se empeñen en no decírmelo a la cara. Mi cronómetro vital ya está descontando tiempo.

Así que voy a empezar a ir al grano.

Cogí un autobús en dirección a un pueblo de costa que había visitado más de un verano y en el que sabía que encontraría trabajo en un bar que daba directamente a la playa, en el que conocía al dueño. Allí la vida vibraba y las calles rebosaban de gente joven. Me busqué un hostel y fui a cerrar el contrato. Trabajaría mañanas y tardes, lo que me parecía perfecto. Las normas del jefe eran sencillas: parecer disponible, ser simpática y mantener la figura. Shorts o minifaldas y camisetas de tirantes. Es decir, que teníamos que ser una atracción más en aquel pueblo en el que la indumentaria habitual era el biquini, y el placer significaba básicamente alcohol y sexo.

Me lo pasé bien, sí. Al menos durante los meses de calor, en los que hasta me sentía generosa y llamé una vez por semana a casa, para asegurarles que estaba perfectamente y que no se preocuparan por mí. Y para que les quedara claro que era adulta y podía cuidarme sola.

Ligué con varios chicos, pero reconozco que no les traté bien. Me sentía herida por el género masculino e hice pagar a cada uno de ellos los ultrajes que Hugo me había hecho a mí. Me gané la fama de chica dura, cosa que me gustaba. Aunque también corría el rumor por ahí de que me debían de haber dado una buena patada en el culo. Y era verdad, pero yo prefería que la gente pensara que estaba de vuelta de todo y punto.

Aquel pequeño mundo de apariencias y frivolidad extrema me acabó

absorbiendo. Recuerdo que cuando echaron a una compañera en otoño por haber engordado, empecé a pensar más en mi dieta. También se decía que, ahora que se acababa la temporada fuerte, solo se quedarían las más atractivas. Y eso me afectó. Porque yo tampoco era de las más jovencitas. Con mis casi veinte años estaba a punto de empezar a envejecer, y me estaban saliendo cartucheras. Pronto mi físico dejaría de ser mi mejor baza. Y entonces, ¿qué tendría?

En el fondo, sabía que me había comportado como una bruja durante demasiado tiempo. Aunque aún seguía en contacto con algunos de la pandilla, con Margo sobre todo, sabía que nuestra relación era tan frívola como las «amistades» de aquel pub en el que se centraba ahora mi vida. Solo tenía mi físico. Solo tenía mi carácter fogoso y mi orgullo, que de momento hacían que me bastara sola. Pero aquello era muy superficial, y en el fondo sabía que no tenía nada. Porque lo de la belleza y la figura no iba a durar, y me negaba a convertirme en una de aquellas cincuentonas demasiado maquilladas que intentaban retener su antigua gloria.

Pero así somos. Aunque una vocecilla me decía que aquella no era la solución a mis problemas, empecé a hacer dieta. Pero igual que me encantaba la vida también me encantaba comer, y para cuatro días a la semana que conseguía comer con prudencia, los otros tres estaba tan muerta de hambre que me daba atracones. En noviembre había perdido un par de kilos, aunque nunca me habían sobrado. A mi jefe le encantaba que comiera con alegría y siguiera teniendo buen tipo, y pasaba por alto el hecho de que a menudo me fuera rápidamente al lavabo después de las comidas. Tampoco que me sintiera cansada y algo indispuesta, aunque pareciera estar sana por fuera. Así de enferma era nuestra sociedad. Espero que en la tuya eso haya cambiado.

En el fondo, tengo que reconocer que yo siempre había tenido miedo a envejecer. No solo por lo que ya te he dicho, sino porque me daba rabia perderme el mundo del futuro. Y creo que por eso era tan impetuosa, tan arrolladora. Porque quería probarlo y vivirlo todo antes de que fuera demasiado tarde. Quería dejar huella en el mundo, aunque fuera rompiendo corazones. Supongo que por eso me afectaba tanto aquella canción de los Noisy que hablaba sobre el paso del tiempo.

It doesn't matter how much you try to stop growing up.

(No importa cuánto intentes dejar de crecer.)

Cause time will pass.

(Porque el tiempo pasará.)

There's no point in dwelling in the memories of the past.

(No tiene sentido morar en las memorias del pasado.)

The clock will keep ticking and time will pass.

(El reloj seguirá funcionando, y el tiempo pasará.)

So if you really want to live forever,

(Así que si realmente quieres vivir para siempre,)

just embrace the idea that time will pass.

(solo abraza la idea de que el tiempo pasará.)
Make your life worth living,
(Haz que tu vida valga la pena,) and your legacy will never die.
(Y tu legado nunca morirá.)

Desde pequeña yo quería ser como un fuego eterno. Quería brillar y durar para siempre. Pensaba que eso significaba darlo y pedirlo todo, y olvidar las consecuencias. Que, si al final solo está la muerte, qué más da lo que provoquemos entre medias.

Me pregunto si abrí los ojos demasiado tarde. O si mis últimos actos no fueron suficiente. Si mi recuerdo será amargo, y en la balanza de mi vida seguirán pesando más los errores. Eso, tengo que reconocerlo, me aterra y me quita el sueño.

Perdona. Lo siento, sé que hoy no estoy siendo muy constructiva. Mañana lo haré mejor, te lo prometo. Solo es que sé que me estoy acabando, que me estoy consumiendo como una vela a la que ya no le queda cera por quemar. Que aquello que suelen decirnos, que nos queda toda la vida por delante, no siempre es cierto. Y es difícil gestionarlo cuando te das cuenta de que tu tiempo no es infinito. Perdona.

Me mordisqueé el labio, como solía hacer cuando mis emociones eran intensas. «Perdona», había escrito Violet otra vez. Y yo estaba segura de que lo decía por el borrón que había en la hoja, y que se debía a una de sus escasas y raras lágrimas. No creía que alguien como ella hubiese llorado muy a menudo.

Recuerdo perfectamente que yo vertí otra lágrima, sin darme cuenta al principio pero contenta después.

—Por ti, tía Violet —susurré.

Deseé que fuera un bonito homenaje para ella. Yo también la lloraba, me gustaría que lo supiera. Me pregunté qué se sentiría estando tan perdida en el mundo. Qué se sentiría al darse cuenta de que ni siquiera las llamas más fuertes brillan para siempre.

Bajé las escaleras en cuanto oí que se abría la puerta principal. Mamá, aquella mujer que había sido una chiquilla pedante y que ahora parecía una mujer capaz de comerse el mundo a su modo templado y elegante, me miró preocupada.

—¿Quisiste de verdad a tía Violet? —le pregunté, muy consciente de que mis palabras brotaban entrecortadas—. ¿Pesaron más las cosas buenas que las malas?

—Sí, cariño —dijo sonriendo. Se acercó y me dio un beso en la frente, antes de mirarme fijamente—. Y la admiraba, aunque ella no se diera cuenta cuando éramos pequeñas. La quise tanto, tanto, que por ella cometí las dos locuras más grandes de mi vida.

—¿Tú? —le pregunté con una risa temblorosa—. ¿Qué locuras?

Mamá se estiró un poco un mechón de pelo. Hizo una pausa, pensativa, y luego me miró de nuevo.

—Estoy segura de que Violet va a explicártelo.

Me cogió la mano.

—Y entonces me temo que serás tú la que tendrás que preguntarte si pesan más mis buenas intenciones que mis errores.

—Qué... —empecé nerviosa, pero me callé.

Entonces entendí que una de aquellas locuras estaba relacionada con esa petición que le hizo a la tía en su lecho de muerte, y que yo aún no conocía. De la otra no sabía nada aún. Pero Violet me lo explicaría, y no quería presionar más a mamá. Su apariencia era tan vulnerable en aquel momento, y estaba tan llena de cariño y miedo, que consideré imposible juzgarla, no importaba lo que descubriese.

8. El lado oscuro del ser humano

Nos habíamos sentado a la mesa para cenar, como siempre, en la esquina del fondo del comedor. Pero aquella vez, cenar con mamá y papá fue diferente.

Detrás de mamá podía ver, a través de las puertas francesas, que el jardín trasero se iba sumiendo en las sombras; apenas distinguía ya el columpio que colgaba de una de las ramas del almendro.

Recuerdo con cariño lo mucho que me había reído en aquel columpio siendo pequeña, cuando casi cualquier preocupación la solucionaban rápidamente los mayores. Ahora me traía recuerdos agridulces. Recuerdos de los abuelos, que habían fallecido hacía una década en uno de aquellos últimos atentados terroristas debidos a la religión. Y recuerdos de Connor, que me había mecido en el columpio durante nuestra infancia hasta que un día, hace más de un año, me había besado bajo las hojas en flor cuando la rama en la que se sostenía el columpio apenas podía soportar ya mi peso.

Mientras jugueteaba con los espárragos con salsa de tomate de mi plato, pensé en todos aquellos que ya no estaban a mi lado por motivos tan diferentes: los abuelos, tía Violet, Connor... Pensé que, sea por el motivo que sea, la gente va desapareciendo. Y supuse que eso también formaba parte de la experiencia vital: que nunca tendremos el corazón tan fuerte como cuando somos jóvenes y apenas hemos sufrido ausencias que luego recordaremos siempre.

Recuerdo que me pareció una revelación muy dura. Igual que darme cuenta de que los padres no son perfectos, ni lo saben todo. Pensé en las locuras que aseguraba haber cometido mamá, y que supuestamente iba a explicarme tía Violet. En parte me daba miedo desvelar aquellos secretos. Por si cambiaba mi manera de ver a mi madre para siempre. Y a Violet.

Observé a papá, que estaba leyendo el diario digital en su sistema portátil. Era algo que no solíamos permitir en la mesa, pero aquella tarde se había producido un accidente con el sistema de calefacción de un edificio del centro, y papá quería averiguar todo lo posible sobre ello. Porque probablemente le tocaría tratar a alguno de los supervivientes. Era lo que me gustaba de papá y mamá, que hacían lo posible por ayudar a la gente. Me pregunté, con lo que sabía hasta aquel momento, si aquella entrega a los demás no se debería a un sentimiento irracional de culpabilidad por no haber podido ayudar a Violet.

—Papá... —le interrumpí, y me miró alzando las cejas—. ¿Tú llegaste a conocer bien a tía Violet?

Mamá despegó los ojos de su propio sistema. Aprovechando que se había abierto la veda había estado leyendo un artículo médico, pero observó a papá con una sonrisa divertida esperando su respuesta.

—La vi solo una vez, cariño —contestó papá—. Aunque fue muy revelador. Tu tía me

cayó bien al instante.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Porque incluso en la cama del hospital, tu tía destilaba pasión. Y la pasión es una cosa maravillosa —me aseguró mientras picoteaba puntas de espárrago del plato de mamá. Era un gesto muy suyo, igual que era un gesto muy de mamá el de acercarle silenciosamente los trozos más suculentos—. La pasión es eso que hace que te levantes con ganas, que superes los problemas, y que luches por lo que quieres como si el mundo no pudiera impedirte conseguir tus sueños. Para mí, cuando la siento, es como si caminara un poco por encima del suelo. Porque no puede detenerme nada.

—Sí, es verdad —reconocí, porque yo también me sentía así a veces.

—Pero la pasión es esquiva a veces —siguió papá, de forma bastante apasionada, por cierto—. Y cuando la ves en otros la reconoces enseguida, porque esas personas brillan. Y a mí me hacen querer recuperar mi brillo. Por eso Violet me gustó enseguida, y por eso me cayó bien. Aunque sabía que me estaba evaluando desde que me echó el ojo encima.

Me guiñó un ojo.

—Pero creo que yo también le gusté a ella. ¡Para que veas lo genial que es tu padre!

Me reí ante aquella fantochada.

—¿Y sabes por qué me gané a tu tía? —siguió.

Estuve a punto de preguntarle por qué, pero mamá le puso una mano en el brazo.

—Deja que se lo cuente Violet.

Papá la miró, frunciendo el ceño con duda.

—¿Crees que lo hará?

Mamá soltó una carcajada. Había algo de amargura en ella, pero también alegría, dulzura y cariño.

—Si algo no sabía hacer Violet era callarse. Estoy segura de que le contará más de lo que le llegarías a contar tú, de hecho.

Papá asintió con la cabeza, pero me pareció que se quedaba algo preocupado. ¿Acaso también él tenía algo que ocultar? ¿Algo que Violet sabía?

Parecía haber muchos misterios y muchos secretos en todo aquello. Mamá jugueteó con su vaso de agua, y no me pasó por alto que papá le ponía una mano en la rodilla y se la estrechaba para darle su apoyo. Hice como que no me daba cuenta, porque parecía algo muy íntimo entre ellos.

—¿Te acabó explicando tía Violet qué pasó realmente el día del accidente? —pregunté.

Esta vez vi que a mamá le brillaban los ojos, y que papá miraba hacia otro lado.

—No, cariño. Creo que eso acabarás explicándomelo tú.

Me mordí el labio mientras papá se levantaba para empezar a recoger los platos. Entonces expuse en voz alta lo que desde el principio venía reconcomiéndome por dentro.

—¿Y si a la tía no le dio tiempo a terminar sus memorias? ¿Y si no me lo explica todo?

—Estoy segura de que lo terminó —dijo mamá con aplomo—. Puedo afirmar a pies

juntillas que tu tía terminaba todo lo que empezaba. Seguro.

Después de dar un beso en la mejilla a mis padres, costumbre que aún mantenía pese a que mis diecisiete años a veces se me antojaba infantil, subí a mi habitación deseosa de coger el diario. Me había quedado en que la tía había iniciado un año sabático y se dejaba atrapar por aquella enfermedad, la bulimia, algo que aparentemente no era nada raro en aquella época. Me preguntaba cómo iba a evolucionar todo aquello para que, al final, mamá y la tía se llevaran bien. Y para que la tía terminara sus días en un hospital, con tantos secretos.

Me senté en la cama después de lavarme los dientes, le pedí a la casa que encendiera la luz de lectura y miré el sistema móvil. Descansaba sobre el escritorio, y hacía horas que no lo miraba. Me di cuenta de que ya no estaba tan ansiosa por saber si Connor me había escrito. Quizás había logrado librarme de la falsa esperanza. Me pregunté si lo estaba superando de verdad, y si estaba llevándolo mejor de lo que esperaba gracias a la tía Violet.

Fuera como fuera me sentía mucho mejor, aunque parte de mí siguiera sepultada bajo una tristeza que no creía que fuera a abandonarme nunca. Así que abrí el diario con cuidado, como si pudiera acariciar el alma de Violet con aquel gesto. Y empecé a leer con un poco de ansia, como si así pudiera evitar que a Violet, mi tía, se le acabara el tiempo antes de que pudiera explicármelo todo.

17 de febrero de 2022, 19h. Pista 8: My dark side.

Lo sé, lo sé. ¡No hace falta que me lo digas! Ayer fui una pelmaza otra vez. Supongo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que mis cambios de humor no son nada nuevo. Y mi situación en estos momentos no ayuda, entiéndeme. Ahora tengo náuseas a menudo y he vomitado parte de la comida. Por mucho que mamá me diga que seguramente se trata de una infección que he pillado aquí en el hospital, sé que lo del riñón tiene algo que ver. Y que es otra más de las señales que indican que mi fuego se está apagando.

No, no soy una exagerada. A base de ser pesada e insistente, he conseguido que Tonny me ponga al día. Al fin y al cabo soy mayor de edad, y tengo derecho a saber cuándo voy a morir si todos los demás lo saben. Aún tienen alguna esperanza, parece ser, y están pensando en otro trasplante. Pero lo cierto es que mi cuerpo está dejando de funcionar.

El fallo renal, y ya ves tú la poca importancia que le daba yo a los riñones cuando bebía como una cosaca o me hartaba de comer para vomitar después, puede provocarme efectos de los que mi cuerpo no se recupere nunca. Y si empeoro, incluso puedo tener un edema pulmonar. Eso me ha asustado, porque quiere decir que puedo morirme de repente, en cualquier momento. El pobre Tonny me ha jurado que me lo dirá cuando el riesgo sea inminente. Lo siento por él, porque le he puesto en una situación complicada. Pero ha visto que lo de acabar mis memorias es importante para mí, y es una de esas rarezas que hay en

el mundo: una buena persona que intenta mejorar la vida de los demás, aunque esta sea corta.

Igual que papá, pobre, que viene cada día a verme cuando sale de trabajar. Y se nota que me quiere.

Poco antes del incidente, papá y yo volvimos a llevarnos mucho mejor. Igual que con mamá. Y ahora, sabiendo que se me acaba el tiempo, no me he podido resistir a hacer una pregunta que me reconcomía desde hacía tiempo, y que antes no me atrevía a hacer por vergüenza. Pero cuando tienes poco tiempo, la vergüenza y el orgullo se evaporan. Ese es el lado bueno de todo esto, que los tabús desaparecen. Al fin y al cabo, qué importancia tienen ya.

—Papá, ¿por qué crees que dejamos de hacer cosas juntos cuando yo era una cría?

Estaba sentado en el sillón reclinable al lado de mi cama, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Me ha mirado un poco pensativo, pasándose la mano por el jersey de algodón para alisar las arrugas, pero al final ha sonreído con un poco de remordimiento.

—Cuando cumpliste los doce dejaste de darme un beso antes de ir a dormir. Y antes de salir de casa también —me ha dicho—. Y ya no me explicabas tantas cosas. Tú siempre fuiste mi niña, pero por aquella época ya no pasábamos tanto tiempo juntos. Supongo que en el fondo pensaba que te estabas cansando de mí.

—Nunca me cansé de ti, te lo aseguro.

Papá me ha acariciado un brazo, algo que ya no solía hacer muy a menudo. Pero lo he agradecido, porque lo había echado de menos. Había echado de menos a mi papá, sí.

—Tu madre me decía que era porque estabas entrando en la pubertad —me ha explicado, encogiéndose de hombros—. Y que a veces eso hacía que las niñas os volvierais más introvertidas. Supongo que no debí tomármelo como algo personal.

—Pero me alegro de que al final volviéramos a acercarnos —he dicho en broma, y se ha reído—. Pero me alegro de que al final volviéramos a acercarnos. Aunque ya no te lo contara todo, o fuera más seca cuando te hablaba, o no pasara tanto tiempo contigo. La verdad es que te echaba de menos. Y hacer todas aquellas cosas juntos.

He visto cómo se le humedecían los ojos. He visto su gratitud, y he vuelto a sentir, orgullosa, esa chispa de madurez. La breve certeza de que no importa hacerse mayor, porque tú también aprendes a controlar las cosas. Y a ser fuerte cuando los demás necesitan que seas tú quien aportes la seguridad y la calma. Gracias al cielo, esa empiezo a ser yo ahora.

—Bueno, pronto podremos hacer muchas cosas juntos otra vez —me ha dicho alegremente.

—Claro que sí, papá —he mentido yo también.

Verle irse más contento cuando estaba tan triste me ha hecho sentir en una nube. Qué fácil es hacer felices a los demás a veces, si no estamos demasiado centrados en nuestras propias emociones.

Y ahí me había quedado mientras te explicaba mi aventura por la vida, creo. Donde solo estábamos yo y mi mundo y mis cosas.

Sí, había empezado a tener atracones y a vomitar después, mantenía la línea, pero no la dieta ni la salud. No estaba todavía muy delgada ni fatigada, mi loco desequilibrio alimentario no me impedía levantarme y cumplir con mi trabajo. Así que me parecía que estaba bien, y pasaba del asunto y de la culpa y la vergüenza que, en el fondo, me corroían por dentro.

Mientras el otoño se convertía en invierno y yo seguía calentando y rompiendo corazones, algo empezó a abrirme los ojos. ¿La certeza de que estaba poniendo mi salud en peligro? No, no. Era demasiado terca como para ver eso todavía. Fue otra cosa.

Fue la expresión con la que me miraba la señora del café con leche de coco. Era una mujer mayor, alemana, que desde que llegó el frío venía a diario a la terraza del bar y se pedía su desayuno compuesto de churros y café con leche de coco. Un día lo probé y tuve que escupirlo, pero a ella le gustaba y dejaba buenas propinas. Así que se lo preparaba diligentemente cada mañana, cuando la veía aparecer por la playa.

No te creas que conversábamos. Aquella mujer solo me decía: «Hola», «gracias» y «que tengas un buen día», pero su mirada me seguía a menudo mientras yo me movía por el bar, cada vez más vacío. Sus ojos y yo mantuvimos conversaciones muy largas. Discusiones, más bien, porque me decían cosas que yo no quería afrontar, aunque en el fondo las viera muy claras.

Por aquel entonces, yo tonteaba con un chico que se llamaba Chris. Era un inglés que pasaba el invierno en el pueblo, porque estaba haciendo una tesis sobre las capturas de los pescadores en los meses fríos. O algo por el estilo. Aunque salía de marcha era bastante pausado y sensato, y su madurez me atraía bastante, por mucho que eso me sorprendiese.

¡Imagínate! Yo, sintiéndome atraída por la seguridad, la estabilidad, la calma y el buen criterio. Siempre había huido de todo aquello, y parte de mí aún quería seguir huyendo. Por eso, aunque era el chico que más me gustaba, era al que más torturaba con mis caprichos y mis desplantes. A veces le dejaba colgado. Otras, dejaba que me viera coqueteando, para que se diera cuenta de que no era suya. Y no pocas veces había estropeado un bonito amanecer enfadándome por cualquier tontería. Cualquier cosa me servía para impedir que me encaprichara de él, y que él me demostrara lo muy enamorado que estaba.

Y así, mientras yo seguía aferrándome al pasado, mi mente, mi alma e incluso mi cuerpo se empeñaban en inclinarse hacia una nueva dirección que me asustaba. Porque implicaba aceptar que yo ya no era la de antes, y que tendría que afrontar los errores del pasado.

Más que la última y estúpida pelea con Chris, que me hizo escoger entre asentar nuestra relación o dejarlo, y yo escogí seguir siendo un pájaro herido pero libre, lo que me hizo frenar en seco fue la primera oración compuesta que me dijo la señora de los desayunos. Fue la única que se salió de nuestro intercambio

habitual, y fue el día de Año Nuevo. Mientras le llevaba su desayuno, pues ella no había faltado a nuestro encuentro diario aunque fuera festivo, puso su mano sobre la mía brevemente.

—¿Sabes? A veces explicar un secreto ayuda, aunque sea un secreto pequeño — me dijo.

Asentí y me alejé rápidamente. ¿Y qué secreto podía explicar yo?, me pregunté. Me lo estuve preguntando durante muchos días. Cuanto más pensaba en ello, más angustiada me sentía y más me encogía en mi cama del hostel cuando me acostaba, agarrándome a la almohada como si no hubiera un mañana.

Quizás mi secreto era que había empezado a aborrecer lo de maquillarme y pasarme una hora escogiendo la ropa que me sentara mejor. O que ligar con chicos y tenerlos a mis pies durante unos días ya no era suficiente, y me preguntaba cómo sería una relación más sana con Chris. O quizás mi secreto era que me sentía sola, que me sentía diferente y cansada y quería mejorar, pero no sabía por dónde podía empezar a reconstruir mi vida. O quizás era que, aunque les había asegurado a mis padres que no podría ir por Navidades porque me necesitaban en el trabajo, había añorado aquellas fiestas familiares que hasta aquel momento había aborrecido tanto.

Aun así tardé un poco en rendir mi orgullo, no te creas. Las semanas siguientes medité mucho. Aunque no tuviera claros mis pensamientos, parecían estar asentándose. Me sentía más tranquila, aunque también más triste. Y aquel año nuevo que comenzaba me hablaba de cambios también dentro de mí misma. Empecé a comer un poco mejor.

A Chris no le volví a ver porque evitó el pub y yo no le busqué, pero a la señora alemana le sonreí cada mañana con gratitud, para que viera que sus palabras habían calado en mi alma tozuda. Y le fui poniendo un bomboncito extra junto con el desayuno. Hasta que, a principios de febrero, cuando llamé a casa una tarde y fue mi hermana quien cogió el teléfono, fue un solo secreto el que salió de mis labios cuando me preguntó cómo me iba.

—¿Sabes? Te voy a contar un secreto —le dije—. Creo que ya no me gusta estar aquí.

Cuando colgamos el teléfono poco después, me sentí mucho mejor.

Ahora, mientras escucho My dark side, de los Noisy Minds, pienso en Chris y en la señora alemana. Porque cuando me sentía más envenenada, fueron los que me empujaron a aceptar que quería desintoxicarme de mis falsas creencias y mis miedos. Los que me ayudaron a enfrentarme a mi lado oscuro.

Have you ever feared

(¿Has temido alguna vez)

what the mirror shows in the light?

(lo que el espejo muestra bajo la luz?)

Have you ever felt,

(¿Te has sentido alguna vez)

as if you have something to hide?
(como si tuvieras algo que ocultar?)
Help me, guide me, free me from my dark side.
(Ayúdame, guíame, libérame de mi lado oscuro.)
You can think of me I'm shy and stubborn,
(Puedes pensar que soy tímido y terco,)
but the only truth is that,
(pero la única verdad es que,)
I'm afraid of my dark side.
(tengo miedo de mi lado oscuro.)

A la mujer me habría gustado decirle que me había cambiado la vida, y a Chris que lo sentía, que si le había hecho daño era porque me gustaba mucho, y eso me aterraba. No siempre podemos demostrar a la gente, especialmente a aquella que solo pasa unos instantes por nuestras vidas, lo mucho que nos han ayudado a reconstruirnos cuando nos hemos desmoronado.

Pero si a alguien tuve que agradecerle de verdad aquella oportunidad para redimirme fue a mi hermana. Tu madre, mi princesita. Porque, elegante como una reina, me había permitido confesar mi secreto sin hacerme sentir mal o insignificante por ello. Nunca olvidaré sus palabras. «Ya, es normal. ¿Y dónde es aquí exactamente, Violet?», me había respondido. «Pues no te preocupes, ya no tendrás que estar allí mucho tiempo. Un beso enorme».

Aquella misma noche mamá apareció en el pub donde yo trabajaba. No sé qué le habría dicho y advertido mi hermana pero lo hizo estupendamente, porque mamá se limitó a abrazarme y a decirme que me echaban de menos en casa, que si no me gustaría volver con ella. Me sentí tan agradecida que me comí mi orgullo y le dije que sí. Que solo tenía que recoger mis cosas del hostel.

El trayecto de vuelta fue extraño. Mamá se limitó a decirme cómo habían ido aquellos meses por casa, y a explicarme que, al fin, habían conocido al novio de mi hermana, Diego, que era un chico muy majo. Yo le expliqué que había estado trabajando mucho, que tenía aspecto fatigado porque hacía mucho deporte, y que me había aclarado mucho las ideas. Y luego estuvimos un rato en silencio, y yo me dormí. Cuando me desperté me encontré con las caras de papá y de mi hermana pegadas a la ventanilla, sonriéndome. Como si realmente se alegraran de que estuviera en casa, y eso me emocionó. Porque comprendí que me querían, aunque yo a veces se lo complicara.

Papá se mantuvo entretenido sacando mi bolsa del maletero, y mi hermana cogió mi bolso y me puso brevemente la mano en la espalda. Ya entonces parecía haber madurado un poco, y en mi sopor, mientras entraba en casa y me dirigía hacia mi habitación, me sentí un poco culpable por haberla dejado sola con la carga de unos padres angustiados. Pero en cuanto me eché en la cama caí en un sueño profundo y reparador, y ya no fui capaz de pensar en nada.

Dormí hasta el mediodía, cuando mi madre llamó a la puerta para decirme que

ya estaba lista la comida. Y, como te puedes imaginar, ahí empezaría la segunda parte de aquella pesadilla en la que había convertido mi vida yo solita.

Hay ángeles que viven en la tierra, modestos y sufridores y siempre dispuestos a dar incluso lo que no tienen. Hay ángeles que lo son sin saberlo. Ahora estoy segura de que mi hermana es uno de ellos. Mi redención empezó cuando ella simplemente me escuchó, y actuó sobre el secreto que tanto me había costado revelar. Que no me juzgara, que no me hiciera ver lo tonta que había sido al irme así y que no me dejara tirada, fue lo que restauró mi fe en la humanidad, creo. Y mi fe en mí, porque me sentí querida y respetada pese a todo. Por un momento me pareció que ella me comprendía, que entendía de verdad por lo que estaba pasando. Como si también hubiese conocido el lado oscuro que hay en todo ser humano.

Reconozco que aún tardé un tiempo en comprender que mi hermana también se encontraba en un infierno del que necesitaba salir, uno incluso peor que el mío y que yo había provocado en parte. Aunque al final lo solucioné, creo. O, al menos, esa es la esperanza que tengo cuando la veo tan bien ahora. Sabiendo que me voy pronto, al menos me queda eso.

Cuando cerré el diario, estuve a punto de ir corriendo a la habitación de mis padres y explicarle a mi madre la hazaña que había acometido. Lo importante que había sido ella para Violet, y lo agradecida que le estaba. Pero al pasar al lado del escritorio, y ver que el sistema móvil se activaba al reconocer mi rostro, me paralicé donde estaba. Y me olvidé de todo mientras cogía el aparato con una mano que, de repente, se me había quedado helada. Había un mensaje de Anna, que expandí para leer entero.

19/4/2060. 23:17PM

Neni, prefiero que te enteres por mí a que lo hagas por otro.

Y que estés preparada.

He visto a Connor dándose el lote con Mónica.

Parece que están juntos.

9. Con tiempo y distancia

Aquella noche la conversación fue larga, aunque el tema de debate era breve y no daba lugar a ninguna vuelta de tuerca: Connor estaba saliendo, o al menos liado, con Mónica. Precisamente con Mónica. La chica más guapa, sí, pero también la más miserable y de alma más sucia de todo mi curso.

Anna hizo todo lo que pudo para vilipendiar a Connor, pero estaba sumida en un *shock* igual de grande que el mío. Connor se había convertido en un buen amigo para ella desde que salía conmigo, y tampoco podía comprender qué había pasado; no solo para que me dejara sino para que se liara con una chica de mi clase. Y precisamente la que me parecía más despreciable.

La conclusión de Anna era que no le había quedado otra salida. Que después de nuestro encuentro del sábado, era la única forma que se le había ocurrido a Connor para olvidarme. Y hacerme el daño suficiente para que yo no quisiera buscarle.

Había funcionado, porque dolía. Mucho.

Aunque tenía que reconocer que cada vez me importaba menos. Connor se estaba convirtiendo, en menos de una semana, en un chico al que no conocía. En un extraño malvado que llevaba la cara y el cuerpo del chico al que tanto había querido.

Por la mañana, cuando me levanté, me pregunté si debía explicárselo a mamá. Quizás ella, al ser amiga de la madre de Connor, conocía el motivo de todo aquello. Pero me lo pensé, y al final no dije nada. Parecía afectada por lo de la tía Violet, y tampoco quería que llamara a Ángela y esta se enterara así de lo que había hecho su hijo.

Así que me fui a la academia sin hablar de aquel tema, y me juré que cuando viera a Mónica me acordaría de que hay cosas más importantes en la vida. Que pueden pasar cosas más graves. Como aquel infierno en el que había estado Violet, y el que, al parecer, había habitado también mi madre. No podía esperar para volver a casa y seguir con las memorias de la tía. Era lo que hacía que aquel día que me esperaba valiera la pena.

Cuando terminamos las clases, Anna dejó que me fuera y se quedó relativamente tranquila. Los martes mamá y papá trabajaban hasta la noche en la clínica de rehabilitación del centro, para ayudar a los que tenían trabajos que les ocupaban todo el día, así que estaría sola para cenar. Con lo del accidente de aquel edificio, era posible que ni siquiera vinieran a dormir. Pero Anna no se preocupó mucho, porque sabía que yo estaría con Violet.

Incluso yo misma me sorprendí por mi emoción y por lo obsesionada que estaba. Porque entré casi corriendo en casa, saqué de la puerta del frigorífico un batido de fruta recién hecho, y subí a mi habitación sin perder tiempo. Dejé la mochila en el suelo,

junto al escritorio, y el sistema móvil sobre el alféizar de la ventana, bien lejos. Solo lo conecté con la casa por si llamaban mamá y papá, que no se merecían que les preocupara.

Cogí el diario de tía Violet y me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, para trasladarme hasta aquel pasado que hacía que mi presente no fuera, ni de lejos, tan malo.

18 de febrero de 2022, 17h. Pista 9: Shreds of me.

Esta mañana he tosido sangre, y he simulado que creía a los médicos cuando me han dicho que era una simple infección invernal de las que abundan en la clínica. Ellos han hecho como que se creían que era así de ingenua. Aunque todos sabemos que estamos mintiendo.

Mis padres se convirtieron de nuevo en mis tutores legales cuando entré en coma, así que ellos deciden lo que pueden o no pueden decirme los médicos, aunque tenga casi veinticuatro años. Eso es lo bueno de la frivolidad y de las mentiras piadosas: que nos permiten mantener un civismo que de otra forma se extinguiría por completo, dejando jod... en pañales al mundo. Como papá y mamá no quieren que sepa que me muero, los médicos no me lo dicen. Y como sabemos que lo hacen con buena intención y dudo que pudieran sobrellevarlo de otra manera, todos les seguimos el juego. Por tenerles contentos. Para que puedan seguir teniendo una vida mínimamente tranquila y feliz cuando yo me haya ido para siempre.

Se lo debo. Porque con esta última, y definitiva, habré desaparecido de su vida cuatro veces. La primera, cuando me convertí en una adolescente imposible; la segunda, cuando les abandoné aquel verano sin decirles a dónde iba; la tercera, cuando sucedió el incidente. La cuarta y definitiva, ya que puedo, se la suavizaré todo lo posible.

Pero con mi hermana no me hace falta fingir, por suerte. Hoy ha venido de visita, y me ha confirmado entre lágrimas lo que es un secreto a voces: que se me escapa la vida. Así que lo único que me queda es atar cabos sueltos. Tengo que darle pronto una respuesta sobre la locura que me pidió al despertarme, y que te explicaré pronto. Pero eso todavía no lo tengo claro. Lo que sí puedo hacer, sin embargo, es seguir contándote cómo hemos llegado a este punto.

Por tanto, volvamos al pasado. Hace tres años, cuando todo se fue al carajo. Exactamente cuatro meses antes de que terminara en la cama de un hospital, donde no importaba cuánto se esforzaran los médicos, porque aun así voy a irme antes de tiempo.

Como te iba diciendo, volver a casa fue un descanso. Pero cuando mamá me despertó al día siguiente para decirme que ya estaba lista la comida, volvió el pánico.

Ocultar mi trastorno alimentario era fácil cuando nadie se preocupaba por mí ni me observaba constantemente, pero en el hogar familiar no era tan fácil. Y me preocupaba que mis padres se enteraran de aquello y volvieran a mirarme como si no tuviera remedio.

Así que era algo que tenía que arreglar y dejar zanjado. Además, me había dado cuenta de que preocuparse tanto por el aspecto era una necedad y mi forma de ver el mundo había cambiado. Con tiempo y distancia todo se ve diferente, claro. En aquel momento me hubiese reído de mis propias aventuras y mis errores, si no me hubiesen hecho tanto daño a mí y a otros. Como decía la canción más introspectiva de los Noisy:

I kept pushing and pushing,
(Seguí adelante y adelante,) until I went too far.
(hasta que fui demasiado lejos.)
And after much wandering,
(Y tras deambular mucho,) I knew I had to go back.
(supe que debía regresar.)
I started picking shreds of my soul,
(Empecé a coger retazos de mi alma,) going back through the same path.
(regresando por el mismo camino.)
And putting those shreds back together,
(Y reuniendo aquellos retazos,) I decided I would win the game this time.
(decidí que esta vez ganaría el juego.)

9. Con tiempo y distancia

Aquella noche la conversación fue larga, aunque el tema de debate era breve y no daba lugar a ninguna vuelta de tuerca: Connor estaba saliendo, o al menos liado, con Mónica. Precisamente con Mónica. La chica más guapa, sí, pero también la más miserable y de alma más sucia de todo mi curso.

Anna hizo todo lo que pudo para vilipendiar a Connor, pero estaba sumida en un *shock* igual de grande que el mío. Connor se había convertido en un buen amigo para ella desde que salía conmigo, y tampoco podía comprender qué había pasado; no solo para que me dejara sino para que se liara con una chica de mi clase. Y precisamente la que me parecía más despreciable.

La conclusión de Anna era que no le había quedado otra salida. Que después de nuestro encuentro del sábado, era la única forma que se le había ocurrido a Connor para olvidarme. Y hacerme el daño suficiente para que yo no quisiera buscarle.

Había funcionado, porque dolía. Mucho.

Aunque tenía que reconocer que cada vez me importaba menos. Connor se estaba convirtiendo, en menos de una semana, en un chico al que no conocía. En un extraño malvado que llevaba la cara y el cuerpo del chico al que tanto había querido.

Por la mañana, cuando me levanté, me pregunté si debía explicárselo a mamá. Quizás ella, al ser amiga de la madre de Connor, conocía el motivo de todo aquello. Pero me lo pensé, y al final no dije nada. Parecía afectada por lo de la tía Violet, y tampoco quería que llamara a Ángela y esta se enterara así de lo que había hecho su hijo.

Así que me fui a la academia sin hablar de aquel tema, y me juré que cuando viera a Mónica me acordaría de que hay cosas más importantes en la vida. Que pueden pasar cosas más graves. Como aquel infierno en el que había estado Violet, y el que, al parecer, había habitado también mi madre. No podía esperar para volver a casa y seguir con las memorias de la tía. Era lo que hacía que aquel día que me esperaba valiera la pena.

Cuando terminamos las clases, Anna dejó que me fuera y se quedó relativamente tranquila. Los martes mamá y papá trabajaban hasta la noche en la clínica de rehabilitación del centro, para ayudar a los que tenían trabajos que les ocupaban todo el día, así que estaría sola para cenar. Con lo del accidente de aquel edificio, era posible que ni siquiera vinieran a dormir. Pero Anna no se preocupó mucho, porque sabía que yo estaría con Violet.

Incluso yo misma me sorprendí por mi emoción y por lo obsesionada que estaba. Porque entré casi corriendo en casa, saqué de la puerta del frigorífico un batido de fruta recién hecho, y subí a mi habitación sin perder tiempo. Dejé la mochila en el suelo,

junto al escritorio, y el sistema móvil sobre el alféizar de la ventana, bien lejos. Solo lo conecté con la casa por si llamaban mamá y papá, que no se merecían que les preocupara.

Cogí el diario de tía Violet y me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, para trasladarme hasta aquel pasado que hacía que mi presente no fuera, ni de lejos, tan malo.

18 de febrero de 2022, 17h. Pista 9: Shreds of me.

Esta mañana he tosido sangre, y he simulado que creía a los médicos cuando me han dicho que era una simple infección invernal de las que abundan en la clínica. Ellos han hecho como que se creían que era así de ingenua. Aunque todos sabemos que estamos mintiendo.

Mis padres se convirtieron de nuevo en mis tutores legales cuando entré en coma, así que ellos deciden lo que pueden o no pueden decirme los médicos, aunque tenga casi veinticuatro años. Eso es lo bueno de la frivolidad y de las mentiras piadosas: que nos permiten mantener un civismo que de otra forma se extinguiría por completo, dejando jod... en pañales al mundo. Como papá y mamá no quieren que sepa que me muero, los médicos no me lo dicen. Y como sabemos que lo hacen con buena intención y dudo que pudieran sobrellevarlo de otra manera, todos les seguimos el juego. Por tenerles contentos. Para que puedan seguir teniendo una vida mínimamente tranquila y feliz cuando yo me haya ido para siempre.

Se lo debo. Porque con esta última, y definitiva, habré desaparecido de su vida cuatro veces. La primera, cuando me convertí en una adolescente imposible; la segunda, cuando les abandoné aquel verano sin decirles a dónde iba; la tercera, cuando sucedió el incidente. La cuarta y definitiva, ya que puedo, se la suavizaré todo lo posible.

Pero con mi hermana no me hace falta fingir, por suerte. Hoy ha venido de visita, y me ha confirmado entre lágrimas lo que es un secreto a voces: que se me escapa la vida. Así que lo único que me queda es atar cabos sueltos. Tengo que darle pronto una respuesta sobre la locura que me pidió al despertarme, y que te explicaré pronto. Pero eso todavía no lo tengo claro. Lo que sí puedo hacer, sin embargo, es seguir contándote cómo hemos llegado a este punto.

Por tanto, volvamos al pasado. Hace tres años, cuando todo se fue al carajo. Exactamente cuatro meses antes de que terminara en la cama de un hospital, donde no importaba cuánto se esforzaran los médicos, porque aun así voy a irme antes de tiempo.

Como te iba diciendo, volver a casa fue un descanso. Pero cuando mamá me despertó al día siguiente para decirme que ya estaba lista la comida, volvió el pánico.

Ocultar mi trastorno alimentario era fácil cuando nadie se preocupaba por mí ni me observaba constantemente, pero en el hogar familiar no era tan fácil. Y me

preocupaba que mis padres se enteraran de aquello y volvieran a mirarme como si no tuviera remedio.

Así que era algo que tenía que arreglar y dejar zanjado. Además, me había dado cuenta de que preocuparse tanto por el aspecto era una necedad y mi forma de ver el mundo había cambiado. Con tiempo y distancia todo se ve diferente, claro. En aquel momento me hubiese reído de mis propias aventuras y mis errores, si no me hubiesen hecho tanto daño a mí y a otros. Como decía la canción más introspectiva de los Noisy:

I kept pushing and pushing,
(Seguí adelante y adelante,)
until I went too far.
(hasta que fui demasiado lejos.)
And after much wandering,
(Y tras deambular mucho,)
I knew I had to go back.
(supe que debía regresar.)
I started picking shreds of my soul,
(Empecé a coger retazos de mi alma,)
going back through the same path.
(regresando por el mismo camino.)
And putting those shreds back together,
(Y reuniendo aquellos retazos,)
I decided I would win the game this time.
(decidí que esta vez ganaría el juego.)

Pero cambiar las tornas no es tan fácil. Porque, aunque yo quería dejar de lado mi obsesión con la comida, mi cuerpo tenía otra idea bien distinta. Aunque yo quería recuperarme, aunque sabía que estaba enferma y que me estaba afectando, y estaba decidida a ponerme bien y dejar aquel episodio de lado, no era tan fácil. Mi cuerpo y mi mente me traicionaban, y seguía vomitando.

Sí, todo un dramón, pero la situación era casi de risa. Como papá y mamá estaban tan contentos de tenerme de nuevo en casa, y de que no les gritara por todo, me regalaban una libertad y una confianza que rallaban la ceguera. Si me veían algo delgada, no se atrevían a decírmelo. Se esmeraban en llenar la nevera de las cosas que me gustaban, para que estuviera contenta. Y yo me las comía, por supuesto, pero luego lo echaba casi todo. Y lloraba sentada en el suelo del baño, porque no conseguía controlar mi cuerpo. Odiaba mi debilidad y tenía ganas de ser una chica normal, de las que saben qué es lo realmente importante en la vida.

Una semana después de mi regreso, cuando estaba vomitando la cena en el váter por enésima vez, una mano me apartó el pelo de la frente. Miré a mi hermana sobresaltada, pero ella parecía la perfecta definición de la palabra

serenidad.

—Te voy a revelar otro secreto —le susurré después de limpiarme las lágrimas—. Pensé que vomitar si comía mucho era la solución a mis problemas, y ahora ya casi no consigo retener la comida en el cuerpo.

Su mirada era un tanto cínica.

—Lo sé —me aseguró recogiendo el pelo en una coleta y sentándose en el suelo a mi lado—. Vivo al otro lado de este baño. Y lo comparto contigo.

Sí, y a diferencia de mí, mi hermana miraba atenta a su alrededor y no solo hacia su ombligo.

— He perdido tres kilos ya, y en el fondo yo me gustaba como estaba antes, no quiero estar más delgada —le confesé mientras me daba cuenta de lo ridículas que parecíamos, las dos sentadas en el suelo de baldosas—. No sé qué hacer. Pero no quiero que mamá y papá lo sepan.

—Vale, pero solo porque no pareces excesivamente enferma. Pero entonces tenemos que hacer algo. Te harás un análisis de sangre al menos. Y si no mejoras pronto, se lo diré y acudirás al médico —me advirtió muy seria—. Pero he estado buscando información y voy a ser drástica. Vamos a hacer un trato: a partir de ahora no te quedarás sola después de las comidas. Y si tú vomitas, yo vomito.

La miré con los ojos muy abiertos. Recuerdo perfectamente que casi se me salieron de las órbitas.

—Estás loca —le dije.

>Me cogió del brazo. Con mucha fuerza, más de la que pensaba que tenía.

—No. Pero he leído. Además de destrozarte los dientes con el ácido de los vómitos, te harás polvo el cuerpo entero por la falta de nutrientes. Y no voy a dejar que una cosa tan estúpida como esta te destruya. ¿Queda claro?

Lo dijo con tanta efusión en la voz y en la mirada que no me atreví a replicar. Había algo en ella que no había visto nunca. Un discernimiento que estaba más allá de mi comprensión, pero también una turbulencia oscura que no entendía aún en absoluto.

—Vale —le dije—. Y gracias.

Asintió con la cabeza y me ayudó a levantarme.

A la mañana siguiente me di cuenta de que mi hermana aún había hecho algunas cosas más para solucionar mi problema. Le había dicho a mamá que tenía un virus estomacal, que hiciera comidas un poco más ligeras durante unos días. Había quitado la báscula de nuestro baño. Y había dejado sobre la banqueta unos vaqueros finos y una camiseta de manga corta de mi armario. Me lo puse, pero me sobraba bastante tela. A mí me gustaba mi cuerpo como estaba antes, y me juré que no haría más dietas. Miré con impotencia hacia la puerta que daba a su habitación cuando vi que se abría.

—Tranquila —me dijo—. Pronto volverás a ser la Violet de siempre.

Aquello me provocó un escalofrío.

—No, la de siempre no. Una versión mejorada. Una mejor que la de antes.

Tras decir aquello, me acerqué a mi cajón del baño y tiré la mayor parte de mi

maquillaje a la papelera. Mientras yo sonreía orgullosa, mi hermana me devolvió la sonrisa. Le brillaban los ojos, pero si era de alegría o de tristeza yo no estaba nada segura.

Ahora siento que la mano me pesa, así que tengo que dejar esta entrada. Te resumiré cómo terminó aquello porque ya no me atrevo a extenderme mucho. El tiempo se acaba.

Con la responsabilidad de saber que mi hermana vomitaría si lo hacía yo, y constatando que lo hizo un par de veces para darme una loca lección, poco a poco conseguí retener los alimentos en el estómago. Para obligarme a no ir a vomitar, cumplí mi parte del trato y me quedaba haciendo la sobremesa con mis padres. Y eso ayudó a que mi relación con ellos mejorara mucho. Empecé a ayudar a mi madre a recoger y a cuidar el jardín, y empezamos a hablar de verdad gracias a eso. Y ayudé a papá a construir sus maquetas para el concurso del museo náutico. Que mi hermana se lavara los dientes a la vez que yo para vigilarme, también ayudó a que compartiéramos más entre nosotras. Nos explicábamos cosas del día a día: ella de sus clases en el instituto, y yo de cómo estaba repasando mis apuntes de Sociología, que era en lo que me matricularía en la universidad cuando se abrieran las plazas. El tema de su novio lo dejaba bastante de lado, y yo pensaba que era por timidez. Pero me equivocaba, y no sabía cómo.

Una tarde, un mes y medio después, nos quedamos solas en casa y decidimos poner una película. Sonreí, y después me reí, mientras mi hermana me miraba como si estuviese loca. Le aseguré que me apetecían unas palomitas. Creo que entendió que me apetecían sin más; no como una falsa solución a mis problemas ni con el pensamiento de purgarme después. Nos comimos las palomitas mientras veíamos juntas la película. Y ni se me ocurrió vomitar.

A la mañana siguiente la báscula y aquellas piezas de ropa que me gustaban estaban en el baño. Cuando salí de la ducha y me sequé con la toalla, me vestí. La ropa me venía perfecta de nuevo, y sé que temblé mientras ponía un pie, y luego el otro, sobre de la báscula. Cuando vi que había recuperado mi antiguo peso, salté de alegría. La báscula hizo un ruido raro y se apagó para no volver a encenderse nunca más, pero no me importaba. En aquel momento me sentía la chica más feliz del mundo. Por haber recuperado peso, para que veas cómo es a veces la vida.

Recuerdo que abracé a mi hermana con fuerza, algo que no había hecho en mucho tiempo.

—No sé cómo podré pagártelo, princesita. Me has salvado la vida.

Le tembló la comisura del labio, pero extendió más la sonrisa.

—Quizás yo también te explique un secreto algún día —murmuró.

Entonces tuve al fin la certeza de que ella también escondía algo. Algo importante que la estaba cambiando por dentro y que podía afectar a su vida, como mis errores y mis caprichos casi habían cambiado la mía.

Intuí de qué iba aquel asunto cuando, una semana más tarde, al fin conocí a su novio. A Diego.

Se me aceleró el corazón cuando terminé de leer aquella entrada y cerré el diario. Me entristecía pensar que mi madre pudiese haber sufrido, o que alguien le hubiese hecho daño. O que se hubiera sentido perdida. Me parecía casi imposible, porque era una mujer muy entera y muy sana por dentro y por fuera, como si nunca hubiese sufrido traumas graves. Pero está claro que la gente no suele dejar ver sus heridas.

Supongo que papá se refería a eso cuando decía que los humanos podemos llegar a tener una resiliencia increíble, y que tenemos que centrarnos en construir en vez de regodearnos en los dramas.

Solo que a veces no es fácil, me dije pensando en Connor, mientras me metía en la cama sabiendo que al día siguiente me costaría levantarme. Era increíble como cada mañana se convertía en un desafío, porque el dolor parecía crecer de nuevo mientras dormía para asfixiarme al abrir los ojos.

Pero iba a luchar contra él, ¡por supuesto! Pensé en lo que había dicho Violet, que a veces las cosas se ven mucho mejor desde la distancia. Y decidí que yo iba a liberarme de una vez.

Decidí que olvidaría a Connor, porque no merecía ni una pizca más de mi energía, ni una más de mis lágrimas. No quería mirar atrás en el futuro, y pensar que había malgastado demasiado tiempo sufriendo por él, perdiéndome parte de mi vida.

Recogería mis pedazos, antes de que se dispersaran más.

10. Al crecer, lo demás empequeñece

19 de febrero de 2022, 13h. Pista 10: Those songs.

Anoche me dolió tanto la cabeza y me costaba tanto respirar que tuvieron que dormirme. Cogiéndome la mano con fuerza, Tonny me ha susurrado esta mañana que ha sido por una complicación. Pero no me lo he tomado tan mal como esperaba. Ahora tengo la sensación de que mi cuerpo me habla, que me avisa de que está llegando el final. Hemos hecho las paces, y hemos aceptado lo que está por venir. Nos hemos unido para intentar zanjar nuestro humilde capítulo en la historia del mundo.

Y cuando me he despertado a media mañana después de una siesta impuesta por los medicamentos, me he llevado una alegría increíble. He abierto los ojos y no estaba sola en la habitación. La chica de piel morena y pelo rubio que me miraba contenta me ha dejado patidifusa.

—¡Margo! —he gritado.

Se ha reído cuando me he estirado todo lo posible para abrazarla, esquivando los cables del suero que me han vuelto a poner porque apenas retengo la comida. Otra vez, ya ves.

—¡Margo! ¡Qué haces aquí!

—Venir a verte, por supuesto —me ha respondido muy pizpireta ella, tal como la recordaba—. He seguido en contacto con tu hermana todo este tiempo y me las he arreglado para venir a verte cuando me ha dicho que...

Ha hecho una pausa. Seguro que estaba pensando si explicarme que ha venido porque he despertado, o porque mis ojos no seguirán abiertos mucho tiempo.

—No pasa nada —le aseguro—. Yo ya sabía que una llama como yo no duraría mucho.

—Eso es porque brillas muchísimo.

La he mirado, sin poder creer aún lo que veían mis ojos. Es la Margo que recuerdo, pero si antes llevaba el pelo en tirabuzones, ahora lo tiene corto por la mandíbula y liso. Si antes vestía tops con escote y minifaldas para resaltar lo escultural de su cuerpo, ahora lleva pantalones estrechos y jerséis con cuello de pico. Sexy pero más elegante, desde luego. Y veo que, como yo, también tiró la mayor parte de su maquillaje a algún agujero oscuro. Sujeta un café entre las manos, algo que también me resulta totalmente ajeno en ella. Pero claro, han pasado más de tres años. Y ella, como mi hermana, también ha crecido.

—Pero bueno —le he dicho cruzando las piernas bajo las sábanas—. Cuéntame qué ha sido de tu vida. ¡De la de todos! Antes del accidente habías empezado a estudiar Audiovisuales, si no recuerdo mal.

Ha sonreído contenta, y como la Margo de antes se ha extendido en un relato vívido y lleno de ocurrencias. Me ha explicado que se licencia este año, pero que su carrera desaparecerá pronto como tal, y que tendrá que escoger algo más concreto si quiere llegar a algo. Que seguramente hará un máster para especializarse en creación de documentales.

Por su forma de hablar, me doy cuenta de que ha cambiado mucho. Creo que ya lo estaba haciendo cuando volví a casa y quedamos un par de veces antes del incidente. Éramos casi como dos extrañas, incómodas por las cosas que habían pasado, pero que en el fondo podíamos descubrir una sintonía común mucho más perfecta si nos abríamos un poco. Solo que no nos dio tiempo a tenernos la una a la otra de nuevo.

—¿Y qué hay de los demás? —le he preguntado cuando ha terminado su biografía, asegurándome que ahora no quiere ningún hombre en su vida, al menos hasta que se licencie.

—Pues no sigo en contacto con casi ninguno de ellos —me ha confesado—. Con el que sí que hablo ahora a menudo es con Jaime, que está haciendo un doctorado en la universidad donde yo quiero hacer el máster. Es posible que quedemos pronto, cuando vaya a ver el sitio.

Me he pasado la lengua por los labios. Creo que la Margo de ahora y el Jaime que ya maduró antes que nosotras, cuando se planteó si podría ser padre, harían una pareja estupenda.

—Me envía muchos recuerdos para ti —me ha asegurado Margo sacándome de mi fantasía—. Dice que eras la más auténtica de todos.

Me he reído, pero me ha salido más bien una mueca.

—También era una lianta —he reconocido a modo de disculpa.

—Eras fuego, como tú decías, y el fuego quema. Pero también ilumina y calienta. Sabes, después del accidente... pensé mucho en ti —me ha asegurado muy seria, y me ha cogido la mano—. Me di cuenta de cuanto te echaba de menos. Te quería mucho, muchísimo. Y si alguna vez pensé mal de ti fue por envidia y miedo. Sentía que no era nada a tu lado. Luego me di cuenta de que no era culpa tuya. Debí haber pensado que yo también valía mucho. Y que cualquier chico que te mirara más a ti que a mí no me merecía, y punto. Al menos ahora lo sé, y quería decírtelo.

Se me han humedecido los ojos, y a ella también. Creo que es consciente de lo importante que es para mí que me haya dicho todo eso. Y creo que ella necesitaba exorcizar esos demonios mientras pudiera.

—¿Te acuerdas de aquella canción de la que hablamos el último día que nos vimos? —me ha preguntado—. ¿La de aquel grupo que luego resulta que nos gustaba tanto a ti, a mí y a tu hermana, cada una por nuestro lado?

Me acuerdo perfectamente. Aquella conversación fue la que me hizo ver que no solo yo, sino al menos también Margo, estábamos evolucionando. Solo que cuando quedamos para dos días más tarde yo ya no aparecí, y no pudimos seguir profundizando en nuestro reencuentro.

—Claro que la recuerdo —le he contestado contenta—. ¡Mira!

He sacado el iPod, le he dado un auricular, y he buscado la canción Those songs de los Noisy Minds. Me he reído con la parte que Margo ha decidido cantar en voz alta, porque ilustra perfectamente aquella loca juventud que vivimos juntas:

We only listened to those songs:
(Solo escuchábamos aquellas canciones:)
The wild, reckless ones.
(las salvajes y temerarias.)
Those that pushed us
(Aquellas que nos empujaban)
to live carelessly and thirsty for life.
(a vivir despreocupados y sedientos de vida.)

Cuando al fin Margo se ha ido, resistiéndose a levantarse de la silla porque sabía tan bien como yo que no vamos a volver a vernos en este mundo, nos hemos abrazado más fuerte que nunca.

—Gracias, no sabes cuánto ha significado tu visita —le he asegurado mientras nos mirábamos por última vez.

—Gracias a ti, por formar parte de mi vida —me ha respondido—. Y por ayudarme a redirigir mi futuro incluso mientras estabas dormida.

Antes de que se fuera le he hecho prometerme que quedaría con Jaime. Estoy segura de que lo hará, porque ha sonreído. Y eso me ha gustado mucho.

Porque ¿sabes qué es lo bueno de saber que será la última vez que veas a alguien? Que no te da vergüenza decir lo que piensas realmente. Desaparecen los orgullos, los miedos, los pasados y los futuros. Solo queda el presente, y lo que cada persona ha significado en tu vida.

Me gustaría pensar que, si alguna vez tienen una hija, Margo y Jaime la llamarán Violet. Sí, sería bonito. Vuelvo a escuchar Those songs mientras me relajo un poco en la cama, porque me duele la espalda. Y pensando en mi hermana, en Margo y en mis padres, yo canto un fragmento bien distinto:

Now that I've grown up
(Ahora que he crecido)
and face loneliness with a heart full of scars,
(y me enfrento a la soledad con un corazón herido,)
I banish those songs to the back of my mind.
(veto esas canciones al fondo de mi mente.)
And stick to the melancholic ones
(Y me aferro a las melancólicas)
thinking with a rueful smile.
(con una melancólica sonrisa)

Yo ya no seré nunca una anciana. Ni siquiera llegaré a los veinticuatro. Pero he

madurado lo suficiente para entender algunas de las cosas que son importantes de verdad. Y si de mí depende, las personas a las que quiero sí tendrán esa existencia maravillosa y cálida que todo el mundo merece. Así que aprieto el botón para llamar a la sala de los enfermeros, y le pido a Tonny que haga venir a mi hermana esta tarde. Le concederé las cosas que quiere, pero siempre que ella me dé otras a cambio. Y algunos secretos quedarán dichos, sí.

Cerré el diario sabiendo que tendría que ducharme y desayunar corriendo para no llegar tarde a clase. Pero había valido la pena levantarse pronto, desde luego. Estaba emocionada y se me saltaban las lágrimas, supongo que debido al cúmulo de emociones que estaba experimentando aquellos días tan intensos y extraños, en que se unían el presente y el pasado.

Como dice papá, a veces se concentran muchas cosas, y es difícil gestionar a la vez lo que llevarías sin problemas por separado.

Sentí verdadera pena por Violet. Ojalá pudiera decirle que ya había hecho increíblemente feliz a alguien. Si hay un cielo, espero que pueda ver desde allí arriba que así es, porque a mí me estaba haciendo la sobrina más feliz del mundo al compartir sus memorias conmigo. Y me hubiese gustado decirle que su vejez habría sido fantástica, porque habría tenido al menos una sobrina que siempre la adoraría. Mientras me levantaba de la cama, me pregunté dónde estaría Margo, y si se habría casado con Jaime. Si se acordarían de Violet a menudo.

Pero, por otro lado, tenía cierta aprensión. Sentía un hormigueo que, aunque no llegaba a ser un temblor, me removía por dentro y por fuera. Porque empezaba a intuir qué era lo que le pidió mamá. Eso explicaría, en parte, por qué habían tardado tanto en tenerme papá y ella. Nunca creí que pudiera ser hija de Violet, porque eso era imposible. Pero sí empezaba a pensar que podía ser algo muy distinto, y que tendría muchas más consecuencias.

Y entonces pensé en mamá, y en sus posibles motivos, y me pregunté si podría enfadarme con ella.

Cuando bajé a desayunar papá ya se había ido. O ni siquiera había venido a dormir, y había dado alguna cabezada en el sillón de su despacho, o en las salas del centro solidario.

Arrugué la nariz y me di cuenta de que empezaba a preocuparme por mis padres tanto como ellos se preocupaban por mí. No sé si era por el diario de Violet, o porque yo ya había empezado a sentirme más mayor, pero sí sé que, en aquel momento, me di cuenta de que mis padres y yo empezábamos a tener una relación más igualitaria. Como si estuviésemos en el mismo nivel de la plataforma de la vida.

Por una parte me gustó, porque me hacía mayor, y eso era mi pasaporte hacia la libertad y la independencia, y la posibilidad de construir mi camino y dejar mi huella. Pero por otro lado, era una sensación estremecedora, porque ya no habría vuelta atrás. Nunca podría volver a ser la niña que sabía que sus padres podrían solucionarlo todo, y que solo tenía que ir hasta ellos para que le curaran las rodillas heridas. No solo eso,

sino que algún día sería yo la que les sostendría a ellos.

Así que, cuando me senté al lado de mamá para tomar el desayuno que ella ya había metido en la CocinoYo para mí, casi ni me sorprendí cuando la miré con la misma expresión con la que me miraba ella cuando yo había hecho algo malo. El sol entraba a raudales por el ventanal que estaba encima del fregadero, y vi cada una de las arruguitas de su rostro, aquellas que apenas delataban su edad. Ya no éramos tan diferentes. Me daba cuenta de que, al crecer, yo ya no era tan pequeña respecto a lo que estaba a mi alrededor. Cómo cambiaba la perspectiva.

Mamá me miró y se estiró del pelo. Pensé entonces en mi manía de morderme los labios, tan parecida a la de tía Violet de humedecérselos. Y en que la forma de expresarnos me había parecido tan cercana tan a menudo, como si me estuviese hablando a mí misma...

—¿Qué locura creo que hiciste, mamá? —me salió sin poder evitarlo.

—¿Te refieres a la primera o a la segunda? —me preguntó en un susurro y con una sonrisa triste, tras unos instantes de tribulación.

—De la primera aún no tengo ni idea. La segunda... la intuyo.

La sonrisa de mamá se extendió un poco más, pero con ello se agudizó su tristeza de una forma casi surrealista.

—A veces se hacen locuras por amor. Por todas las clases de amor, no solo el romántico —me respondió—. No es una excusa, me temo. Pero es la única explicación que puedo darte, cariño. Ya te he dicho que todos cometemos errores, si es que quieres considerar así lo que yo hice. Y si es así, lo siento.

Asentí, pensando que apenas me quedaban unas páginas de las memorias.

—Espera a que acabe el diario, y hablaremos entonces —le propuse.

Seguimos desayunando en silencio, aunque no era incómodo. Conocía mejor a mamá, pero sus flaquezas no la hacían distinta. De hecho, creo que me sentía más cerca de ella que nunca, porque entendí al fin que también era humana. Y yo ya no me sentía tan avergonzada ni tan indigna.

—Mamá —la llamé cuando nos levantamos, mientras yo tiraba los restos del desayuno en el procesador orgánico y ella guardaba los platos sucios en la LavoYo—. ¿Qué día murió tía Violet?

Mamá se irguió y miró hacia el techo, aunque no necesitaba hacer cálculos porque su respuesta fue rápida.

—La triste madrugada del 22 de febrero de 2022 —me dijo—. Me gusta pensar que se durmió tranquila, y que se despertó en un sitio más amable que el que dejaba atrás.

Sonreí. Era un pensamiento bonito. De aquellos frívolos y mentirosos de los que había hablado tía Violet, que permitían mantener el mundo y a las personas en pie mientras les tocara seguir existiendo. De aquellos, como el: «todo saldrá bien», que necesitamos decirnos a nosotros mismos cuando nos vamos haciendo mayores.

11. Volver a latir

Cuando salí de clase aquel día estaba un poco nerviosa. Que Connor se veía con Mónica era una noticia que había corrido ya como la pólvora, y aunque desde pequeños nos enseñan a ser respetuosos y discretos, aquella tarde me observaron los que me conocían bien en la academia.

Porque todos sabíamos que los lunes y martes no había peligro, porque estaba en la universidad todo el día, pero que los miércoles, jueves y viernes Connor siempre venía a buscarme para ir a tomar algo. Y no podían evitar preguntarse, igual que hacía yo, si se atrevería a hacer lo mismo con Mónica cuando no hacía apenas ni una semana que me había dejado.

Me alegra pensar que me gané aún más el respeto de mis compañeros, porque se daban cuenta de que, aunque me costaba, lo llevaba con dignidad y pragmatismo. Y eso hacía que una parte de su piedad se convirtiera en admiración. A lo mejor hasta les daba esperanza para sí mismos, porque seguro que habría más de un corazón roto entre ellos. Siempre los hay.

Por suerte Connor no apareció aquella tarde, que yo supiera, al menos, y tengo que reconocer que fue un alivio.

—Pero tengo que hacerme a la idea de que algún día ocurrirá —le dije a Anna de camino a casa.

—Eso también es verdad —reconoció—. ¿Quieres que tomemos algo? ¿O prefieres seguir con el diario hoy también?

—La verdad es que me gustaría terminarlo —reconocí—. Ya no me queda mucho para llegar al final.

—Tranquila, no hay problema —me aseguró mientras nos deteníamos en la esquina en la que nos separábamos, bajo la morera con la que siempre nos escudábamos del sol—. Se me hace raro pensar que, cuando termines, es porque tu tía habrá muerto. Quiero decir que lleva muerta muchísimos años, pero ahora mismo es casi como si estuviese viva. Y parece que se vaya a morir otra vez.

—Lo sé.

Por eso, porque sentía que cuando terminara sus memorias la mataría de nuevo, aquella tarde decidí arreglar un poco mi habitación y hacer algunas de las tareas que tenía pendientes, como limpiar las cuchillas de mis patines para que estuvieran listos para el hielo en el pabellón. En invierno y primavera, cuando no podíamos hacer espeleología, yo hacía patinaje porque me sentía en paz en el frío.

Pero la verdad es que lo hice todo más rápido de lo que acostumbraba, y mientras volvía a guardar los patines con las cuchillas ya limpias y afiladas, pero no tanto como lo hubiesen estado si me hubiese concentrado de verdad en lo que hacía, me dije que tendría que trabajar en mi fuerza de voluntad más a menudo.

Aun así me senté rápidamente con el diario, mirando el reloj, calculando que tenía menos de una hora antes de que mamá y papá llegaran a casa y me llamaran para cenar.

19 de febrero de 2022, 19h. Pista 11: Heart-heart.

Mi hermana se las ha arreglado para llegar puntual a las cuatro de la tarde, cuando empieza el horario de visitas. Y yo he hecho lo posible por estar a pleno rendimiento, sepultando el dolor y el cansancio en el fondo de mi mente. Pero no ha podido evitar mirarme con ojo crítico, y el ceño fruncido.

—¿Cómo estás?

—Muriéndome —le he respondido con una carcajada, bastante llena de verdadero humor, por cierto—. Dime cómo estás tú, que es lo importante. Eres la que tienes años y años de vida por delante.

Me he alegrado de verla sonreír. Me alegro de saber que acepta mi muerte con tranquilidad, aunque vaya a dolerle, igual que mis padres están tranquilos pensando que no sé que me quedan solo unos días.

—¿Qué te han dicho que te pasa? —me ha preguntado mi hermana con curiosidad.

—Tengo un virus de los que pululan por el hospital, y me ha afectado a los pulmones y al sistema digestivo porque tengo las defensas bajas. Pero me recuperaré, claro.

—Claro —ha murmurado ella, aunque de forma un tanto ausente—. Es casi creíble.

Sí, y me alegro mucho de ello. Porque simular que me creo una excusa más cutre me habría hecho parecer demasiado tonta. Y mi capacidad para sabotear mi dignidad tiene un límite, aunque a veces no lo parezca.

—Tonny me ha dicho que querías hablar conmigo —me ha dicho mi hermana sentándose, yendo al grano, como siempre.

—Me gustaría que me hablaras de ese novio que me han dicho que tienes.

Se dice que siempre es difícil presentarle un novio o una novia a la familia, porque no solo lo estás formalizando más con ese acto, sino porque estás introduciendo un elemento nuevo en un grupo antiguo y no sabes qué va a pasar. Pero es que, en nuestro caso, el historial es bastante dramático con el tema de mi hermana. Poco después de que conociera a su primer novio, él acabó muerto y yo en el hospital.

Antes de explicarte lo cómico que ha sido verla perder su entereza por primera vez en su vida, volvamos al pasado un momento para que entiendas todo lo que ahora va a pasar.

Yo llevaba casi tres meses en casa, y habían pasado seis semanas desde que vomitara la comida por última vez, cuando Margo me sorprendió llamándome un viernes y proponiéndome que saliéramos por la noche a tomar algo en plan tranquilo. Es decir, sin novios que pudieran interponerse entre nosotras, como

seguro que ahora ya has comprendido.

No nos habíamos visto desde antes de que yo me marchara, y estábamos tomando unas cervezas en un bar que nos gustaba, cuando entró mi hermana con sus amigas. Nos saludamos, claro, ahora con mucho más afecto. Y fueron a sentarse a una mesa lejana para que todas pudiéramos hablar de nuestras cosas sin avergonzarnos.

—Hoy la corona se la lleva definitivamente tu hermana —me dijo Margo.

A mi hermana y sus amigas las habíamos llamado siempre «Las Modositas», porque vestían de una forma que considerábamos demasiado sosa y recatada para su edad. Ahora te habría dicho que vestían sobrias pero elegantes, que también está bien. Eran de estilo gótico sutil, con mucha ropa negra y otros tonos de oscuro que yo solo hubiese llevado en un funeral. Así que, cuando nos las encontrábamos antes de que yo me fuera de viaje sabático y recuperara un nuevo respeto por mi hermana, le poníamos la corona de Madre Superiora a la que pudiera encajar mejor en un convento de monjas.

—Será porque su novio no está con ella —murmuré.

Margo soltó una carcajada, porque recuerda que por aquel entonces aún no habíamos reconocido ninguna de las dos que habíamos empezado a madurar.

—Yo, cuando salgo sin mi novio, aprovecho y me destapo más —me aseguró, y yo lo podía jurar—. Por cierto, ¿ya conoces a ese Diego?

—No —le contesté—. Se ve que lo llevó a casa varias veces en Navidades, pero luego ya empezaban a quedar siempre por ahí. Aunque mis padres están muy contentos. Dicen que es un chico muy majo, por eso no les importa que sea dos años mayor que ella.

—Ya —murmuró Margo.

Entendí su mohín, porque sabía a ciencia cierta que a sus padres no les había gustado ninguno de sus novios. Y con razón.

Pero entonces se produjo uno de aquellos giros del destino que lo cambia todo, y un rato después, mientras charlábamos de nuestras cosas, un chico con el pelo castaño claro y repeinado, bastante guapo, entró en el bar. Se dirigió hasta la mesa en la que estaban mi hermana y sus amigas, y le dio un beso en los labios. La hizo levantarse, la miró de arriba abajo y luego se sentó y la sentó sobre sus rodillas, porque apenas había sitio en la mesa.

Margo no se lo pensó y cambió la orientación de su silla para poder observarlo sin mucho disimulo. No paró de hablarme de que si era guapo y que por edad nos correspondía a nosotras y no sé qué más, pero yo no podía dejar de analizar cada detalle del panorama que tenía delante. Porque había algo que me mosqueaba, y no sabía qué era. Quizás de repente me estaba saliendo una vena sobreprotectora, pero lo cierto era que algo no me gustaba. En absoluto.

Así que, cuando vi que mi hermana y su novio se levantaban y se despedían de sus amigas para salir del bar un rato después, me levanté a su paso y sonreí como si me alegrara enormemente de aquella perfecta ocasión para conocer a Diego, cosa que era cierta.

Mi hermana se hizo a la idea y le explicó que yo era Violet, y nos presentó. Diego se acercó a darme dos besos.

—Encantado de conocerte al fin —me aseguró.

Fue muy educado, aunque sus ojos me repasaron de arriba abajo de una forma que no me gustó. No me hubiera molestado tanto viniendo de cualquier otra persona, pero del novio de mi hermana... O al menos ahora sí. Y aún me gustó menos ver que mi hermana hundía los hombros y humillaba un poco la mirada, como si de repente hubiera bajado su jerarquía en aquella pequeña reunión.

—Bueno, tenemos que irnos —dijo Diego unos instantes después—. Pero espero que nos volvamos a ver pronto, Violet.

—Claro, yo también —le aseguré manteniendo mi sonrisa en su sitio, y mirando a mi hermana añadí—: Pásalo bien.

—Ah, bueno, es que yo me voy a casa —dijo—. Estoy cansada.

Se despidió con prisas y se llevó a su novio con ella.

Me quedé un poco escamada por aquel asunto así que, cuando un rato después las amigas de mi hermana salieron para colarse en algún pub gótico, las detuve. Eso las sorprendió mucho porque debían de saber, tan bien como sabía Margo, que mi hermana y yo habíamos orbitado siempre en universos distintos.

—¿Por qué mi hermana no va con vosotras? —les pregunté.

Todas miraron hacia cualquier sitio menos a mí, aunque parecían molestas. Menos Ángela que, por lo que yo sabía, era la mejor amiga de mi hermana, y parecía realmente frustrada y furiosa.

—Diego no la deja —aseguró.

—¡Ángela! —dijo otra cuyo nombre no recuerdo.

—¿Qué pasa? —repuso Ángela—. ¿Es verdad o no?

Luego volvió a mirarme, sin duda esperando que yo pudiera suponer un cambio en la dinámica en la que fuera que estaban metidas en aquel momento con mi hermana.

—Cuando Diego quiere salir solo con sus amigos, tu hermana se va a casa —dijo—. No la deja salir sola con nosotras. Ya no.

Me quedé patidifusa, aunque notaba que algo empezaba a hervir sutilmente en mi interior. Incluso Margo se quedó mirándolas con la boca abierta de sorpresa e indignación.

—¿Que no la deja? —repetí, y pensé en mi hermana y en lo claras que había tenido ella siempre las cosas, como si se moviera por encima del mundo en vez de dentro de él—. ¿Y ella por qué le hace caso?

Otra de las amigas de mi hermana, la que había hablado antes, se interpuso delante de Ángela.

—Ahora no nos vengas de hermana preocupada —me espetó—. ¿No le dijiste que saliera y tuviera una vida y se soltara? Pues mira, te hizo caso. Y hasta aquí hemos llegado.

Les ordenó que se fueran, y las demás la siguieron como buenos perritos falderos que eran. Pero mientras se alejaban Ángela me miró, y parecía pedirme

ayuda con la mirada. De hecho, el miedo de sus ojos se me clavó en el alma y me asustó.

—¿Qué ha sido todo eso? —dijo Margo aún asombrada.

—No lo tengo claro —murmuré clavada allí de pie, como una estatua.

Pero sí sabía una cosa, y era que aquello apestaba. Porque de repente me vinieron a la cabeza todas las miradas y palabras extrañas de mi hermana, y empecé a atar unos cabos que no me estaban gustando nada. Por una vez estaba deseando equivocarme en mis pensamientos. Solo que aquella vez, quizás la primera, yo tenía toda la razón.

Cuando llegué a casa aquella noche, me fui directa a la habitación de mi hermana. No la encontré, así que abrí la puerta del baño para cruzarlo. Y allí estaba. Tenía el antebrazo debajo del grifo, refrescando un moratón mientras en sus ojos brillaban las lágrimas. En lo que me parecieron fracciones de segundo se había bajado la manga y se había secado la cara, como si nada hubiera pasado. Pero mientras la miraba asombrada, me di cuenta de que parecía realmente derrotada. Tanto, que aquella vez no consiguió ocultarlo.

Se sentó en el borde de la bañera, porque debía de intuir que no iba a dejarla salir de allí como si nada. Y yo, en vez de saltar y gritar y dar rienda suelta a toda mi ira, respiré hondo y me senté reposadamente sobre la tapa del inodoro.

—¿Sabes? —le dije recordando a la señora alemana—. A veces va muy bien revelar un secreto. Aunque sea solo uno y pequeño.

Asintió, aunque no se atrevía a mirarme a la cara. Al final lo hizo, y me susurró:

—Diego me da miedo.

Y así, con aquel pequeño gran secreto, se inició el engranaje del destino que llevaría al fin de su calvario. Porque yo supe que el infierno también podía venir empaquetado en forma de novio aparentemente perfecto, y no iba a permitir que mi hermana siguiera sufriendo.

No te contaré los detalles de aquella relación insana, porque eso sí es algo que solo puede explicarte, si quiere, tu madre. Y sí, puedes preguntárselo. Solo te diré que Diego era el ser más vil y desalmado que ha habido jamás en el planeta tierra, y que tenía atrapada a mi hermana en una situación en la que debía de haberse metido por amor, y que ahora solo mantenía por miedo. Bueno, quizás quedaba algo de amor. Pero ese amor que duele y que angustia no es sano, y es mejor arrancarlo aunque escueza el tirón.

Lo que pasa es que me temo que no era tan simple como que le dejara y punto. Porque Diego podía arruinarle la vida gracias a unas fotos que ella se había dejado tomar a lo tonto, y un video que se habían hecho juntos y que él había jurado que borraría.

—Algo haremos —le prometí a mi hermana, que en aquel momento se deshacía en un torrente de lágrimas silenciosas, de las muchas que ya debía de haber llorado a solas—. Te sacaré de esta, aunque sea lo único que haga bien en esta vida.

La abracé con fuerza, y ella se aferró a mí como si yo fuera lo único que la

anclaba en aquel momento a la cordura. Así que ya puedes imaginarte si estaba decidida a cumplir mi promesa.

Volviendo al presente, en el que Diego habita una tumba y mi hermana tiene un novio nuevecito que ha prometido traerme, estaba nerviosa. Seguro que ahora entiendes por qué.

—¿Estás bien con él? ¿Le quieres y te quiere de verdad? —le he preguntado.

Se ha puesto roja, mirando a todas partes menos a mí, y ha tartamudeado mientras me decía que sí, que mucho. Me he reído porque estaba ridícula por primera vez en su vida. Pero si me he burlado ha sido sobre todo porque parece feliz, y eso me ha quitado un gran peso de encima.

—Lo sabe todo —ha susurrado al final—. Y me quiere incondicionalmente.

Lo ha dicho tan convencida, con tanta seguridad, que me ha conmovido. Me ha hecho preguntarme cómo debe de ser lo de sentir algo así por alguien. Quizás ha visto la confusión en mi rostro porque me ha dicho:

—¿Tienes tu iPod?

Se lo he dado y, tras buscar una canción de la discografía que ha debido de escuchar muchas veces durante estos años, mientras yo dormía, me lo ha devuelto.

—Así es como me hace sentir.

He reconocido la canción al momento: Heart-heart. Mientras la escuchábamos, como Margo esta mañana, también mi hermana ha canturreado su trozo especial, el que la conmueve y la hace sentir viva:

I was so broken, I was so sad.

(Estaba tan roto, estaba tan triste.)

I shone once and became a dead star.

(Una vez brillé, pero me convertí en una estrella muerta.)

But then I found you, and I came back to life.

(Pero luego te encontré, y reviví.)

Cause you became slowly the beat of my heart-heart,

(Porque te convertiste lentamente en el latido de mi corazón-corazón,)

heart-heart, heart-heart...

(corazón-corazón, corazón-corazón...)

Ha sonreído con lágrimas en los ojos, pero sé que se deben a que justo en este momento se siente feliz.

—Sí. Así es como me hace sentir —me ha asegurado—. Cuando todo estaba oscuro, me ayudó a llegar de nuevo hasta la luz. Me hizo latir otra vez.

Su confirmación me ha hecho sonreír, y estar más segura de todo.

—Tráeme mañana a tu novio. Y después te daré una respuesta a tu petición.

No se ha podido negar, porque sabe que lo que le he pedido es algo justo. He visto esperanza en sus ojos, porque igual que le pasa con su novio, también conmigo está viendo un faro en su oscuridad particular.

Tengo que reconocer que, cuando se ha ido, he sentido una pequeña punzada de dolor. A mí me engullirá pronto esa oscuridad infinita que ninguno podemos eludir para siempre, y por primera vez en días me ha dado pena otra vez. Y he pensado en Chris.

Me hubiese gustado saber cómo es ese amor, el de verdad. El que te hace feliz y te alivia más penas de las que te impone. Ya no lo sabré nunca, me temo. Qué le vamos a hacer.

12. Quien provoca tu sonrisa

Al sentarnos a cenar aquella noche de miércoles, estuve debatiéndome un rato sobre si preguntarle a mamá por Diego o no. Papá y ella hablaban de algo del trabajo, incluyéndome en la conversación con miradas y asentimientos que yo correspondía, pero mi mente seguía en aquel pasado lejano que, estaba segura, mamá recordaba como si fuese ayer. Y también estaba segura de que eran muy conscientes de ello, porque me miraban a la expectativa, sin duda preguntándose cuándo terminaría de leer las memorias de tía Violet y podríamos hablar libremente de ello. Sin duda esperaban mis preguntas y, quizás, mis recriminaciones.

Al final decidí que, como tía Violet me había dado permiso, sacaría el tema. Quizás papá se sentiría incómodo pero sabría cómo sobrellevar la situación.

—Mamá —les interrumpí, haciendo que ambos callaran inmediatamente para mirarme—. Violet me ha dicho que hay un tema por el que puedo preguntarte. Aunque no sé si va a gustarte...

—Pregunta lo que quieras sin miedo, cariño. Es lo que siempre te decimos.

Eso era verdad. Siempre me habían animado a preguntar y hablar sobre cualquier cosa que se me metiera en la cabeza. Por embarazoso que fuera.

—Vale. ¿Qué pasó con aquel Diego? ¿Qué te hizo?

Mamá encogió un poco los hombros y papá le puso una mano en la rodilla. Así es como enfrentaron mi pregunta. Una bastante difícil, como entendí después.

—Bueno, cariño, me hizo muchas cosas —me respondió. Se notaba que estaba meditando su respuesta, porque tenía los ojos fijos en algún punto por detrás de mí, en los libros de la vitrina del comedor—. El problema es que me dejé hacer más de las que debería.

—No fue culpa tuya —la interrumpió papá—. Por lo que yo sé, aquel tipo era un sociópata y un asesino en potencia.

Mamá le puso una mano en el brazo con cariño; era obvio que ya habían mantenido aquella conversación antes.

—Yo te puedo asegurar que lo era, era un sociópata —reconoció—. Pero me dejé arrastrar más de una vez aun sabiendo dónde me estaba metiendo. Y esa parte es mi culpa.

Entonces me miró, y me preparé para oír hablar del sufrimiento de mi madre.

—Conocí a Diego una noche que había salido con mis amigas. Por no tener que aguantar a Violet, por cierto. Estábamos en un bar que nos gustaba porque ponían música *heavy metal*, y le vi en la barra con sus amigos. Era alto, guapo, iba muy bien vestido y derrochaba seguridad en sí mismo.

—Como muchos sociópatas —murmuró papá.

Mamá le apretó el brazo con una sonrisa para poder seguir hablando.

—Al cabo de un rato se acercó a hablar conmigo. Tu padre te podrá corroborar que no soy nada fácil de conquistar, porque siempre he sido una chica cauta. Pero en aquella época Violet me daba un poco de envidia por lo intensamente que vivía, y después de un par de semanas de vernos, empecé a salir con él.

—Entonces, ¿de verdad fue en parte por culpa de Violet?

—No, cariño —me aseguró mamá—. No fue culpa de ella. En parte fue por su causa, pero no por su culpa. Son cosas muy distintas. Los primeros meses todo fue estupendo, y Diego era todo un caballero. Era el chico soñado. Pero luego la cosa fue cambiando, y me hizo cambiar a mí. Se las arregló para hacerme sentir responsable y culpable por las cosas que no le gustaban. Hay gente que es muy buena en eso.

—Desde luego —murmuró papá.

—El caso es que poco a poco empecé a llevar la ropa que a él le parecía bien, y a decir y hacer lo que estuviera segura que iba a gustarle. No te creas que no me daba cuenta de que aquello se estaba volviendo enfermizo. Pero no sabía cómo arreglarlo. Probé llevándolo a casa, a ver si papá se daba cuenta de lo que estaba pasando, pero volvió a sacar su máscara de chico bueno y le adoraron. Supongo que en algún momento se dio cuenta de que estaba intentando librarme de él, porque un día me enseñó unas fotos y un video que me juró que había borrado, y me amenazó con difundirlo en las redes sociales que teníamos en nuestra época si le dejaba o le cabreaba demasiado.

—Pero eso podía denunciarse, ¿no? —les pregunté confundida.

—Sí, cariño, claro. Sobre todo porque tu madre todavía era menor de edad —me explicó papá—. Pero el daño ya estaría hecho igualmente, ¿entiendes? En nuestra época, las redes eran como un organismo vivo que estaba en todas partes, y apenas había legislaciones para protegernos. Por suerte, luego todo eso cambió. Si no, no sé qué habría sido de nuestra sociedad, la verdad sea dicha.

Mamá asintió mientras yo pensaba en aquella época en que la gente se relacionaba más dentro del mundo virtual que fuera. Ahora las redes apenas se usan ya salvo para trabajar o estudiar. Y a nadie en su sano juicio se le ocurriría colgar información privada de otra persona, porque ahora sí se le caería el pelo.

—No quería ni pensar en cómo afectaría aquello a tus abuelos —dijo mamá—. Esa fue mi primera gran locura, cariño. Someterme al miedo en vez de dar la cara y luchar. Debería haber denunciado, por supuesto. Y hablarlo con mis padres, que me habrían apoyado. Pero no lo hice, y a partir de ahí todo fue a peor, porque yo me achiqué y él se creció. Incluso llegó a ponerse violento.

—Como la noche en que conoció a Violet en el bar —murmuré.

La mirada de mamá se clavó en mí, y me dolió su preocupación. Pero sobre todo me dolió su anhelo por recuperar a tía Violet, aunque fuera a través de los recuerdos. Después sonrió de nuevo. Era algo que a mamá se le da tan bien... sacar aunque fuera el más mínimo rastro de positivismo. En aquel momento me di cuenta de lo importantes que eran sus sonrisas para mí, de lo mucho que dependía de ellas para convencerme de que todo estaba bien. Quizás tanto como ella había dependido del fuego de tía Violet.

—Sí cariño, como aquella noche. Creo que hablar con Violet en aquel momento me salvó la vida. O la entereza, al menos.

—Explicar un secreto de vez en cuando ayuda, ¿no es así? —dije.

—Exacto —se rio, e hizo una mueca—. Y no quiero sermonarte, pero aprende de la experiencia de tu madre y créela cuando te dice que siempre es mejor afrontar las consecuencias que vivir con el temor de lo que pueda pasar. Sobre todo si alguien intenta crecerse a tu costa.

—Claro, mamá —le prometí para que se quedara tranquila.

No quería que estuviera triste, así que cambié de tema.

—Al menos con papá te salió mejor —bromeé.

—Claro que sí —me aseguró cogiéndole la mano.

Pensé en la canción de la que le había hablado mamá a tía Violet y agradecí a papá que apareciera en su vida y se convirtiera en su latido particular.

—Aunque no me lo puso fácil —murmuró papá riéndose—. ¡Encontrar un unicornio hubiese sido más sencillo!

Mamá le dio un codazo en las costillas. Aproveché que estaban de nuevo animados para terminar mi *soufflé* a toda prisa y excusarme para irme arriba. Ahora que comprendía el infierno de mamá, me moría de ganas de saber cómo había terminado todo aquello con la muerte de Diego y de tía Violet. Al menos mamá parecía haberse recuperado y ahora tenía a papá.

Cuando me senté en la cama y abrí las memorias de la tía por donde me había quedado, me fijé en la fecha de la entrada: exactamente un día antes de su muerte. Me dio un vuelco el corazón porque se acercaba el fin, y aún tenía muchas cosas que explicarme.

21 de febrero de 2022, 13h. Pista 12: Walk together.

Parece ser que esta mañana la he pasado entera durmiendo, y ni siquiera soy consciente de ello. Y lo mismo me pasó ayer. Creo que eso es lo que me da más miedo de todo: irme sin darme cuenta. Sin despedirme, aunque sea de esta habitación que ya se ha convertido en mi amiga.

Me siento bastante más débil, aunque Tonny dice que, en gran parte, se debe al montón de medicamentos que me están dando. Pero no me gusta. Me hacen sentir desapegada, como si lo viera todo desde fuera de mí misma. Papá y mamá han estado aquí, y Tonny me ha chivado que han llorado a moco tendido, aunque él lo ha dicho más finamente. Y que me quieren mucho, algo que me creo ya sin ninguna duda.

Su amor me alegra mucho y me hace sentir mejor, pero en parte preferiría morirme pronto. No quiero que soporten esto mucho tiempo más, y quiero irme antes de que se den cuenta de que es imposible que no sepa lo que está pasando.

Pero está claro que me queda poco. Y el tiempo que tengo todavía, tan precioso ahora, voy a convertirlo en un cuento de redención que me permita descansar en paz cuando me vaya. Así que centrémonos en la parte suculenta, que se produjo

ayer por la tarde.

Después de jugar con una comida que ya no era capaz de tragar, le pedí a Tonny que me ayudara a llegar al baño y me peiné tan bien como pude. Mis ondas caoba ya no son las de antes, la verdad. También ellas se están apagando, junto con el resto de mi cuerpo, y eso me apena. Ya ves qué tontería, preocuparme por mis ondas ahora.

Cuando mi hermana y su novio llegaron, estaban los dos un poco nerviosos. Y yo también, lo reconozco. Entraron cogidos de la mano, y pegado a mi hermana había un chico arreglado pero informal, como solíamos decir en aquella época, con unos vaqueros y una camisa que me pareció obvio que había remetido bajo la cinturilla del pantalón solo por mí. Para parecer más decente, supuse, y me pareció incongruente pero tierno. Tenía el pelo y los ojos castaño claro y una expresión desenfadada y alegre... Bueno, qué voy a decirte de él. Seguro que a estas alturas tú le conoces mucho mejor de lo que yo le conocí nunca, porque si existe un destino justo y amable este chico será tu padre.

A favor de él tengo que decir que me miraba con la simpatía adecuada pero también con cierta precaución, lo que implicaba que sabía lo suficiente de mí como para tenerme un prudente respeto. Y eso hablaba de su inteligencia, así que otro punto para él.

—Encantada de conocerte —dije dándole la mano cuando mi hermana hizo las presentaciones.

—Encantado yo —me respondió—. Y antes de nada, déjame darte las gracias por ayudar a tu hermana a salir de todo aquello. Te lo digo de corazón.

Sí, con aquello se me ganó bastante. Yo también tengo mi corazoncito, qué le voy a hacer.

Mientras me explicaban cómo se habían conocido en la universidad hacía algo más de dos años, cómo él había hecho todo lo posible por conseguir sus atenciones y cómo había aguantado estoicamente todas las evasivas de mi hermana, e incluso sus manifiestos rechazos, no pude evitar reírme con ganas. Desde luego mi princesita parecía haber aprendido la lección después de Diego, y no había regalado fácilmente su corazón a nadie.

También me pareció muy positivo cómo aceptó tu padre el drama por el que pasaba mi familia, y lo hizo suyo de buena gana. Mientras me explicaban todo aquello yo les miraba con ojo analítico, y estaba claro que había un gran amor entre ellos. Y mucha confianza y compañerismo.

Cuando estuve convencida de que les iría bien juntos, le pedí a mi hermana que me trajera un librito de pasatiempos del quiosco. Era una forma de echarla de la habitación, y ella lo sabía, pero se levantó llena de estoicismo. Le dio un besito en la mejilla a su chico y, tras una última mirada, nos dejó solos.

En cuanto la puerta de la habitación se cerró, su novio me miró con franqueza, dispuesto a capear el temporal que se le viniera encima.

—Parece que la quieres, y que cuidarás bien de ella. Espero que así sea —le advertí.

Se rio con ganas.

—Desde luego que lo haré. Pero para que te quedes tranquila, cuñada, te puedo asegurar que tu hermana es más que capaz de cuidarse sola. Con todo aquello de Diego, y todo esto de ahora también, se ha convertido en una mujer de hierro y algodón a la que admiro cada día.

Entonces me reí yo. Hierro y algodón, me encantó aquello. Me pareció preciosísimo y un encanto, lo reconozco. Pero, aun así, quería dejarle claro al pobre chico todo lo que pensaba. Era mi única oportunidad, entiéndeme.

—Si te lo ha explicado todo, seguro que sabrás que yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera por protegerla.

—Claro que sí —me respondió poniéndose serio, porque aunque mi hermana no lo sabía con certeza, seguro que le había explicado sus presentimientos.

—Pues tenlo en cuenta —le dije entrecerrando los ojos—. Porque te vigilaré aunque sea desde mi tumba, y si hace falta removeré cielo e infierno para llevarte a ti a otra. Lo hice una vez, y puedo volver a hacerlo. Te lo aseguro. Nada me detendrá si tengo que defender a mi princesita de nuevo.

Asintió con la cabeza, sin rastro de humor ahora, mirándome con una mezcla de admiración y asombro. Yo estaba delgada y demacrada y muriéndome, pero seguro que mi firmeza velaba todo aquello. Y entendió que debía tomarme en serio, así que me di por satisfecha. Mientras él le daba vueltas a si le acababa de confesar la autoría de un asesinato, yo le sonreí de nuevo.

—Pero estoy segura de que no hará falta que regrese desde mi tumba —le aseguré risueña—. Me caes bien. Aunque espero que eso tampoco se lo digas a mi hermana.

La mente del pobre chico iba a la velocidad de la luz, pero asintió para hacerme entender que aceptaba el cumplido y que guardaría aquella conversación en secreto.

—¿Qué te parece lo que me ha pedido mi hermana? —le pregunté entonces a bocajarro.

El chico, con suerte tu padre, respiró hondo.

—Me parece bien —dijo al fin—. Entiendo por qué quiere hacerlo. Y después de conocerte, la apoyo. Me hubiese gustado que hubiéramos compartido más tiempo, Violet. Te lo aseguro.

—A mí también —susurré.

Sonrió, recuperando su expresión desenfadada. Luego me miró con una especie de emoción infantil que me hizo gracia.

—Tu hermana me ha dicho que estás escribiendo tus memorias secretas. Y que te trajo un iPod con la discografía de los Noisy Minds. ¿Me lo dejas?

Señaló mi iPod. Se lo dejé, y le observé mientras buscaba entre las canciones y me decía que siempre le había gustado aquel grupo, y que era una de las cosas que le había hecho ganar puntos frente a mi hermana. Tengo que reconocer que le di unos cuantos más por méritos y buen gusto. Y estaba claro que estaba intentando ganármese a pulso. Que ya es decir, porque esforzarse para ganarse a

una moribunda no se hace así como así.

—Aquí tienes —me dijo devolviéndome mi iPod, con la canción Walk together en pausa—. Esto es lo que siento cada vez que veo a tu hermana ante mí. Es quien me hace sonreír.

Era una canción bastante peculiar para los Noisy Minds, porque era movidita y alegre como parecía serlo tu padre. Me emocionó mucho, lo tengo que reconocer. Era algo precioso para dedicarle a alguien. Y tuvo el detalle de fingir que observaba la habitación mientras yo me restregaba una lágrima. Se fijó en los tubos, y las máquinas, y su expresión se tiñó de curiosidad.

—¿Cómo es? —me preguntó con suavidad cuando me quité los auriculares.

Supe perfectamente a qué se refería. Mi hermana me había dicho que estaba estudiando Psicología, así que me sentí en la obligación de ser sincera en pro de su futura vida profesional.

—¿Morirse? Es extraño. Da miedo, pero a veces siento que será un buen descanso. Creo que ahora ya he hecho casi todo lo que podía hacer aquí, así que estoy preparada. Sí, creo que estoy preparada.

Asintió con la cabeza. Y me puso una mano en el brazo. Muchas confianzas por su parte, pero lo agradecí muchísimo. Apenas le conocía pero hacía dos años que formaba parte de mi familia. Así que era mi cuñado, pese a todo. Y estaba claro que él sí me conocía a mí.

—Por lo que a tu hermana respecta, puedes estar tranquila —me dijo—. Porque haré lo que sea para arrancarle una sonrisa cada día. Y también cuidaré de tus padres.

—Te creo —reconocí.

Algo me dijo que aquel hombre sería para siempre, y que mi familia estaría bien. Así que cuando volvió mi hermana, envié a su novio a buscarme una revista y le dije a ella:

—Respecto a tu petición... ¿por qué preguntármelo? ¿Por qué no hacerlo sin más?

Me cogió la mano y la estrechó con fuerza.

—No podía hacerlo sin más, no podía. Necesitaba que estuvieras despierta y me dieras tu permiso.

Eso me emocionó. Que me respetara me pareció precioso.

—Te doy mi permiso —le dije—. Adelante, puedes hacer lo que me has pedido, cuenta conmigo.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, y tras unos segundos, se acercó a abrazarme con fuerza.

—Gracias —murmuró.

—Gracias a ti —le susurré yo, porque al fin había entendido sus razones.

Sí, aún con lo dura de mollera que soy muchas veces, y especialmente ahora que no me funciona el cuerpo, he entendido por qué lo hace. Y espero que tú también lo entiendas.

Aun así le pedí algo a cambio de mi permiso, algo que es importante para mí.

—Pero harás una cosa, princesita —dije, y levanté el diario, este diario, de la mesita—: Si lo consigues, le darás esto. Sin leerlo. Quiero ser yo quien le explique ciertas cosas.

Aún llorando, asintió con la cabeza. Después se quedó mirándome unos segundos, cogiendo aire. Creo que estaba calculando el tiempo que creía que me quedaba. Igual que todos, aunque no se dieran cuenta.

—¿Me dirás lo que pasó en el accidente? —me preguntó con un hilo de voz, mientras su chico, tu padre, volvía a entrar en la habitación, dejaba la revista en la silla y le pasaba un brazo por los hombros.

—Lo haré —le respondí—. Ven a verme mañana, ¿vale?

De nuevo asintió con la cabeza. Estaba haciendo grandes esfuerzos por acallar los sollozos, y eso me emocionó. No es bonito provocar semejante dolor a quien quieres, pero tiene algo de lírico el saber que alguien va a llorar por ti cuando no estés. Que te van a echar terriblemente de menos, y que permanecerás en el mundo en forma de recuerdo.

Cuando se hubieron ido y con la llegada de la noche, empezó de nuevo el dolor, me puse la canción que me dijo tu padre. Y creo que me dormí así, escuchando aquella muestra de lo bonito que puede ser el amor.

La voy a volver a poner ahora. Escúchala y sabrás lo que tu padre siente por tu madre, y espero que aún sienta. Lo que alguien sentirá por ti.

Porque tienes que saber que algún día serás la luz para alguien. Para un novio, tus hijos, una buena amiga o amigo, un empleado, un jefe, un alumno... De hecho, ya lo eres, créeme. Para tus padres, sin duda eres la luz que les hace sonreír. Aunque a veces os peleéis o creas que no te comprenden. Aunque perdáis la paciencia unos con otros. Nada de eso no importa, porque el amor de verdad lo puede todo.

Eso he aprendido estos días. Ahora sé, y con eso me quedo más tranquila, que yo también hice sonreír a alguien. A la familia y los amigos de verdad, que es lo más importante.

Take my hand, laugh with me.

(Coge mi mano, ríe conmigo.)

You were so cold, but I'll warm you up now.

(Eras tan fría, pero yo te daré calor.)

Cause you know, if we walk together,

(Porque sabes, que si caminamos juntos,)

happiness will come with us.

(la felicidad nos acompañará)

The shadows will wither,

(Las sombras se marchitarán,)

our path will be bright.

(nuestro camino será brillante.)

Cause you know, if we walk together,

(Porque sabes, que si caminamos juntos,
our tears won't stop us.
(las lágrimas no nos frenarán.)

Cuando levanté la vista del viejo diario, me sentí extrañamente feliz, animada y más segura de mí misma. Gracias a algo tan pequeño pero trascendental como aquella canción tan alegre. Y también me sentí un poco incómoda. Me emocionaba mucho saber que mamá y papá se querían tanto, pero siendo su hija también me daba un poco de cosa.

Recuerdo que luego me puse seria. ¿Acababa la tía Violet de reconocer un asesinato? ¿Lo intuía papá de veras? ¿Y mamá? ¿Y tendría yo razón al suponer cuál era la segunda locura que había cometido mi madre?

Miré el reloj; eran las doce de la noche. Ojeé el diario y vi que me quedaban dos entradas por leer. Así que hice de tripas corazón y lo cerré. Me consolé diciéndome que la tía Violet merecía que leyera sus últimas palabras con calma.

Así que me metí en la cama y apagué la luz. Antes de dormirme, mi mente me recordó que aquel día apenas había pensado en Connor. Pero no me asaltaron la culpa y las dudas, me sentí bien. Y sé que aquella noche, mientras me dormía orgullosa, yo también brillé.

13. Cómo alumbrará tu alma

Voy a hacer ahora una reflexión, una de esas que te cambia por dentro, al estilo de tía Violet. Y es esta: Siempre parece que al destino le guste jugarnos malas pasadas. Como cuando decimos que ya no puede pasar nada peor, y pasa. O como cuando decimos que ya podemos sobrellevar algo, y otra vez nos arrastra. Pero las cosas dependen muchas veces de la forma en la que escogemos verlas.

Aquella tarde de jueves, 22 de abril, cuando salí de clase con calma porque en realidad me resistía a terminar el diario de Violet y dejar que se fuera, vi que Anna, Emma y Sara me esperaban en la puerta de la academia. Parecían nerviosas y me miraron frustradas. Supe lo que aquello quería decir: que Connor debía de estar ahí fuera, esperando a Mónica.

En aquel momento podría haberme puesto histérica, y preguntarme por qué a mí. Pero elegí dejar de lado el drama, aunque por dentro doliera. Me mantuve serena incluso cuando Mónica pasó por mi lado con la barbilla bien alzada y contoneando las caderas. En parte porque me acordé de Violet, y de aquella antigua novia de Hugo, Clara. Y decidí ser la chica sosegada mientras Mónica se pavoneaba sin saber que hacer daño a los demás luego duele para toda la vida.

Llegué hasta las chicas y les sonreí con todo el aplomo que pude.

—¿Nos vamos? —les pregunté.

Me flanquearon instintivamente, como las buenas amigas que eran, y salimos, conmigo dispuesta a bajar las escaleras con dignidad.

Y entonces les vi. Estaba segura de que Mónica se las había arreglado para remolonear un poco más por los alrededores, y estaban en una de las mesas de pícnic que había en el césped a la entrada de la academia. Connor, vestido de oscuro como siempre, estaba apoyado de espaldas a la mesa. Mónica se inclinaba sobre él mientras le besuqueaba el cuello.

Recuerdo haber pensado que debía de ser muy cansino para Mónica albergar toda aquella malicia.

—Vaya ojitos ha puesto al mirarte —dijo Emma.

Y era cierto. Durante los pocos segundos en los que había podido mirarme sin que se le cayera la cara de vergüenza, la expresión de Connor había sido muy turbulenta.

—Me da pena —declaré con cierto desprecio.

Anna me miró alzando las cejas, porque supongo que se había dado tanta cuenta como yo de que mis palabras estaban impregnadas de verdad y convencimiento.

Se rio. Y yo me reí con ella. Y Emma y Sara se nos unieron pronto. Nos reímos con ganas, para darles una lección a ellos y a nosotras mismas. Porque yo había escogido ver las cosas de un modo distinto, y aunque su abandono y su traición escocían mucho, y sabía que aún me harían llorar más de una noche a solas, tenía claro que lo superaría.

Y que algún día encontraría el amor de verdad. Pero sin prisas.

Tardamos mucho en despedirnos de Sara y Emma, porque seguimos riéndonos y haciendo broma en la esquina del patio, como siempre y como si mi exnovio no estuviera a unas decenas de metros con Mónica. Y cuando al fin nos fuimos y llegamos a nuestra esquina y, bajo la morera, Anna me abrazó con fuerza.

—Estoy orgullosa de ti —me susurró.

Sonreí. Yo también estaba orgullosa, no podía negarlo. De repente sentía que era yo la que volvía a tener el poder, y que Connor era un humano más de los que habitaba el mundo, pero uno que tendría que ganarse mi respeto si alguna vez quería que me dignara a mirarle de nuevo. Aún no sabía por qué me había dejado, pero supongo que esa es otra lección de madurez: que no siempre sabemos por qué suceden las cosas. Y solo podemos aceptarlas y seguir adelante.

En cuanto llegué a casa, subí corriendo las escaleras. Después de bajar un poco las persianas y pedirle a la casa luz de lectura, me senté en la cama para volver, quizás por última vez, junto a tía Violet.

21 de febrero de 2022, 23h. Pista 13: Blazing fire.

Estoy bastante más débil. De una forma u otra siempre me han dicho que soy un fuego, una llama, y no pocas veces he quemado aquello con lo que he entrado en contacto. Pero ahora ya he consumido todo el combustible. Y lo estoy haciendo mejor, ¿verdad? Ahora estoy creando luz para que se alumbren en la oscuridad que se les viene encima.

Porque ahí está el secreto de la vida, querida: seas como seas, no importa el fuego del que estés hecho, lo que sí puedes escoger es la forma en la que quieres que alumbre tu alma.

Voy a explicarte ahora lo que sucedió aquel último día, el del incidente. Y sí, después te explicaré qué bicho le picó a tu madre y qué petición me hizo. No te preocupes.

Después de que me confesara su secreto, yo había estado días dándole vueltas a la manera de ayudar a mi hermana. Al final tan solo se me ocurrió una cosa, y el día del incidente le dije que llevara a su novio a cenar a casa. Era un viernes, y yo me excusé asegurándoles que había quedado con Margo para hablar sobre la universidad. Ya se acercaba el verano, y pronto tendría que decidir qué haría con mi vida, y en qué me matricularía al final. Al menos mamá y papá estaban contentos, porque me veían mucho más centrada. Creo que confiaban en que tendría un buen futuro por delante, y creo que yo también. Ya ves, al final nunca pude ser universitaria.

Pero bueno, no sigamos por ahí. Mientras mi hermana llevaba al monstruo de su novio a nuestra casa en las afueras, yo me colé en su piso en el centro. Aquel en el que había obligado a mi hermana a hacer cosas que realmente no quería hacer. ¿Que cómo entré? En mi juventud había aprendido a abrir puertas gracias a un noviete bastante gamberro que tuve. Y también había aprendido que, si vas a

cometer allanamiento, siempre es buena idea ponerte guantes y recogerte el pelo para no dejar por ahí tu ADN.

Era un apartamento de una habitación, bastante pulcro y bonito en su estilo masculino, cosa que no me sorprendió. Dicen que los psicópatas suelen ser personas metódicas y organizadas, y él parecía un ejemplo de manual. Me acerqué a la gran mesa en la que abundaban un montón de aparatos multimedia, y encendí el ordenador. El problema era que pedía contraseña. Probé con el nombre de mi hermana, pero no funcionó. Y pensé en mis opciones. Al final me decidí por abrir la cajetilla del disco duro, prender fuego a unos cuantos cables y, una vez aquello hubo quemado lo suficiente, le eché agua hasta que saltaron chispas. Ambas cosas combinadas tenían que habérselo cargado todo, seguro. Luego sequé alrededor y lo dejé todo bien puesto, bastante orgullosa de mi trabajo. Decidí que aquello podía pasar perfectamente por un cortocircuito.

Después busqué alrededor, y en los cajones encontré una cámara digital. Al encenderla comprobé que estaba llena de fotos. Cuando vi la primera en la que mi hermana aparecía un poco más ligera de ropa de lo que me gustaría, las borré todas y me aseguré de que no quedaba nada en la cámara. Esperaba que con aquello fuera suficiente, y salí antes de que alguien me pillara.

Pero mientras abandonaba el edificio felicitándome por mi ingenio, las dudas empezaron a amontonarse en mi cabeza. ¿Y si había subido las fotos a algún servidor online? ¿O había más en su smartphone? ¿Y si se daba cuenta de que aquello no había sido fruto de la mala suerte? ¿Y si cuando se enterara de que ya no tenía las fotos, lo pagaba con mi hermana?

Me quedé allí, en la puerta del edificio, pensando. Y al final llegué a la conclusión de que tendría que enfrentarme directamente a él. Si tengo que decirte la verdad, no sé muy bien hasta dónde pretendía llegar en aquel momento. Solo sabía que tenía que asegurarme de que mi hermana, mi princesita, tendría el futuro que se merecía. Ella haría grandes cosas por el mundo, y por las personas, y ningún loco iba a destruir su inocencia o su alma.

Así que seguí por la zona hasta que le vi aparecer con su coche azul oscuro, y me acerqué a la ventanilla del acompañante cuando paró a mi lado. Sonreí.

—¡Hola! —le dije—. ¿Qué haces por aquí?

—Vivo aquí cerca —me dijo con cierta suspicacia, pero sonriendo tanto como yo—. ¿Y tú?

—Me he encontrado con una amiga cerca de aquí, y buscaba un taxi para volver a casa. Tú... ¿podrías llevarme?

Ladeé un poco la sonrisa, como había hecho innumerables veces antes. Y la suya se ladeó también.

—Claro, guapa —me respondió—. Sube.

Entré en el coche y saqué el teléfono.

—Gracias. Le enviaré un mensaje a mi hermana para que diga en casa que has tenido el detalle de llevarme.

Conecté la grabadora, por si podía ofrecerle algo a la policía. Supe en aquel

momento que es lo que deberíamos haber hecho mi hermana y yo desde el principio. Pero ahora estábamos allí. Hablé de lo difícil que era coger un taxi en el centro un viernes por la noche y otras tonterías, hasta que tomamos la carretera que llevaba hacia las afueras, donde nosotros vivíamos. Luego nos callamos, mientras yo buscaba la forma de encarar el asunto con la mayor contundencia posible.

—Sabes, me gusta que podamos pasar un rato charlando —dijo Diego al final—. Siempre había querido conocerte mejor. A la hermana salvaje, la que sabe pasárselo bien.

Me puso una mano en la pierna mientras sujetaba el volante con la otra. Creo que ni siquiera me sorprendí, porque de él me lo esperaba todo. Pero bullí de rabia y de odio. Le sonreí, y sé que lo hice como el león que sonríe a su presa. Me alegré de estar grabando aquella conversación con el móvil.

—¿Ah, sí? —le pregunté.

—Sí. Seguro que tú y yo podemos llevarnos estupendamente.

—¿Y qué pasa con mi hermana?

—A ella le parecerá bien —dijo animado, mientras su mano seguía subiendo por mi pierna.

—O quizás no. Además, quizás ya no siga haciendo lo que tú quieras —comenté como quien hablaba del tiempo—. Porque presiento que tu cámara y tu ordenador han tenido ciertos accidentes, y tus archivos deben de haber sufrido un buen revés.

Le vi crisparse, y sorprenderse, y llevar la mano que tenía en mi pierna al volante, y canté victoria internamente. Porque me pareció claro que no era tan listo como él mismo creía. Algo me decía que había perdido su fuente de poder. Aun así volvió a sonreír, y volvió a mostrar el mismo aplomo de antes.

—Vaya, vaya —dijo—. Así que esas tenemos. La hermana díscola ha vuelto convertida en superheroína. Pero no creas que eso va a cambiar nada, Violet.

A nuestro alrededor iban pasando los árboles que nos separaban de mi barrio y de casa. Y de mi princesita.

—Tu hermana seguirá conmigo. Y seguirá haciéndome feliz —me aseguró Diego —, porque sino, lo pagará caro. ¿Y sabes qué? Tú también me harás feliz.

Solté una carcajada. Debería haber estado asustada, pero podían más el odio, la impotencia y la rabia.

—Ni lo sueñes, perdedor —le escupí.

—Claro que sí —me dijo sin inmutarse, poniendo de nuevo la mano en mi pierna.

Entonces me miró fijamente, para dejarme claro que estaba hablando muy en serio. Su mano apretó mi pierna.

—Porque si no hacéis lo que digo, mataré a tu hermana. Y quizás a ti también. Y lo haré parecer un accidente.

Vi tan claro que era capaz de hacerlo, como clara vi la forma de impedirlo. Fue tan repentino que me da miedo incluso a mí. Mi corazón iba a mil por hora pero mi

mente estuvo fría y clara. Miré a mi alrededor. Él no llevaba puesto el cinturón. Poco antes de la siguiente curva puse mi otra pierna por encima de su mano y la atrapé allí. Con una de las mías agarré el volante y tiré hacia mí con fuerza.

—¡Qué...! —le dio tiempo a decir.

Instantes después chocamos contra el guardarraíl, y el coche se precipitó en caída libre, dando vueltas de campana, por el pequeño barranco lleno de árboles. Él salió despedido hacia el parabrisas mientras yo pensaba que, si alguien merecía morir, era él. Y, si era necesario para salvar a mi hermana, yo también moriría.

Ahora son las once de la noche, y ya han apagado las luces en los pasillos del hospital. Tan solo quedan encendidos los paneles de emergencia, que emiten un suave resplandor verde. Me duele el pecho y la cabeza. Sé que este es mi fin.

Quizás ahora creas que me lo merezco. Porque le arrebaté la vida a un ser humano, aunque no fuera premeditado y él fuera un monstruo que, de haber seguido con vida, solo hubiera hecho el mal. Quizás mi muerte era el pago justo por aquel acto que cometí. No sé si me arrepiento, supongo que sí. Fue una locura, sí.

Ahora tú lo sabes, y tu padre lo intuye, y tu madre no está segura. Y por mí no lo sabrá, porque sé que no habrá un mañana en mi vida. Creo que mi cuerpo ha estado aguantando el tiempo suficiente para poder terminar este relato. Y ahora ya podemos descansar. Tenía la esperanza de sobrevivir al incidente, pero acepto lo que tiene que venir.

Sí, antes de irme tengo otro secreto que desvelarte, y es el de tu madre. Y lo que me pidió. Quizás ahora ya lo hayas adivinado, porque a lo mejor en el mundo futuro donde tú habitas y que yo nunca conoceré, esto ya es algo normal. Aunque espero que no, la verdad.

Si me cambiaron a este hospital fue, en parte, por petición de mi hermana. Porque en la facultad se enteró de que aquí estaban haciendo investigaciones pioneras en la clonación humana. Y el miedo a perderme la hizo aferrarse a cualquier esperanza loca que le permitiera retenerme aquí. Así que, cuando la investigación estuvo bastante avanzada y la práctica se repitió sin problemas, me pidió permiso para que cogieran unas muestras de mi tejido cerebral y mi ADN para que las guardaran. Y, si algún día consideraba que la técnica era suficientemente segura, la utilizarla para crearte a ti. Eres su hija, y la de tu padre, pero si la princesita se salió con la suya tu mapa genético me pertenecerá a mí.

No sé hasta qué punto seremos parecidas por dentro y por fuera. Poco, creo, porque según me explicó el genetista que me extrajo ayer las muestras, lo más seguro es que tengan que cambiar parte de mi herencia genética o algo así para que no seamos dos clones iguales.

Sí, eso es lo que me pidió mi hermana, que la dejara clonarme en ti. Ya lo sé, es bastante raro. Pero sé que tu madre lo hizo porque me quería, porque necesitaba demostrarme hasta qué punto piensa que he valido la pena. Sé que es uno de los impulsos que le permitirán dejar de lado la culpa y seguir adelante, y no he podido

negarme. Así que lo siento si su locura y mi aceptación te duelen, pero no podía negarme. Incluso me dijo tu nombre, el que te pondría si te llegaba a tener. Por eso lo sé, A. Por eso tenía que escribirte.

Me hubiera gustado conocerte, seamos parte de una misma cosa o no. Y me hubiese gustado experimentar el mundo en el que vivirás, y del que ya se empieza a intuir el cambio. Se está iniciando una nueva era, aunque quienes la viven apenas se den cuenta. Pero bueno. Ya acepto sin temor que yo no seré parte de ella, ¿sabes?

Lo cierto es que estoy cansada, y en parte es un alivio irme al fin.

Estos últimos dos días me he sentido como una vela inestable que no sabe cómo extinguirse. Pero ya lo veo claro. Solo tengo que cerrar los ojos, darme cuenta de que lo he dejado todo zanjado, y dejarme llevar. No he podido despedirme de mamá y papá, ni de mi hermana, pero ellos sí se han despedido de mí mientras yo dormía. Y creo que es mejor así. Que piensen que me fui sin darme cuenta, y sin sufrir.

He ordenado las canciones en el reproductor del iPod. Y te he dejado una última página en el diario que quiero que leas con tu madre. Tu madre, mi princesita, que ya debe de ser toda una reina. Espero que la perdones, y que la entiendas, y que te haya servido para algo este pequeño viaje por mis memorias más salvajes. No quiero que aprendas nada de mí, porque yo odiaba tener que aprender cosas de los adultos, pero al menos recuerda esto: a veces, revelar algunos secretos puede cambiarnos la vida. Aunque aparentemente sean secretos pequeños. Consuélate pensando que, si al final aprendes algo de mí, el cielo no lo quiera, no pasa nada. Yo no llegué a ser una adulta de verdad nunca.

Porque sucede una cosa muy importante con las personas, y esta es la última revelación que tuve y que voy a compartir contigo. A menudo dicen aquello de que debes actuar pensando en cómo quieres que te recuerden. Pero eso es una tontería, porque sus recuerdos no dependen de ti, sino de ellos mismos y sus circunstancias. Lo que sí puedes escoger, porque es lo que en realidad está en tus manos, es cómo alumbrará tu alma. Y si lo haces con calidez, calentando corazones sin destruirlos, ya habrás dado lo mejor de ti.

Siento que se me cierran los ojos, y cojo el iPod para ponerme una canción de los Noisy que, poco antes del accidente, me encendía por dentro y me hacía sentir muy viva. Creo que también es la canción perfecta para irme a dormir.

Me cuesta un poco despedirme, la verdad. Pero voy a hacerlo ahora. Solo me queda una cosa por decirte, A: Vive, convierte tu camino en una aventura, descubre cada maravilla y cada drama, y saca siempre lo mejor de tus experiencias.

Y cuando sientas que el mundo pesa demasiado, acuérdate de mí. Porque si existe un cielo, yo cuidaré siempre de ti.

Apenas pude entender las últimas palabras, no solo porque la escritura se había vuelto casi ilegible, sino porque tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Tía Violet se había ido, y de ella solo quedaban las memorias que estaba sujetando con manos temblorosas. Y parte de mí. Le pedí a la casa que me buscara aquella canción, la última que Violet había escuchado antes de morir.

Me eché en la cama, llorando todavía, y puse la canción una vez tras otra, hasta que me aprendí cada sílaba.

You are a blazing fire,
(Eres un fuego ardiente,)
you are free and wild.
(eres salvaje y libre.)
But you enlighten me,
(Pero me iluminas,)
like those dancing stars
(como esas estrellas danzarinas)
of the northern sky.
(del cielo del norte.)
You can be dangerous,
(Puedes ser peligrosa)
you can hurt.
(puedes herir.)
But if you burn right,
(Pero si ardes bien)
you'll be a light of hope.
(serás una luz de esperanza.)
And you'll guide me through life.
(Y me guiarás a través de la vida.)

Sentí que aquella canción me conectaba con Violet. Deseé que, genes aparte, estuviéramos hechas de la misma clase de llama. Y deseé con todas, todas mis fuerzas que ella siguiera aquí.

14. Hasta que nos toque descansar

En cuanto oí la puerta bajé corriendo, aún llorando, y me detuve al pie de la escalera con el diario en la mano. Mamá me miraba quieta como una estatua, con el bolso colgado aún del brazo y la mano a medio camino de cerrar la puerta. Parpadeó un par de veces y dio un último empujón, devolviéndonos a la privacidad de casa.

—Pobre tía Violet —dije entre llantos.

Me acerqué a mamá y la abracé con fuerza. Era una suerte que aún viniera en modo «doctora serena», porque sino aquello habría sido un festival de lágrimas.

—No pasa nada, cariño —me arrulló.

Unos minutos después la liberé de mi presa. Y me miró con una expectación que entendí rápidamente.

—Lo que le pediste a tía Violet fue una locura, mamá —le confirmé—. Pero no fue un error. Me siento orgullosa de ti, y de ella, y de lo que soy. Estoy contenta. Pese a todo.

Entonces mamá se puso a sollozar incluso más fuerte que yo, y acabamos arrodilladas en el suelo del pasillo mientras la casa encendía y apagaba las luces del salón y la cocina de forma alternativa porque no entendía qué hacíamos tanto rato ahí, en el recibidor.

—Lo siento cariño —me dijo mamá abrazándome de nuevo, llorando aún—, siento la posición en la que te he puesto.

—No te preocupes. No sabías lo que iba a pasar, no es tu culpa.

—Y lo de...

No hizo falta que terminara, sabía a qué se refería. Y sabía lo que tenía que contestar.

—Fue un triste accidente, mamá. Venga, vamos al salón antes de que a la casa le dé un síncope. Que bastante tengo con lo de mis persianas.

Se rio mientras se levantaba, pero no me soltó. Quizás llevaba casi toda una vida temiendo este momento, y que la culpase por su secreto. Ahora que había sido revelado, estaba segura de que viviría mejor. Alcé el diario.

—Se durmió tranquila, mamá, te lo aseguro. Se fue feliz. Pero hay unas cuantas líneas que quería que leyera contigo.

Mamá asintió, más aliviada aún. Me llevó hasta el sofá y nos sentamos allí, una al lado de la otra. Creo que fue la primera vez que vi a mamá sentarse en el borde e inclinada hacia delante, impaciente y temerosa de una forma que rayaba lo infantil.

Abrí las memorias de tía Violet y me fui hasta la última página, donde estaba el último legado de aquella mujer con la que yo compartía tanto y tan poco, y que se había convertido en alguien tan importante para mí.

Vuestro tiempo, Pista 14: I can rest now.

Como decía aquel libro que tanto te gustaba, princesita, —o al menos la película, que el libro yo nunca lo leí—: «No os diré no lloréis, pues no todas las lágrimas son amargas». Toma ya, una cita de libro. Esto ya es un diario de calidad, sí señor. Bueno, o una cita de una película, no importa. No podíais esperar más de mí. Y no he tenido tiempo para buscar el libro, ya sabéis. Sea como sea, ha llegado el momento de decir adiós.

Es lo que tiene la vida. Que siempre viene salpicada de despedidas que se van acumulando y van pesando en el corazón de los que aún tienen camino por recorrer. Eso es algo que yo me he ahorrado, y en parte lo agradezco. Nunca os tendré que llorar.

Pero vosotras, que seguís ahí, aún tenéis una larga vida por delante. O corta, eso es algo que nunca sabremos. Lo importante es que podréis sentir mientras respiréis. Y sí, quizás sintáis dolor, pero ese es el precio por estar vivas, y creo que vale la pena pagarlo. Así que disfrutadlo, y aprended algo también de las malas experiencias.

Si hay un cielo, yo creo que al final me lo he ganado. Y allí os estaré esperando. Así que, cuando lleguéis aquí, quiero que me expliquéis muchas cosas, tanto buenas como malas. Todo lo que hayáis conseguido vivir. Quiero que cuando nos encontremos, seáis unas viejecitas que se han ganado un buen descanso. Que hayáis dejado en el mundo vuestra estela marcada bien hondo. Sé que tú lo harás, princesita, y sé que enseñarás a tu hija a hacerlo también.

Os dejo una última canción, que seguro que tú recuerdas, querida hermana. Hablamos de ella poco antes de mi muerte, porque a cada una por nuestro lado nos dolió la noticia y no entendimos lo que sucedió. ¿A que es apropiada? Vale, eso ha sido una broma de mal gusto.

Pero quiero que la escuchéis. Quiero que la cantéis, y que la hagáis vuestra. Quiero que la sintáis tanto que se os grabe a fuego en la médula. Porque quiero que cuando la escuchéis penséis en mí, y la cumpláis palabra por palabra.

We are apart now,
(Ahora estamos separados,)
That's what happens with death and life.
(Es lo que ocurre con la muerte y la vida.)
Don't worry for me,
(No te preocupes por mi,)
because I can rest now.
(porque ahora puedo descansar.)
But I'll be waiting for you,
(Pero estaré esperándote,)
hoping you have lived
(deseando que hayas vivido)

every day and every night.
(cada día y cada noche.)

Pues eso queridas, me despido al fin. Pero os querré y os velaré desde donde esté.

Vuestra eterna llama,
Violet.

Entre lágrimas, mientras la casa buscaba la canción, le pregunté a mamá:

—¿Por qué lo de la broma de mal gusto?

Mamá soltó una carcajada restregándose la cara con la manga.

—Es la última canción que compuso el cantante de los Noisy Minds, y que se editó a título póstumo. Porque murió poco después del accidente y de que Violet entrara en coma. Falleció también en un accidente de coche, regresando de un concierto. Nunca quedaron claras las causas. Cuando se lo dije a tu tía en el hospital, se quedó en *shock*. Supongo que después, a su manera, le hizo gracia.

Me quedé mirando a mamá con los labios temblando a medio camino entre la risa y el llanto. Sí, era una broma de mal gusto. Pero así era la tía Violet, capaz de reírse incluso de su propia muerte.

Cuando papá llegó a casa, mamá y yo seguíamos con aquella música a todo volumen, cantando en el salón mientras llorábamos sin saber ya si era de tristeza o de ganas de vivir.

Pero como papá es así, lo único que dijo fue:

—Eh, ¡me encantaba esta canción! ¿Cómo moriría aquel pobre hombre?

Y canturreó con nosotras, desafinando todo lo que podía.

Después, aquella misma noche, nos acabamos de cargar el sistema de la casa para que no llamara a los bomberos, y encendimos un fuego en el fregadero del garaje.

Me costó mucho, pero al final dejé caer las memorias de tía Violet entre las llamas, y nos quedamos mirando cómo se consumían, cogidos de la mano. Hasta que no quedó ni rastro del diario y las ascuas se apagaron.

Mientras volvíamos dentro con la ayuda de una linterna, le susurré a papá:

—Voy a revelarte un secreto: he mentado a mamá sobre el accidente de tía Violet.

Me miró, pero no necesitó más. Me dio un beso en la cabeza y asintió, y supe que había hecho bien al suavizarle la verdad a mi madre. Porque el pasado ya no se cambia, y a veces es mejor dejarlo descansar para no hacer más daño.

No, no te voy a decir que todo fue perfecto entonces. Tuvimos que llamar a la aseguradora y esperar pacientemente a que nos repararan la casa, sin ir más lejos. Al menos volvería a despertarme a la hora que tocaba por las mañanas.

De eso han pasado cuatro días, y tendremos que hablar largo y tendido sobre ello. Porque la mayoría de las historias no se terminan cuando alguien escoge poner en cierto momento la palabra FIN.

Porque hay secretos que te cambian la vida inevitablemente, y el de mi madre, su locura, iba a cambiar la mía.

La gente como yo, clonada, a veces sale mal. Psicopática, como la vecina a la que detuvieron hace poco. Por eso prohibieron las clonaciones hace unos años y tratan de encontrarnos para ver si somos un peligro para la sociedad.

Por eso escribo este diario en el viejo ordenador portátil de mamá que he rescatado del desván. Por eso es un secreto que he hecho fotos al diario de Violet para poder conservarlo y explicártelo. Por eso no te he dicho ni mi nombre, ni el de mis padres, como quizás habrás notado. Porque si se descubre lo que soy, es posible que yo tampoco llegue a los veinticinco. Ni a los dieciocho. Así que este secreto me lo guardo.

Y por eso mamá se siente tan responsable, pero no fue su culpa. Ella no sabía lo que iba a pasar. Entiendo que lo hizo por amor, y me siento orgullosa de llevar los genes de una persona como Violet. Solo que ahora tendré que ir con más cuidado y vigilar mi propia naturaleza.

Si algún día alguien encuentra esto, espero que, como con Violet, puedan ver que las cosas malas se diluyen entre las buenas. Espero no ser una psicópata en potencia. No sé qué me deparará el futuro, pero sí sé que por ahora mi corazón es puro y mi alma está sana y llena de ilusión por hacer cosas buenas por el mundo.

Y si alguna vez cometo errores... espero poder enmendarlos. Comprende que a veces todos podemos caer en el lado oscuro, y lo que importa de verdad es el empeño que ponemos en salir de él. Al fin y al cabo, como decía Violet, todos podemos escoger cómo haremos arder nuestra alma.

Tanto mamá como yo vamos a hacer lo que nos pidió Violet, y aprovecharemos la vida al máximo. Viviremos y viviremos, hasta que digamos: sí, ahora merecemos descansar. Sé que puedo hacer grandes cosas, y que solo es cuestión de dar lo máximo y hacerlo por las mejores razones. Por eso escribo este diario, pese al peligro. Porque quizás esta pequeña historia sea parte de otra más grande.

Hoy, lunes 26 de abril de 2060, me he comprado una colección de blocs de notas. Y cada día escribiré en ellas alguna cosa que haya hecho, o algún objetivo conseguido. El de hoy ha sido terminar de transcribir en el ordenador las fotos que hice al diario de Violet y empezar estas memorias, las mías propias. El de ayer fue darme cuenta de que he superado mi pequeño drama personal, y no haber pensado en Connor ni una sola vez. Al pasado, como he dicho antes, hay que dejarlo marchar.

Así que, como dice otro trozo de la última canción de tía Violet:

And I promise you:

(Y te prometo:)

If you live with intense delight,

(Si vives con placer intenso,)

in the end fear won't get you

(al final el miedo no te atrapará)

and you will scream proud:

(y podrás gritar orgulloso:)

I have gained myself a break,
(Me he ganado un respiro,
and I can rest now.
(y ahora puedo descansar.)

Para terminar por ahora: Vive y brilla hasta que nos toque descansar, y nos encontremos más allá.

Con cariño,
de A.